

Entre el amor y el engaño

JENNIFER LEWIS

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

ENTRE EL AMOR Y EL ENGAÑO, N.º 59 - noviembre 2010
Título original: The Maverick's Virgin Mistress
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9256-8
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

EL ECO DE TEXAS

Todas las noticias que debes conocer… ¡y mucho más!

Últimamente, todo el mundo habla del misterioso fuego en el rancho de los Montoya. De eso y de que se ha visto a Justin Dupree flirteando con una mujer desconocida en el Club de Ganaderos de Texas. ¿Será la misma mujer que se ha mudado al lujoso ático del soltero de oro? Porque, si tenemos que ponerle un nombre a la afortunada, es el de Alicia Montoya… lo que es sinónimo de problemas.

Porque recordamos cómo, hace muy poco, cierto amigo íntimo de Justin Dupree acusó a cierto Montoya de algunos trapos sucios. ¿Habrán enterrado el hacha de guerra los viejos rivales? ¿O sus diferencias no harán más que aumentar cuando se conozca la unión que, literalmente, ha habido entre un Dupree y una Montoya?

Capítulo Uno

¿Quién podía llamar a esas horas de la noche?

Alicia Montoya sacó la mano de debajo de las sábanas y descolgó el teléfono que tenía en la mesilla de noche. Miró la pantalla digital que marcaba la hora con números verdes.

Eran las dos y siete minutos de la madrugada. ¿Qué pasaría?

Se llevó el teléfono al oído.

–¿Hola?

–Estás bien. Gracias a Dios.

–¿Quién llama? –preguntó ella en un somnoliento susurro.

–Hola, guapa.

Oh, vaya. Su voz profunda y grave la inundó y empezó a despertar partes de su cuerpo que había ignorado antes de conocer a Rick Jones.

–Hola, Rick.

–Menos mal que estás bien.

Alicia volvió a mirar el reloj.

–Estaba bien hasta que me has despertado. ¿No te he dicho que no me llames a casa?

Alicia se preguntó si su hermano Alex habría oído el teléfono. Era lo más probable. Ella tenía el sueño pesado, así que era posible que el teléfono hubiera estado sonando un rato.

En todo Houston apenas podía pasar nada que su hermano no supiera. Seguro que, en cualquier momento, Alex iría a su dormitorio para ver qué sucedía.

–Cariño, ¿estás segura de que no estás casada?

Rick siempre le gastaba bromas sobre su insistencia de mantener su relación en secreto.

Si aquello podía considerarse una relación, claro, se dijo Alicia. Ni siquiera se habían besado. Pero se habían dado la mano en una ocasión. Eso contaba, ¿no?

–Por supuesto que no estoy casada –repuso ella, riendo–. Pero ya te he dicho que mi hermano es muy protector. Créeme, no querrías que se enterara de que me llamas a estas horas de la noche.

–¿Por qué no? Eres una mujer adulta. Puedes hacer lo que quieras a estas horas de la noche –dijo él, sugiriendo con su tono de voz que podrían estar haciendo cosas deliciosas en ese mismo momento.

Alicia se hundió un poco más en sus cálidas sábanas. ¿Cómo sería tener a Rick allí mismo, en su cama? ¿Qué sentiría al recorrerle el pecho con los dedos y entrelazarlos en su sedoso cabello negro?

No tenía ni idea de cómo sería y, si Alex se enteraba de que le gustaba Rick, no tendría la oportunidad de descubrirlo.

–Confía en mí. Es mejor que Alex no lo sepa. De todas maneras, ¿por qué me llamas en medio de la noche? ¿Para atormentarme con el sensual sonido de tu voz?

Alicia sonrió para sus adentros. Nunca se había sentido tan cómoda con un hombre. Con Rick, se sentía lo bastante relajada como para coquetear. Podía ser… ella misma.

–La verdad es que te he llamado porque quería saber si estabas bien. Estoy viendo la televisión y acaban de informar de que hay un gran incendio en Somerset ahora mismo. En la oscuridad, apenas se puede distinguir dónde es, pero parece El Diablo.

–¿Qué? –dijo Alicia, preguntándose si estaría soñando–. Nuestro rancho está bien.

Aun así, Alicia se asustó y salió de la cama.

–Espera, deja que mire por la ventana –dijo ella y se apresuró a descorrer las gruesas cortinas–. ¡Oh, cielos! –exclamó y se llevó la mano a la boca al ver un resplandor anaranjado en la oscuridad.

Había vehículos de bomberos circulando a través del rancho e, incluso a través del cristal de la ventana insonorizada, oyó el sonido de un helicóptero sobrevolando la casa.

–¡Está ardiendo! ¡El establo! Oh, no, los animales están ahí… –dijo ella y corrió hacia su armario para vestirse.

–Voy para allá.

–No, por favor, no –suplicó ella, presa del pánico, mientras se ponía unos vaqueros–. Pase lo que pase, si vienes será peor. Tengo que encontrar a Alex. Los terneros… –dijo y se puso las botas–. Tengo que irme.

–Por favor, déjame ir a ayudar.

–No, Rick. Ahora, no. Pero te llamaré en cuanto pueda.

Alicia colgó.

–¡Alex! –gritó, corriendo por el pasillo de la enorme mansión.

La luz del piso de abajo estaba encendida y la puerta del dormitorio de Alex estaba abierta.

–Alex, ¿estás aquí?

No recibió respuesta.

Voló escaleras abajo, saltándose los escalones de dos en dos, y corrió hasta la puerta principal. La abrió y se dio de lleno con el olor a humo y el

sonido de las sirenas.

Las llamas envolvían el tejado del establo y su luz llegaba hasta la casa.

–¡Alex!

Alicia salió corriendo hacia el establo. Vio figuras que se movían, que huían aterrorizadas del fuego. Los gritos se mezclaban con el rugir de las llamas, el crujir de la madera y el sonido de las mangueras.

–Alex, ¿dónde estás? –gritó ella, presa del pánico.

Alex siempre estaba en el centro de todo. Alicia sabía sin lugar a dudas que su hermano estaría dentro del establo.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, corrió hacia el fuego. Alex podía ser autoritario y controlador, pero también era el mejor hermano y el hombre más atento y amable del mundo.

Él la había criado desde que sus padres habían muerto y se había esforzado para poder ofrecerle una vida decente… una vida maravillosa, tras haber tenido éxito en los negocios.

Una figura corrió hacia ella en la oscuridad y Alicia reconoció a uno de los hombres del rancho.

–Diego, ¿has visto a Alex?

–Me ha mandado a despertarla. Me ordenó que me asegurara de que no salga de la casa hasta que él regrese.

–¿Está bien?

Diego titubeó.

–Está intentando salvar los terneros.

–¡Oh, no! Sabía que estaba ahí dentro. Tenemos que sacarlo –dijo Alicia y comenzó a correr hacia el establo.

Diego la alcanzó y la agarró de la manga.

–Señorita Alicia, por favor. Alex no quiere que se acerque al fuego.

–No me importa lo que ese cabezota quiera. Tengo que sacarlo de ahí.

Alicia se soltó el brazo y salió corriendo de nuevo.

Oyó a Diego detrás de ella, suplicándole que parara, diciendo que Alex le había encargado su seguridad personalmente y que si descubría…

–¡Allí está! –exclamó Alicia.

Alex estaba saliendo por una de las puertas laterales del establo, conduciendo a un rebaño de terneros delante de él.

Las jóvenes reses estaban confundidas y corrían en todas direcciones, incluso algunas intentaban regresar al establo en llamas. Los empleados del rancho se esforzaban por conducirlas hacia una zona segura.

Alicia corrió hacia ellas y agarró a una de las terneras del collar.

–Vamos, princesa, no te recomiendo que vuelvas ahí dentro –dijo

Alicia y apartó a la ternera de la puerta.

El resplandor creció dentro del establo e iluminó la piel de Alicia como el sol del mediodía. Las brasas flotaban en el aire y la ceniza hizo que le escocieran los ojos. Su instinto le dijo que debía alejarse a toda costa.

Sin embargo, cuando se giró vio a Alex entrando de nuevo en el establo. Ella le dio una palmada en el trasero a la ternera para que se alejara y se volvió hacia la entrada, hacia Alex.

–¡Alejandro Montoya! Sal de este establo en llamas o…

Alex se giró de golpe.

–Alicia, no deberías estar aquí. Le dije a Diego…

–Sé lo que le dijiste a Diego, pero estoy aquí y tú tienes que salir del establo antes de que se caiga el tejado. ¡Está todo en llamas!

Alex frunció el ceño y volvió a mirar hacia el interior.

–Tengo que comprobar que han salido todos.

–¡No! –gritó Alicia y lo agarró de la camisa.

Alex tenía todo el rostro tiznado pero sus ojos brillaban de determinación.

–¡No arriesgues tu vida! –le rogó ella, con lágrimas en los ojos.

–¡Ya están todos fuera! –gritó una voz desde la oscuridad–. Los he contado. Los cuarenta y cuatro terneros están a salvo.

–Gracias al cielo –dijo Alex, agarró a su hermana y se la puso encima del hombro como un saco de patatas.

Alicia estaba a punto de darle una patada para protestar por esa reacción tan brusca, pero Alex estaba alejándose del establo así que, al menos, ella había conseguido sacarlo de allí.

–¡Vuelve a casa y quédate allí hasta que vaya a buscarte! –gritó Alex mientras la dejaba en el suelo, a una buena distancia del establo.

–No soy una niña, Alex. Puedo ayudar.

–Nada va a salvar el establo –señaló Alex y se encogió al ver cómo una de las paredes se desmoronaba y el tejado cedía hacia un lado, como un barco escorándose en el mar agitado–. Era mucho más antiguo que la casa. Tenía cien años. Ha sido el hogar y el refugio de miles de animales y ahora…

Alicia se mordió el labio. Sabía muy bien lo mucho que el rancho significaba para su hermano. Alex había trabajado mucho y, finalmente, había ahorrado lo suficiente para conseguirlo.

La compra El Diablo había marcado un punto decisivo en la vida de Alicia y su hermano. Había sido la prueba de que, a pesar de que todos los pronósticos eran desfavorables, habían conseguido salir adelante.

Alicia miró hacia el establo, convertido en una masa de llamas.
–¿Qué ha pasado?
–No lo sabemos. El fuego empezó de pronto. Gracias a Dios, las alarmas de incendios despertaron a Dave y Manny, que dormían en el apartamento que había sobre el establo. Ellos llamaron a los bomberos, pero el edificio ya estaba en llamas cuando llegó el primer camión de los servicios de emergencia.
Un hombre alto se acercó a ellos. Las llamas iluminaron su insignia policial y las esposas que llevaba colgando del cinturón.
–Por aquí, por favor –indicó el policía y señaló hacia la entrada de la finca, donde estaban parados varios coches de bomberos y ambulancias, con sus luces anaranjadas girando–. Necesitamos reunir a todo el mundo en el mismo sitio.
–Soy el dueño –dijo Alex–. Tengo que proteger a los animales.
–Debemos interrogar a todo el mundo, es necesario para la investigación –repuso el policía.
–¿Qué investigación? –quiso saber Alicia, achicando los ojos para protegerse del resplandor de las llamas.
–Todavía es pronto para confirmar nada, pero el jefe de bomberos piensa que el incendio ha sido provocado. Han encontrado bidones vacíos de gasolina donde empezó el fuego.
Alicia se mordió el labio. ¿Quién podía hacer una cosa así?, se preguntó.
Alex era un hombre sobresaliente y, como consecuencia, se había ganado algunos enemigos. ¿Pero quién podía odiar tanto a su hermano, o a ella, como para destruir su rancho?
–¿Provocado? –dijo Alex con voz ronca–. Si agarro al que lo hizo, lo voy a…
–Por favor, señor, vengan por aquí. Tenemos que tomar declaración a todo el mundo y necesito que coopere.
Alex resopló molesto y tomó a Alicia de la mano.
–Quien haya hecho esto lo pagará muy caro.
Alicia mantuvo la boca cerrada. No tenía sentido discutir con su hermano en un momento así. Era mejor alejarlo del peligro y concentrarse en sobrevivir a aquella terrible noche, pensó.
Comenzaron a caminar por la hierba. A Alex le cayó una chispa en la camisa y Alicia se la quitó de un manotazo.
Entonces, a ella se le ocurrió algo.
–¿No ha sufrido Lance Brody un incendio hace poco?
–Sí, hubo un incendio en Petróleos Brody. Ese imbécil se atrevió a

culparme de ello. Como si yo fuera a rebajarme a algo así –dijo Alex con desagrado.

Alicia frunció el ceño.

–Si Lance Brody realmente cree que tú quemaste su refinería, ¿podría haber hecho esto como venganza?

Alicia adivinó, por la expresión de su hermano, que él ya había pensado en eso. La rivalidad que existía entre Alex y Lance Brody se remontaba a los tiempos de instituto, cuando ambos habían peleado para conseguir el primer puesto en el equipo de fútbol. Lo último que hacía falta era alimentar las llamas de esa rivalidad, se dijo ella.

–Estoy segura de que no ha sido él –afirmó Alicia y sacudió la mano para apartar el humo–. No sé por qué he dicho eso. Un hombre de negocios de éxito no tiene ninguna razón para involucrarse en un acto criminal.

–Han contratado a gente para que haga el trabajo sucio –gruñó Alex–. Yo me espero cualquier cosa de Lance Brody o de su hermano, Mitch. He tenido que soportar sus desprecios durante años. Quizá, ésta sea su forma de intentar echarme del pueblo.

Alex se giró hacia el establo. El tejado había caído y las llamas salían por las ventanas rotas.

Sus ojos se llenaron de rabia y tristeza.

–Pero nadie va a sacarme de El Diablo. Quien haya hecho esto va a lamentar mucho haber nacido.

A la hora de la comida al día siguiente, Alex estaba dando vueltas dentro del comedor en el rancho, mientras la hamburguesa se le quedaba fría en el plato.

–Alicia, no es seguro que estés aquí por el momento. Si alguien va detrás de mí, quién sabe lo que es capaz de hacer. Puedes quedarte con El Gato.

Alicia levantó la vista de su plato y se le puso la piel de gallina.

–Aquí estaré bien. Además, necesitas que alguien cuide de ti –dijo ella y señaló hacia el plato de su hermano–. Cómete la hamburguesa.

–Lo digo en serio, hermanita. No es seguro.

–Quedarme con Pablo «El Gato» Rodríguez sí que no es seguro. Sé que nadie dice nada, pero todo el mundo sabe que está metido en asuntos de drogas.

Alex frunció el ceño mientras se sentaba a la mesa.

–Lo que pasa es que no soportan que un latino haga dinero. Te sorprendería saber cuánta gente cree que yo estoy metido en tráfico de drogas y de armas. No piensan que podamos hacer dinero de forma legal

como todo el mundo –dijo él y le dio un bocado a su hamburguesa–. Por eso, era tan importante para mí unirme al Club de Ganaderos de Texas. Cuando estoy ahí, soy uno de ellos, un miembro del club. Tienen que sonreírme y hablarme con educación, a pesar de que prefieran verme ahorcado –añadió y sonrió–. Eso me encanta.

Alicia odiaba que su hermano siguiera sintiéndose como un extraño, incluso después de haber logrado ser uno de los hombres más ricos de la zona.

–Te aceptaron en el Club de Ganaderos de Texas porque eres un hombre de honor y un miembro destacado de la sociedad de Somerset. Eres uno de ellos.

–Ésa es una de las muchas razones por las que te quiero, hermanita. Tienes tanta fe en la bondad humana… –dijo Alex y le guiñó un ojo, al tiempo que le daba un trago a su refresco–. Pero no voy a dejar que te quedes aquí. El Gato puede protegerte.

–Seguro que puede. No me extrañaría que llevara pistolas en la guantera del coche pero, si te digo la verdad, esa clase de protección me pone nerviosa.

–Es uno de nosotros. Cuando las cosas se ponen feas, lo mejor es recurrir a los tuyos.

–Yo no considero que un presunto criminal sea uno de los míos.

–Sabes a lo que me refiero. Cuando se proviene de la calle, se ven las cosas de forma diferente.

–Hablas como si no hubiera crecido en la misma casa que tú –replicó Alicia. Odiaba que su hermano la tratara como a una niña–. Yo también estaba ahí, ¿recuerdas? No he olvidado los tiempos difíciles y me alegro mucho de haberlos dejado atrás. Tienes que deshacerte de tus complejos –añadió, pensando cómo podía hacer que Alex cambiara de idea–. Podría quedarme con uno de los vecinos.

Alex afiló la mirada.

–No me fío de esa gente. Ahora, no.

–¿Y María Núñez? La conoces desde hace años igual que yo. Me dejabas dormir en su casa cuando estábamos en el instituto. Estoy segura de que no le importará que me quede con ella unos cuantos días.

Alex gruñó.

–Siempre he sospechado que María tiene un lado salvaje. Pero sus padres son buena gente. ¿Sigue viviendo con ellos?

Alicia rió.

–No. Tiene veintiséis años, ¿recuerdas? Tiene un piso en Bellaire. Una zona muy segura.

–Si no está casada, debería estar en casa con sus padres –opinó Alex y le dio un trago a su café.

–Ya no estamos en el siglo XIX, Alex. Afróntalo. La llamaré ahora mismo. Si me dice que no, entonces me iré con El Gato, ¿de acuerdo?

A Alicia le quemó la lengua un instante por mentir, pues no tenía ninguna intención de acercarse a Pablo Rodríguez ni a su pandilla de hombres, a pesar de que era el amigo más antiguo de Alex.

–Cabezota.

–Soy sensata, no cabezota –repuso ella y sonrió con dulzura–. Ya sabes que es así. ¿No confías en mí?

Entonces, a Alicia le dio un vuelco el corazón, al darse cuenta de que su hermano tenía razones para no confiar en ella.

–De acuerdo, puedes quedarte con María. Eres sensata y yo estoy muy orgulloso de ti. Te quiero con locura, hermanita, ¿no lo sabes?

–Lo sé y yo también te quiero, gran hermano oso.

Alicia dio la vuelta a la mesa y le dio un beso a su hermano en la cabeza. Luego, se dirigió arriba con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Cerró la puerta de su dormitorio antes de descolgar el teléfono.

Ni siquiera había añadido el número de Rick a su lista de favoritos, por miedo a que Alex descolgara su teléfono y se diera cuenta de que había un número nuevo junto a los de sus viejas amigas del colegio.

Con una mezcla de excitación y ansiedad, Alicia marcó su número.

Sólo sonó una vez antes de que él respondiera.

–Hola, guapa –saludó él con voz seductora.

Alicia sonrió.

–¿Y si ahora mismo no estoy guapa?

–Imposible. No puedes evitarlo –repuso él.

Alicia se sintió invadida por una oleada de calidez.

–He visto en las noticias que han apagado el fuego y que no ha habido heridos. Qué alivio.

–Y que lo digas. Hemos rescatado a todos los terneros, sólo tienen algunos rasguños y cortes. Sin embargo, nos hemos quedado sin el establo. No quedan más que cenizas. Y había heno para seis meses allí dentro, que acabábamos de almacenar para el invierno.

–Lo siento mucho. Espero que estuviera asegurado.

–Sí. Pero el establo es irreemplazable. Fue uno de los primeros edificios de Somerset. Toda una joya de nuestra historia. Yo esperaba que fuera reconocido como patrimonio histórico, pero supongo que ahora ya no hay nada que hacer –señaló ella y suspiró–. Podría haber sido mucho peor. Si hubiera habido más viento, la casa también podría haber ardido.

–Me gustaría estar ahí para darte un abrazo.

–Te aseguro que a mí también.

–Pues como no me dejas aparecer por El Diablo, vas a tener que venir tú para que te lo dé.

Alicia sintió que la adrenalina la recorría. ¿Cómo podía preguntarle aquello con delicadeza? ¿O sin ella?

–¿Puedo pasar la noche contigo?

Un momento de silencio hizo que Alicia contuviera la respiración.

–Claro –repuso Rick con entusiasmo.

Ella rió.

–Ya sé que ha sonado raro, ¿verdad? Lo que pasa es que Alex piensa que no es seguro que me quede aquí –explicó Alicia–. La policía cree que el incendio ha sido provocado y a Alex le preocupa que el culpable vuelva a terminar su trabajo. Quiere que me quede con un viejo amigo suyo, pero a mí no me gusta nada ese tipo.

–No quiero que estés con ningún hombre que no sea yo. Y, por si no lo sabías, mi suite en el hotel Omni tiene cuatro dormitorios.

–¿Bromeas?

–Ni un poco. Haz las maletas y vente.

–Tenía el coche aparcado junto al establo. Está casi derretido.

–No te preocupes, iré a buscarte.

Alicia pudo percibir sus jadeos de excitación, como si fuera un cachorro a punto de recibir una golosina. Ella sonrió.

–No me parece bien. Si Alex ve tu coche, lo estropearás todo. Le pediré que me lleve al Club de Ganaderos de Texas. Así, no sospechará nada y tú puedes recogerme allí. Puedo llegar a las cuatro de la tarde.

–Te esperaré fuera.

Alicia frunció el ceño. Sería agradable quedarse un rato en el club. Le gustaría presentarles a su nuevo pretendiente a sus amigas. Pero, quizá, él había pensado que era mejor llevar las maletas directamente a su hotel.

O, tal vez, quisiera llevarla a ella directamente a su hotel.

Alicia esbozó una sonrisa llena de picardía y todo su cuerpo se estremeció de excitación. Iba a estar sola con Rick en su suite de hotel y tenía la sensación de que esa noche podía ser inolvidable.

–Genial. Nos vemos en la puerta principal. Hasta pronto.

Ella colgó, llena de alegría.

Hacía poco, se había comprado una ropa interior muy sexy en Dulces Pequeñeces, pensando en que antes o después iba a intimar con Rick. La había ocultado en el fondo de su armario para que Alex no la encontrara por accidente si tenía que buscar algo.

Al fin iba a tener la oportunidad de ponérsela. Y de ver cómo Rick se la quitaba.

***

Justin apretó el botón para subir la capota de su Porsche convertible. Pensó que, tal vez, a Alicia no le gustaría que el viento la despeinara.

Como todo en ella, su pelo oscuro era sedoso y suave y estaba muy bien cuidado.

Justin estaba deseando poder ver algo más de ella, ya que iba a tenerla para él solo, en su suite, durante días y noches.

Le encantaría ver el deseo dibujado en sus ojos. Y le encantaría acariciar su suave piel de color aceituna.

Una sonrisa maliciosa asomó a su rostro.

Pero se esforzó en borrarla.

«Tranquilo», se dijo. Para empezar, Alicia estaba traumatizada por el incendio que había tenido lugar en el rancho donde vivía con su hermano. Ella necesitaba su apoyo, no que la tocara como un pulpo.

En segundo lugar, Alicia desconocía su verdadera identidad.

Justin maldijo e hizo tamborilear los dedos con impaciencia sobre el volante mientras esperaba a que un semáforo se pusiera verde.

¿Por qué había tenido que presentarse como Rick Jones cuando la había conocido?

Sí, era un nombre que Justin utilizaba a menudo, pero casi siempre para hacer reservas de hotel o cuando conocía a alguna cazafortunas. Había veces en que llamarse Justin Dupree, de los Dupree, implicaba una gran responsabilidad.

Cuando la gente descubría que era un hombre riquísimo, lo trataba de forma diferente. Y estaba cansado de que la prensa del corazón lo persiguiera en busca de historias que publicar en las páginas de cotilleos.
Gracias a ellos, tenía una embarazosa reputación de mujeriego que no se merecía del todo.

De acuerdo, tal vez se la merecía casi del todo. Pero eso era cosa del pasado.

Había cumplido treinta años y se había tranquilizado. Ya no tenía tantas ganas de salir de fiesta toda la noche. Había empezado a apetecerle pasar algo de tiempo con una mujer para conocerla antes de acostarse con ella.

Con Alicia, por ejemplo. ¿Cuántas veces habían salido? Quizá, ocho y todavía no se habían acostado.

Ni la había besado.

Justin exhaló con fuerza. La luz del semáforo se puso verde y tocó el claxon para que se pusiera en marcha el coche que había delante de él. ¿Ocho citas y ni siquiera se habían dado un beso en los labios? Eso era ridículo. Además, tampoco estaba muy seguro de cómo había podido pasar.

Alicia era tan perfecta, tan pura, dulce y gentil, que él nunca se había atrevido a pedirle que fuera a su casa. Era la clase de chica a la que un hombre enviaría rosas o con cuyos padres charlaría un rato cuando fuera a buscarla. El tipo de chica a la que se regalaría una flor para que se la prendiera en el vestido en la fiesta de fin de curso.

Pero ambos eran ya adultos y los padres de ella habían muerto hacía años. ¿Por qué Alicia Montoya era capaz de hacerle sentir como un muchachito inexperto y excitado?

Justin tomó la carretera de circunvalación de la ciudad y tomó la salida de Somerset. Alicia Montoya era diferente y a él no le importaba esperar para entrelazar los dedos en su suave pelo.

–No soy Rick Jones –dijo Justin en voz alta. ¿Tal difícil era de reconocer?

Un problema era que Alex lo conocía. Justin había utilizado el nombre falso en parte porque así podría preguntarle a Alicia por Alex y recabar información útil para Mitch y Lance Brody. Si fuera a El Diablo, Alex lo reconocería al momento.

Y luego estaba Alicia.

Normalmente, cuando les confesaba a las chicas que era Justin Dupree, ellas no reparaban en su engaño y se emocionaban por estar saliendo con el famoso heredero en vez de con un hombre cualquiera.

Sin embargo, Alicia…

Justin soltó un silbido. Sospechaba que ella no le quitaría importancia a su mentira. Alicia había ido a un colegio de monjas, para empezar. Llevaba pañuelos de lino blanco en el bolso. Y sus uñas tan cuidadas no parecían haber estado nunca en ningún sitio que la madre superiora del colegio no hubiera aprobado.

¿Quería de veras echar a perder la excitante oportunidad de sentir aquellas uñas recorriéndole la espalda?

No. No quería. Por eso no pensaba mencionar el pequeño detalle del nombre todavía. Esperaría hasta que se pasara el susto del incendio. Y hasta haberla tenido entre sus brazos, susurrándole cosas dulces al oído.

Esperaría hasta que hicieran el amor con pasión y de forma salvaje durante toda la noche.

Entonces, se lo diría.

Capítulo Dos

Alicia paseaba de arriba abajo por el elegante porche del Club de Ganaderos de Texas.

Las abejas rondaban a las flores que había plantadas en preciosas macetas de piedra tallada. El sol se reflejaba sobre la entrada de mármol y hacía brillar el bronce de la puerta mientras los miembros del club entraban y salían, saludando y deteniéndose para darle sus condolencias por el incendio.

Alicia intentaba actuar con normalidad, como si no estuviera a punto de embarcarse en una de las mayores aventuras de su vida.

Nunca había pasado la noche con un hombre. Había muchas cosas que nunca había hecho y esperaba que eso cambiara, empezando por esa noche.

El sonido apagado de un coche deportivo le hizo levantar la vista. Rick aparcó delante de la entrada del club y salió de su Porsche plateado.

El sol hizo brillar su cabello moreno y revuelto.

–¿Cómo consigues estar cada vez más guapa? –le preguntó él, inclinando la cabeza y mirándola a los ojos.

Alicia se sonrojó. Ese día se había esforzado un poco más a la hora de arreglarse. Había querido que todo fuera perfecto.

Ella señaló a su equipaje.

–He intentado no hacer una maleta demasiado grande. Sólo algo de ropa para ir a trabajar y también ropa informal.

Además de la preciosa ropa interior que se había comprado la semana anterior, pensó ella.

Rick metió el equipaje en el maletero. Él llevaba unos pantalones negros hechos a medida que se ajustaban a la perfección a sus musculosos muslos y un polo que marcaba sus anchos hombros. ¿Cómo podía existir un hombre tan atractivo?, se dijo Alicia.

Apenas podía creer que estuviera interesado en ella.

–¿Quieres entrar? –dijo Alicia y señaló a la puerta principal. Su amiga Cara estaba dentro y le encantaría ver la cara que ponía cuando viera a Rick.

Aunque lo había conocido en el club, Alicia no estaba segura de que Rick fuera miembro. Cuando había mencionado su nombre a alguna amiga, nadie lo había reconocido.

Él titubeó y miró hacia las puertas que conducían al interior del club.

–Me gustaría más regresar al hotel, la verdad. Tengo que hacer una llamada de trabajo. Nada importante, no me tomará mucho tiempo.

–Oh, de acuerdo. Vayámonos, entonces –repuso Alicia, intentando ocultar su decepción.

Era de esperar que él tuviera trabajo, se dijo Alicia. Ella no estaba segura de a qué se dedicaba pero, a juzgar por el coche que tenía y por la suite de cuatro dormitorios en el hotel Omni de Houston, debía de ser un trabajo bastante importante.

No podía esperar que dejara de lado toda su vida sólo porque ella necesitara un sitio donde dormir, pensó.

***

En el Omni, un mozo sacó las maletas de Alicia del maletero y ella se sintió un poco extraña al verlas sobre el reluciente suelo de mármol del vestíbulo.

Ya no había marcha atrás.

Aunque a ella no le importaba. Rick era tan considerado y dulce… Él le apretó la mano mientras caminaban hacia los ascensores.

Alicia se la apretó también, intentando ocultar sunerviosismo. Él no tenía ni idea de que aquello era nuevo para ella. No sabía que nunca se había acostado con ningún hombre.

Nunca había experimentado el sexo.

A pesar de tener veintiséis años.

¿Qué pensaría él cuando lo descubriera? Para ella, era un secreto tan humillante que incluso se lo había ocultado a sus amigas de toda la vida. Sólo María, que había sido su mejor amiga desde el instituto, conocía la terrible verdad.

Cuando Alicia le había pedido permiso para usarla como coartada para quedarse con Rick, María había estado tan emocionada que apenas había podido hablar.

–¿Quién es él? –le había preguntado–. ¿Es guapo? ¡Sólo mentiré por ti si me prometes llegar hasta el final!

Alicia se había reído ante la condición de María, pero ser virgen a los veintiséis años no era cosa de risa.

Sumida en sus pensamientos, sonrió a Rick mientras él apretaba el botón para llamar al ascensor.

Alicia ni siquiera estaba segura de cómo había sucedido todo. Había pasado de pronto de ser una adolescente que les decía a los chicos que ella no era esa clase de chica a convertirse en una mujer que se miraba al

espejo preguntándose dónde había quedado su juventud.

Pero, por fin, había encontrado al hombre adecuado para estrenarse como mujer. Rick era perfecto. Demasiado perfecto, la verdad. Sabía que Alex sospecharía de él, sin duda.

Lo cierto era que Alex sospechaba de todo el mundo.

–Mi humilde morada… –dijo Rick y le guiñó un ojo mientras metía la llave en la cerradura.

–Oh, cielos –dijo Alicia y se quedó con la boca abierta al ver la elegante estancia, adornada con ricas telas y hermosas antigüedades–. ¿Esto es una habitación de hotel?

–En realidad, no. Es más bien como un piso amueblado con todos los servicios. No demasiados bloques de pisos tienen servicio de habitaciones y, como viajo mucho, es agradable que alguien se ocupe de todo.

–Supongo que, como no tienes una esposa que te cuide, también pueden hacerlo los empleados del hotel –comentó ella y miró a su alrededor, sonriendo.

Rick se quedó en silencio de pronto y ella se giró para mirarlo.

Alicia se mordió el labio. ¿Una esposa? ¿En qué diablos había estado pensando? Rick iba a sospechar que ella pretendía quedarse con el puesto.

–Y supongo que no tienes que preocuparte por cortar el césped –añadió ella, intentando proseguir con la conversación y distraerlo de su metedura de pata–. Pero, de todas formas, no creo que tú lo hicieras, aunque tuvieras jardín propio.

¡Claro que no!, se dijo Alicia. Los hombres como Rick Jones no habían usado una máquina cortacésped en su vida. Los hombres que iban al Club de Ganaderos de Texas tenían empleados para esos menesteres.

Probablemente, Alex y ella eran los únicos miembros del club que no habían nacido en familias ricas. Al pensarlo, Alicia se sintió fuera de su elemento allí, en el lujoso ático de Rick.

–¿Qué dormitorio quieres? La suite hace esquina, así que cada habitación te muestra unas vistas diferentes de la ciudad.

Él la condujo a una gran habitación con cortinas doradas, una elegante cama trineo y vistas panorámicas de la zona de la Galería, al oeste de la ciudad.

–Vaya, no sé si es mi estilo –dijo ella, sonriendo.

–Sé a qué te refieres. Y, si te digo la verdad, la luz de la mañana es mejor en la zona este.

Rick la acompañó fuera de la habitación. A Alicia la recorrió un escalofrío de placer cuando él le colocó la mano en la base de la espalda.

Entraron en un dormitorio con una cama enorme con dosel y fundas

bordadas en las almohadas. Las elegantes cortinas blancas se mecían ligeramente con el aire acondicionado. Las vistas eran impresionantes, con los árboles del Memorial Park y los relucientes rascacielos del centro de Houston.

–Pero a veces es molesto que el sol te despierte demasiado temprano.

De nuevo, Rick la tocó con una suave presión en la espalda y Alicia se sintió invadida por una ardiente calidez. Se dejó guiar a la siguiente habitación.

El tercer dormitorio tenía un toque japonés, con cortinas de color verde sauce e imágenes de garzas y lirios en la pared.

El cabecero de la cama y los muebles eran de bambú tallado. Una fuente borboteante adornaba una esquina de la estancia.

Las vistas mostraban un recodo arbolado del río y daban una imagen extrañamente virgen de Houston, incrementando la sensación de retiro que tenía la estancia.

–¡Qué bonita! Me gusta ésta.

–Siéntete como en casa. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Y lo digo en serio. Tengo alquilada esta suite durante los siguientes dos años.

Alicia rió. ¿Cuánto dinero tenía ese hombre? Era probable que esa suite costara diez mil dólares la noche.

–Espero que mi hermano me deje regresar a casa antes de dos años, pero gracias por la oferta.

Rick fijó en ella sus impresionantes ojos azules.

–Ahora, a cenar. Suelo pedir que me traigan la cena del restaurante del hotel, pero podemos salir si lo prefieres.

–No quiero causarte problemas.

–Si insistieras en que yo cocinara, eso sería un problema para los dos, pero siempre que se ocupen de ello los profesionales, no me causas ningún problema –contestó él y, cuando sonrió, se le marcó un hoyuelo en la mejilla izquierda–. Deja que te traiga una carta.

Rick salió de la habitación y Alicia aprovechó para intentar recuperar el aliento.

Le latía el corazón a toda velocidad mientras sentía cómo se le hundían los tacones en la suave alfombra.

Houston se extendía a sus pies, el sol se estaba poniendo tras los árboles y los tejados, dotando de un suave resplandor a los delicados muebles de dormitorio.

Aquélla era la noche, pensó. A la mañana siguiente, sería una mujer en todos los sentidos de la palabra.

Rick apareció en la puerta con la carta, sacándola de sus ensoñaciones.

–Si no te gusta nada de lo que hay en el menú, podemos hablar con el chef. Es un tipo muy agradable. Sabe que me vuelve loco la langosta, así que me reserva las mejores.

–A mí también me encanta la langosta –replicó Alicia, levantando la vista–. Siempre me siento culpable por comer un animal que puede ser tan longevo, pero están deliciosas.

–Hecho –dijo Rick y le tomó la carta de las manos, rozándole los dedos–. Y tu visita se merece, sin lugar a dudas, que pidamos champán.

Cenaron en el comedor de la suite. El champán burbujeaba en flautas de cristal bajo la luz de las velas, que iluminaban los paneles de madera de las paredes y dibujaban sombras en el mantel blanco de lino.

El chef les había preparado una bandeja con diferentes salsas para la langosta y algunas ensaladas creativas y coloridas.

El champán le hizo a Alicia cosquillas en la nariz mientras le daba un pequeño trago. Quería tener mucho cuidado de no beber demasiado. No quería perderse ni un minuto de aquella noche.

Rick se inclinó hacia delante.

–¿Sospecha Alex de alguien en relación al incendio?

Alicia se sintió de pronto culpable, al darse cuenta de que se había olvidado por completo de Alex y del incendio.

–No lo creo, pero ha habido otro incendio sospechoso en las refinerías de los Brody hace poco y ellos se atrevieron a culpar a Alex. Por eso, él piensa que los Brody pueden ser los responsables.

Por un instante, Alicia creyó ver que el rostro deRick se ensombrecía. Él tomó su copa y le dio un trago.

–Pensé que erais amigos de los Brody. Ellos también son miembros del Club de Ganaderos.

–Sí, pero Alex y Lance mantienen una estúpida rivalidad desde los tiempos del instituto. Menos mal que no estamos en la Edad Media, si no, estarían peleando a muerte en un torneo. Cosas típicas de hombres.

–¿Tú no crees que Lance Brody sea culpable del incendio? –preguntó él con gesto serio.

–Claro que no. ¿Por qué iba un hombre de negocios de éxito a prender fuego a nuestro establo? No tiene ningún sentido –respondió Alicia y titubeó un momento antes de continuar–. Alex tiene algunos enemigos, sin embargo. Nadie que quiera hacerle daño de veras, aunque ha molestado a unas cuantas personas a lo largo de los años.

–¿Acaso no lo hemos hecho todos? Es algo inherente al éxito.

Alicia suspiró y asintió.

–Además, Alex ha llegado tan alto y tan deprisa, que algunas personas se han sentido indignadas. ¿Sabías que mi hermano solía ser el guarda del club?

–Bromeas –dijo Rick y la miró sorprendido.

Alicia se preguntó si no debía habérselo contado.

¿Quería Alex que la gente conociera sus orígenes humildes?

–Muy poco tiempo. Sólo durante el instituto y parte de la universidad. Solía cortar el césped después de clase. Una vez que su negocio de importación y exportación despegó, dejó el trabajo y nunca miró atrás.

–No tenía ni idea –comentó Rick y arqueó una ceja–. Alex parece todo un personaje.

–Es un hombre increíble.

–Y supongo que piensa que ningún hombre es lo bastante bueno para su hermanita –señaló él y sonrió–. ¿Por eso no quieres que me acerque a tu casa?

Alicia rió.

–Es muy protector. Me vuelve loca. Sé que sólo lo hace porque se preocupa por mí, ¡pero ya tengo veintiséis años!

Rick la miró con seriedad.

–Quizá, deberías tener tu propia casa.

–Oh, ya lo he pensado, pero Alex piensa que una chica no debe irse de su casa hasta que vaya a vivir con su esposo.

Alicia se quedó pálida cuando se dio cuenta de que, una vez más, había sacado el tema del matrimonio. Eso asustaba a la mayoría de los hombres.

–Es por nuestra cultura mexicana. Somos muy tradicionales. Aprendemos a vivir con ello.

Al menos, algunas personas aprendían a superar las viejas tradiciones, como María, que llevaba tres años viviendo sola, pensó ella.

Alicia mordisqueó una pata de langosta, esperando que él cambiara de tema.

***

¿Estaba loco por querer tener una aventura con Alicia? Alex Montoya no era el tipo de hombre al que uno quisiera retar, pensó Justin.

Él siempre había puesto una distancia considerable con su propia familia. ¿De veras quería relacionarse con una mujer cuyo hermano la protegía como si fuera su sombra?

La observó mientras ella rebuscaba en una pata de langosta como un cirujano con un escarpelo.

Alicia levantó la vista.

–¿Qué?

–Nunca había visto a nadie comer langosta con tan meticulosa precisión.

–Me gusta disfrutar de cada delicioso pedazo de su carne –repuso ella, sonrió y se metió un tierno bocado en la boca.

Como todo lo demás en el mundo de Alicia, su plato estaba en perfecto orden, no había ni una hoja de lechuga fuera de su sitio, observó él.

–Eres muy detallista.

–Soy conservadora en un museo. Mi profesión me hace ser muy detallista.

Alicia le sonrió y siguió diseccionando la langosta.

–No sabía que fueras conservadora. Debes de estar muy cualificada para tener ese puesto a tu edad.

Justin se había sentido impresionado e intrigado cuando ella le había contado que trabajaba en el museo. Sin embargo, por alguna razón, había asumido que sería guía o daría clases allí. No se le había ocurrido que fuera conservadora.

–Oh, yo no diría tanto –dijo Alicia y se sonrojó–. Sólo soy una enamorada de mi trabajo. El Museo de Historia Natural de Somerset acababa de abrir cuando yo empecé a trabajar allí como archivera. El conservador que había se fue para trabajar en el Smithsonian y yo lo sucedí.

–Me avergüenza admitir que yo nunca he ido al museo. ¿Qué clase de cosas tenéis allí?

–Es una mezcla interesante. La mayoría proviene de una gran colección privada que comenzó hace casi un siglo. Huesos de dinosaurio, fósiles, meteoritos, esa clase de cosas. Tenemos algunos objetos de artesanía de los indios nativos de Norteamérica, que vienen de otra colección privada. Yo me he centrado en los objetos que son específicos del área de Houston y, en particular, de Somerset. Esta región tiene una historia muy interesante. La gente parece olvidarlo cuando hablan de echar abajo viejos edificios para construir centros comerciales.

Aquello captó la atención de Justin.

–¿Te refieres al proyecto urbanístico del centro de Somerset?

–Eso es –afirmó Alicia y echó hacia atrás la cabeza.

La luz de las velas le arrancó reflejos dorados a su oscuro cabello.

–Sería una brutalidad –añadió ella.

Qué interesante, pensó Justin. Él había oído rumores de que Alex

había boicoteado el plan de desarrollo urbanístico de una zona clave, un proyecto que habría proporcionado grandes beneficios a algunos miembros del club, incluido Kevin Novak.

–¿No crees que el desarrollo urbanístico beneficiaría la economía local?

–Eso dice alguna gente, pero nuestra zona centro es uno de los cascos antiguos mejor preservados de Texas. Su estilo arquitectónico es único. ¿Alguna vez has visto unos arcos en corbela como los de la fachada del viejo ayuntamiento?

Justin rió, impresionado por el dominio que Alicia tenía de los términos arquitectónicos.

–Honestamente, no –contestó él, recordando las figuras de reses de largos cuernos de bronce dispuestas bajo el tejado de metal del gran edificio. Eran gárgolas al estilo texano–. Admito que las aspiraciones de los fundadores del pueblo quedaron bien claras en esos edificios. Tienen mucho encanto.

Alicia asintió con un brillo apasionado en los ojos.

–Y eso se habría perdido si hubieran tirado abajo el viejo ayuntamiento para construir un centro comercial. Es lo mismo que veo en mi trabajo. Hace mucho tiempo, un fósil no era más que un aburrido insecto, o pez, u hoja. Ahora es el único de su clase que ha sobrevivido. Un retazo de otros tiempos que enriquece nuestra comprensión del mundo que nos rodea y su historia.

–Nunca lo había visto de esa manera –reconoció Justin y frunció el ceño–. Sospecho que la mayoría de la gente preferiría tener una lavandería cerca de casa o un supermercado donde comprar verduras baratas.

–No digo que esas cosas no sean importantes, pero el casco antiguo de Somerset es demasiado importante como para dejar que se pierda para siempre. Hay muchos otros edificios, feos y anodinos, que pueden tirarse –señaló ella y esbozó una maliciosa sonrisa–. Yo tengo algunas sugerencias.

–Quizá deberías proponerlo.

Justin frunció el ceño. Estaba haciéndose una impresión de la familia Montoya muy diferente a la que se había hecho basándose sólo en rumores infundados.

Él había asumido que el hermano de Alicia había parado el proyecto urbanístico porque tenía su propio plan de negocio para esa zona. Sin embargo, en ese momento estaba empezando a pensar que Alex lo había hecho para hacer feliz a su hermanita enamorada de la historia.

Aquél no era el temible y peligroso Alex Montoya del que hablaban las leyendas locales.

Justin le dio un trago a su copa y miró a Alicia con gesto escrutador.

–¿Qué harías tú en el casco histórico?

–Me encantaría que se convirtiera en una atracción turística. Algunos de los edificios son ideales para pequeñas tiendas selectas o para pintorescos hotelitos. No creo que mucha gente de Houston tenga idea de lo hermoso que es Somerset. Podría hacerse famoso como lugar de escapada de fin de semana y eso traería nuevos ingresos al pueblo sin tener que destruir su especial encanto.

–Yo te contrataría para hacerlo sin pensarlo.

–Es una pena que no puedas –replicó Alicia y sonrió.

Justin sintió que le subía la temperatura al mirar los jugosos labios de ella.

–¿O sí puedes? –preguntó ella, arqueando las cejas–. No me has dicho a qué te dedicas.

«Sólo soy el heredero de los astilleros más grandes del hemisferio occidental», pensó Justin.

Pero no estaba seguro del todo de cómo reaccionaría ella si se lo decía. Si se lo contaba, también iba a tener que confesarle que era Justin Dupree, no Rick Jones.

–Nada interesante. Papeleo.

Alicia inclinó la cabeza, lo que hizo que le brillaran los pendientes a la luz de las velas.

–¿No tenías que hacer una llamada importante?

–¿Una llamada?

–En el club, me dijiste que no podías quedarte porque debías hacer una llamada.

–Ah, sí.

Justin había tenido que utilizar una pequeña mentira para explicar por qué no podía entrar en el club. Una vez que se empezaba a mentir, era difícil parar.

Aun así, no había querido que nadie lo saludara por su nombre hasta haber tenido la oportunidad de confesarle a Alicia su verdadera identidad.

–Me olvidé de la llamada. Pero no importa. El mundo seguirá girando.

–Siento haberte distraído. No quiero causarte molestias.

Su gesto de preocupación lo conmovió.

–Eres la mejor distracción que he conocido y me enfrentaré a todas las molestias necesarias con tal de poder estar contigo. Háblame más de la historia natural de Somerset. ¿Había dinosaurios por aquí?

Justin se inclinó hacia delante para disfrutar más del brillo de los ojos de ella.

–Claro que sí.

Alicia estaba segura de que Rick iba a aburrirse cuando empezara a hablarle de las excavaciones en las que había participado el verano anterior. Pero, en vez de eso, su interés parecía aumentar con cada detalle.

Rick fijó en ella su intensa mirada azul mientras Alicia describía cada hueso que habían desenterrado y cómo lo habían conservado y guardado en el museo.

Si ella no se equivocaba, parecía… fascinado.

La luz de las velas se reflejaba en su atractivo rostro mientras Rick le hacía preguntas y escuchaba con interés las respuestas.

Y aquello no hizo más que aumentar la sensación de excitación de Alicia. ¿Cómo podía haber un hombre tan maravilloso?

Rick le había dicho que su trabajo era hacer papeleo, pero su bronceado sugería que pasaba mucho tiempo al aire libre y la estructura atlética de su cuerpo indicaba que era un hombre de acción. Estaba claro que había mucho más por descubrir sobre Rick Jones.

Sin embargo, todo lo que Alicia había descubierto hasta el momento estaba haciendo que se enamorara perdidamente de él.

Sumida en sus pensamientos, dejó el tenedor del postre y, sin querer, rozó con él una copa, haciéndola sonar.

Se habían conocido desde hacía menos de tres semanas. Ella no tenía ninguna intención de enamorarse de él ni de nadie. Pero no era necesario estar enamorada para dar un beso.

Apretó los labios al imaginarse posándolos sobre los de él. Rick tenía una boca grande y apetitosa y solía sonreír levantando sólo un lado de los labios, como si estuviera ocultando algún secreto.

–Tengo un secreto.

Las palabras de Rick tomaron a Alicia por sorpresa, como si él le hubiera leído el pensamiento.

–¿Ah, sí? –preguntó, con el pulso acelerado.

–Tengo algo para ti –dijo él con entusiasmo.

Alicia se lo quedó mirando.

–¿Qué? –quiso saber ella. Esperaba que no fuera ropa interior con aberturas en sitios extraños. Quizá, estaba a punto de descubrir el lado oscuro de Rick Jones. Algo malo tenía que tener, ¿no?

Rick se metió la mano en el bolsillo y a ella se le aceleró el corazón.

No podía ser un anillo, se dijo, no debía ser idiota.Él apenas la conocía. Tenía que dejar de soñar con películas románticas.

Rick sacó una cajita de joyería y rió al ver la expresión de ella.

–No tengas miedo. No muerde –dijo él y sonrió, haciendo que se le marcara aquel pícaro hoyuelo mientras le tendía la cajita por encima de los restos del pastel.

Alicia lo agarró con dedos temblorosos e intentó no actuar como si le hubiera tendido una barra de dinamita. Destapó la tapa.

Una gema azul en una fina cadena de plata relució en el interior aterciopelado de la cajita. Era una estrella de cinco puntas.

–¡Un topacio de Texas! Oh, cielos, es precioso.

La piedra preciosa era casi tan hermosa como los relucientes ojos de Rick, pensó ella.

–Encontré la piedra hace años en un viaje al condado de Texas Hill. Estaba con un amigo experto en piedras y él no podía creer que hubiera encontrado una gema como ésta el primer día. Nunca había sabido qué hacer con ella –explicó Rick y miró hacia la cajita que Alicia sujetaba en la mano–. Cuando me contaste que trabajabas en el museo de historia natural, supe que la piedra debía ser para ti. Hice que la cortaran en una joyería del centro.

–¿En Gemas Julie? Julie es quien más me apoya en la preservación de los edificios históricos.

–Sí, allí –dijo él y sonrió–. Y me he dado cuenta de que te gusta mucho el azul. Hace juego con el vestido que llevas ahora.

Alicia se derritió.

–Eres, sin duda, el hombre más atento y generoso que he conocido –afirmó ella, llena de emoción–. Es precioso. Voy a ponérmelo.

–Te ayudo –se ofreció Rick. Se levantó y dio la vuelta a la mesa.

Alicia se puso en pie y se estiró el sencillo vestido de seda que se había puesto para cenar.

Solía ponerse algo azul casi todos los días. Siempre había sido su color favorito.

Alicia sacó de la cajita la piedra preciosa, que quedó colgando de su cadena de plata. Una oleada de placer y excitación la recorrió cuando Rick se colocó detrás de ella.

El aroma especiado y masculino de él la envolvió y Alicia sintió su calor. La tocó con la punta de los dedos al tomar el delicado colgante y ella contuvo un escalofrío de gozo.

Rick le colocó la cadena alrededor del cuello y le abrochó el cierre.

–Deja que te vea –pidió él e hizo que ella se girara con suavidad.

Sus ojos se encontraron, brillando con un destello de algo especial.

Debía de ser deseo, nada más, se dijo Alicia.

Ella no tenía experiencia y no se atrevía a ponerle nombre a ninguna

de las sensaciones que la invadían.

A sólo unos milímetros de Rick, mientras se miraban a los ojos, ella notó que una intensa energía vibraba entre ellos.

Rick le sostuvo la mirada.

–Magnífica.

Lo dijo con los ojos fijos en los suyos, no en la gema, como si el cumplido fuera para ella y no para la joya.

Alicia separó los labios, pero ninguna palabra salió de su boca. Se quedó mirando los labios de Rick, enviándole una invitación silenciosa para besarla.

Sus bocas se encontraron en un instante y sus labios se apretaron al mismo tiempo que sus brazos se tocaban. A Alicia se le escapó un leve gemido cuando la firme y cálida presión del beso le provocó una oleada de placer de pies a cabeza.

Sus lenguas se tocaron con suavidad, tanteándose.

Rick la rodeó de la cintura con sus fuertes manos. Alicia le recorrió el sedoso pelo con los dedos mientras su beso se iba haciendo más profundo. Rick la abrazó con fuerza y sus senos se aplastaron contra el pecho de él, con los pezones endurecidos por el deseo.

Alicia reparó en que el fino polo que él llevaba la separaba de los fuertes músculos de su pecho y, de pronto, tuvo deseos de deshacerse de las ropas que se interponían entre los dos. Quiso sentir la piel de él contra la suya.

Rick apartó sus labios despacio. Ella se resintió.

Había esperado tanto que la besara, lo había deseado tanto… Y ya había terminado. Pero su deseo no había disminuido. Al contrario, había crecido con fuerza dentro de ella.

Alicia tomó aliento.

–Gracias.

–¿Por el beso? –preguntó Rick, ladeando la cabeza sorprendido.

–Por el colgante –repuso ella y se sonrojó–. Pero el beso también me ha encantado.

Y, con un poco de suerte, sería sólo el principio, pensó Alicia. ¿La invitaría él a su habitación para pasar la noche juntos? Eso esperaba, pero, ¿cómo podía decírselo sin parecer demasiado atrevida?

Alicia había pasado demasiado tiempo intentando mantener las manos masculinas lejos de su cuerpo y, en ese momento, cuando ya se sentía preparada, no tenía ni idea de cómo animar a Rick a tocarla.

–Es tarde –murmuró Rick.

–Sí –dijo ella con el corazón lleno de esperanza.

Se quedaron de pie, con los brazos entrelazados, los labios sólo separados por unos milímetros. Con los tacones, Alicia era casi tan alta como él y, si se atrevía, podía levantar la barbilla y besarlo en ese mismo instante.

–Creo que deberíamos irnos a la cama –dijo Rick con ojos brillantes como zafiros.

–Oh, sí –replicó Alicia–. Estoy de acuerdo –añadió con el estómago encogido de excitación.

–Deja que te acompañe a tu dormitorio.

Alicia intentó contener una ridícula sonrisa de felicidad mientras él la acompañaba a través del comedor iluminado por las velas, hacia el pasillo.

Rick la guió con suavidad, con la mano posada en su cintura, provocándole oleadas de calor. Alicia sintió cómo los pezones endurecidos le rozaban el vestido y el caro sujetador que se había puesto.

Aquélla iba a ser su gran noche, se dijo.

Intentó calmar su respiración cuando él abrió la puerta para que ella entrara primero.

Ella había dejado la habitación inmaculada y en perfecto orden… por si acaso. No había restos de maquillaje esparcidos por la cómoda, ni medias tiradas sobre las sillas. Incluso había abierto la cama y había puesto una bolsita de lavanda para darle un aroma fresco y floral a la estancia.

Alicia se estremeció un poco cuando Rick se acercó y la besó de nuevo. Ella se apretó contra su cuerpo, perpleja y emocionada al sentir la dura erección de él a través de sus pantalones. Se sintió invadida por la pasión y se preguntó si sería indecente empezar a quitarle el cinturón allí mismo.

Sin embargo, Rick se apartó y le tocó la mejilla con el dedo pulgar.

–Duerme bien, preciosidad. Te veo por la mañana.

Cuando cerró la puerta tras él, Alicia se contuvo para no gritar, llena de frustración.

¿Qué había ido mal?

Capítulo Tres

Justin se apoyó contra la puerta cerrada de su dormitorio y maldijo el deseo que le consumía el cuerpo como el fuego. Estaba más duro que cualquier roca de las montañas de Texas. Le dolían los músculos de tanto como necesitaba apretar a Alicia contra su cuerpo. Deseaba desnudarla y lamerle cada milímetro de su sedoso y cálido cuerpo. Quería hacerle gritar de placer y deseo mientras le hacía el amor durante toda la noche.

Dejó escapar un gemido que retumbó en el silencio de su habitación.

Por suerte, había conseguido comportarse como un caballero.

Alicia había acudido a él en busca de refugio, no para ser seducida. Estaba conmocionada por el incendio y por la posibilidad de que hubiera sido provocado. Él tenía la obligación de consolarla y hacer que se sintiera segura.

Meneó la cabeza, intentando quitarse de la cabeza los pensamientos lujuriosos que lo invadían. Alicia no tenía la culpa de tener un cuerpo que invitaba a la perdición ni de que sus curvas fueran capaces de doblegar a cualquier hombre.

Justin atravesó su dormitorio y abrió el grifo de la ducha a toda potencia.

Con agua fría.

***

El sonido de su propio grito despertó a Alicia.

Se sentó en la cama y buscó el reloj digital que siempre tenía en la mesilla.

En vez de eso, el sólido tic tac de un antiguo reloj de mesa le recordó que no estaba en su casa. En la oscuridad, no tenía ni idea de qué hora marcaban las manecillas.

El sudor le mojaba la frente y le volvieron a la cabeza las imágenes de la pesadilla que acababa de tener. Tenía el edredón bordado pegado al cuerpo, igual que el vestido de encaje que había llevado en el sueño.

Un vestido de novia.

Parada ante una especie de altar, ¿o era al aire libre?, observaba cómo varios hombres apuestos se acercaban, llevando regalos y sonriendo.

Algunos de ellos parecían conocidos, como Remy, el estudiante de intercambio francés con el que había salido, muy brevemente, durante su

último año de universidad. Y Lars, el chico de Minnesota que había cometido el error de retar a Alex a un partido de tenis un día que había ido a recogerla.

Otros parecían nuevos, desconocidos, todos apuestos y sonrientes, mirándola con ojos llenos de pasión.

Entonces, un terrible rugido salía de la espesura y todos los pretendientes olvidaban su pasión y salían despavoridos.

–¡Parad! –había gritado ella en sueños–. ¡Esperad! No me dejéis sola. Por favor.

En la pesadilla, Alicia comenzaba a sollozar, las lágrimas le rodaban por las mejillas. El rugido llenaba el aire a su alrededor y ella se giraba, asustada del monstruo que había espantado a tantos hombres fuertes.

Pero el monstruo era también un hombre. Alto y con espaldas anchas, con ojos oscuros llenos de… amor.

Su hermano, Alex.

–Ay, Alex, ¿por qué tienes que ser tan protector? Déjame en paz. ¡Déjame vivir! –había gritado ella, dormida, sin parar de llorar.

Se había despertado en el mismo instante en que se había mirado las manos en el sueño. Las había tenido viejas y llenas de manchas. Arrugadas y sin anillo. Las manos de una anciana.

Ya despierta, en la cama, se las miró de nuevo, aliviada al ver su piel suave y lisa bajo el brillo de la luz de la luna que se colaba por las cortinas.

En su sueño, habían sido diferentes.

Se quedó perpleja al darse cuenta del mensaje de su sueño: en la pesadilla, seguía siendo virgen. Una vieja virgen de ochenta años.

No pudo contener un profundo sollozo. ¿Por qué ella?, se preguntó. ¿Qué tenía de malo? No era la mujer más hermosa del mundo, claro, pero las mujeres corrientes conseguían casarse y tener hijos. O salir con hombres.

O, al menos, llegar hasta el final en una relación sexual.

¡Aunque sólo fuera una vez!

Alicia había estado tan segura de que iba a perder su virginidad esa noche, de que Rick iba a arrebatarle por fin la molesta flor blanca de su pureza… Era tan vergonzoso seguir siendo virgen…

¡Con veintiséis años, por todos los santos! Probablemente, era la única virgen de veintiséis años de todo el estado de Texas, se dijo. O de todo Estados Unidos.

Quizá, de todo el mundo.

Un lamento se escapó de sus labios y se dejó caer sobre la almohada. En ese momento, una luz bañó la habitación mientras se abría la puerta.

Rick estaba parado en la entrada.

–Alicia, ¿qué te pasa? –preguntó él con preocupación.

–Yo… yo… yo… –balbuceó ella. «Quiero hacer el amor contigo», pensó decirle, pero no se atrevió.

¿Quería que Rick descubriera que era un bicho raro? ¿Cómo iba a decirle que era una mujer adulta a la que nunca habían besado más abajo del cuello? Nunca había visto a un hombre desnudo ni había sentido sus manos sobre la piel.

Las lágrimas empezaron a correrle por la cara.

Rick se acercó a la cama.

–No llores, Alicia. Sé que anoche te llevaste un gran susto. Pero, al menos, no ha habido heridos. Reconstruirán el establo y capturarán al criminal que provocó el incendio.

Con los ojos empañados por el llanto, Alicia sintió que Rick le acariciaba el pelo. Pero ella no quería consuelo. Quería pasión desbocada.

Extendió los brazos y le rodeó el cuello a Rick, luego apretó sus labios contra los de él. Rick abrió la boca sorprendido y titubeó un momento antes de corresponderla en el beso.

Poniéndose de rodillas, Alicia apretó su cuerpo contra el de él. Se le endurecieron los pezones al sentir el pecho desnudo de Rick. Su barba incipiente era un suave bálsamo para su rostro acalorado.

No quería que él parara y apretó su abrazo, decidida a no dejarle escapar.

–Alicia –dijo Rick, tomando aire, cuando consiguió apartar la boca un segundo–. No sé si esto…

Ella llevó las manos a la cintura de sus pantalones de pijama, sin saber cómo, con la decisión de desabrochar el cordón que los sujetaba, de inmediato.

–Cariño, no pasa nada.

Rick se encogió cuando ella le rozó su dura erección.

Alicia tiró de uno de los cordones de los pantalones, pero el nudo estaba apretado y no podía deshacerlo. Sin soltarlo con una mano, se llevó la otra al hombro, para bajarse un tirante del camisón.

El fino satén cayó con facilidad y ella se bajó el camisón, dejándose un pecho al descubierto. El aire fresco de la noche hizo que se le endureciera el pezón.

–Acaríciame –rogó ella, sin dejar de intentar quitarle el pantalón.

Rick levantó la mano hacia su pecho desnudo. Ella se estremeció cuando le acarició el pezón.

–Alicia, no sé si esto es buena idea –dijo él y tragó saliva–. Pareces un

poco… conmocionada.

Con un estallido de euforia, Alicia consiguió deshacer del todo el nudo y empezó a bajarle los pantalones del pijama.

–De veras, creo que deberíamos ir más despacio –continuó él. Sin embargo, su potente erección contradecía sus palabras–. ¿Qué te parece si nos tomamos… una taza de té?

Alicia se quedó petrificada.

–¿Té? ¿Qué tengo de malo para que te pongas a pensar en té en un momento como éste? –le espetó ella y, de pronto, comenzó a sollozar con brusquedad–. ¿Qué tengo de malo? ¿Qué?

Las palabras de Alicia resonaron en el silencio de la habitación de hotel.

–No tienes nada de malo, Alicia. Ha sido un día muy largo para ti y necesitas dormir.

–Dormir es lo último que necesito –afirmó ella con voz temblorosa, mientras se preparaba a hacer su terrible confesión.

Los ojos de Rick eran de un color azul profundo bajo la débil luz que entraba por la puerta medio abierta. La misma luz que acentuaba los fuertes músculos de su cuello y hombros.

–Te necesito a ti –dijo Alicia y se estremeció–. Soy virgen.

Justin casi se cayó de la cama.

–Me estás tomando el pelo.

–¿Cómo voy a bromear con algo así? –repuso Alicia, con los ojos llenos de lágrimas.

–Vaya. Es… increíble –dijo él. Su erección aumentó.

–No es increíble. Es deprimente –lo corrigió Alicia y se volvió a tapar el pecho con el camisón–. No entiendo qué tengo de malo.

–No tienes nada de malo en absoluto. Eres la mujer más hermosa que he visto. Eres la más dulce…

–¡No quiero ser dulce! –exclamó ella, presa de la desesperación–. Quiero ser excitante.

Rick bajó la vista hacia su erección.

–Creo que lo estás consiguiendo.

–Estás sorprendido.

–De forma agradable –afirmó él. Con el dedo pulgar, le limpió una lágrima que le caía por la mejilla. Le rompía el corazón ver a Alicia triste–. Es una revelación muy erótica.

Ella parpadeó, con las pestañas mojadas por las lágrimas.

–¿Ah, sí?

–Claro. Significa que nunca has probado las sensaciones más intensas del mundo y estás a punto de experimentarlas por primera vez.

Alicia abrió los ojos de par en par.

–¿Estoy a punto?

–Claro.

Rick se inclinó hacia ella y la besó. Alicia separó loslabios, cálidos y entregados. Él le introdujo la lengua en su boca y sintió que ella se estremecía como respuesta.

Con suavidad, Rick le apartó la mano con la que se estaba cubriendo el pecho y la reemplazó con la suya. El pezón de Alicia se endureció al sentir su contacto, haciendo que la entrepierna de él ardiera aún más.

Él le acarició el pezón con el pulgar mientras apartaba la boca. Las lágrimas de Alicia habían desaparecido y sus ojos brillaban de curiosidad.

–Me gusta –susurró ella y se mordió el labio. De pronto, se sentía tímida.

–Excelente –dijo él e inclinó la cabeza hacia su pecho. Sopló. El pezón se endureció más como respuesta.

–Ooooh –murmuró Alicia, arqueando la espalda.

Él le lamió la areola y se sumergió en su delicioso aroma femenino mientras saboreaba su sedosa piel con sabor a miel.

Alicia se estremeció cuando él se metió el pezón en la boca y lo chupó. Luego, le quitó el segundo tirante del camisón y posó la mano sobre el otro pecho.

Bajo la palma de la mano, él notó cómo el corazón de ella se aceleraba lleno de excitación.

El suave tejido del camisón, con virginales bordes de encaje, le cayó hasta la cintura, mientras él le besaba el vientre.

La erección de él era impresionante. Su miembro se había vuelto hipersensible y el mero contacto de la delicada mano de Alicia podía enviarlo a otra dimensión. No debería sentirse tan excitado por su inocencia, se dijo él, pero tenía algo que era enfermizamente irresistible.

Con cuidado, hizo que Alicia se tumbara sobre las almohadas en las que, hacía unos momentos, se había estado retorciendo de angustia. El suave cabello de ella quedó esparcido a su alrededor como una corona. Alicia sonrió y cerró los ojos.

Era obvio que se sentía segura con él, observó Justin.

Alicia no tenía ni idea de que no era Rick Jones, el hombre a quien le había confiado su inocencia.

Un sentimiento de culpabilidad lo atravesó y se mezcló con el deseo que se había apoderado de cada célula de su cuerpo. Sin duda, no podía

decírselo en ese momento, mientras sus cuerpos estaban tan sensualmente entrelazados.

Rick deslizó una mano bajo el sensacional trasero de ella y le levantó las caderas lo suficiente como para bajarle el camisón por las piernas.

–¿Tienes frío? –susurró él.

–Ni un poco –respondió con una sonrisa. Abrió los ojos y extendió los brazos–. Ven aquí.

Él titubeó. Aunque no era muy romántico, era necesario un preservativo.

–Me muero de ganas, pero primero tengo que ir a por algo. No te muevas de aquí, ¿me lo prometes?

–Lo prometo –afirmó ella y frunció un poco el ceño.

Rick salió de la cama y, en tiempo récord, corrió al baño y regresó. Temía un poco que Alicia entrara en razón y se arrepintiera de su decisión de perder la virginidad.

Aliviado, vio que seguía tumbada como una diosa, bañada por la luz de la luna, mirándolo con ojos hambrientos.

Rick se puso el preservativo y se metió en la cama a su lado. Le acarició la curva de la cadera y el suave vientre. Ella se encogió un poco cuando él deslizó un dedo entre sus piernas y le tocó su parte más íntima. Estaba caliente y mojada, lista para su encuentro.

Él contuvo un gemido de excitación. Estaba deseando entrar dentro de ella y disfrutar de aquel calor tan prometedor.

Pero era la primera vez de Alicia y debía ir poco a poco.

Tomó aliento y la besó en el vientre mientras ella hundía los dedos en su pelo. Alicia tembló cuando él la acarició. Con cuidado, él le separó las piernas e inclinó la boca, deseado saborearla.

Rick gimió al sentir la cálida humedad en su boca. Le recorrió los suaves pliegues con la lengua y ella se estremeció.

–Oh, cielos –gimió Alicia.

Sonriendo, él repitió el gesto. Habían pasado muchos años desde que Justin había descubierto el embriagador placer del sexo por primera vez, pero era emocionante volver a experimentarlo a través de Alicia.

Ella frunció los labios, apretándose contra la bocade él, suplicando más. Él la lamió y la chupó hasta que notó que estaba lo bastante caliente y preparada.

Trazando un camino de besos sobre el vientre y los pechos de ella, Rick se incorporó y la miró. Depositó un beso lleno de suavidad en su mejilla.

–¿Estás lista?

Alicia asintió con los ojos cerrados, al mismo tiempo que una sonrisa lasciva se dibujaba en su boca.

Con cuidado, despacio, Rick se deslizó dentro de ella. Un gemido escapó de sus labios cuando el cuerpo de Alicia, cálido, dulce y apretado, le dio la bienvenida.

Alicia soltó un pequeño grito y abrió los ojos, pero su expresión no era de dolor, sino de alivio.

–Soy libre –dijo ella. Una amplia sonrisa iluminó su rostro.

–Esto es sólo el comienzo.

Rick enterró el rostro en el cuello de ella mientras Alicia arqueaba las caderas para permitirle entrar conmás profundidad. Él marcó el ritmo y ella lo siguió, subiendo y bajando, jadeando cada vez más deprisa, mientras sus suaves suspiros se convertían en gemidos apasionados.

Después de haber sido célibe durante tanto tiempo, su cuerpo estaba minado de deseo explosivo, listo para estallar.

Y, en ese momento, lo mismo le pasaba a él.

Sin embargo, debía esperar, se dijo Justin. No recordaba haberse sentido nunca tan excitado. Pero era la primera vez de Alicia y tenía que contenerse, hacer que durara.

Alicia le llenó el rostro de besos, y los hombros, mordisqueándolo y lamiéndolo. Le apretó las caderas para acercarlo más, profundizando su unión hasta que él apenas fue capaz de aguantar.

Los gemidos de Alicia comenzaron a convertirse en gritos enfebrecidos y, con cada uno de ellos, él estaba más cerca de perder la cabeza.

De pronto, ella le clavó las uñas en la espalda.

–Ohhh… Ohhh…

Alicia se estremeció con fuerza cuando los primeros espasmos del orgasmo la recorrieron. Las fuertes contracciones de sus músculos internos apretaron el miembro de su amante, que llegó al clímax con ella, dejándose llevar por oleadas de placer hasta que ambos recuperaron la conciencia, sudorosos y sin aliento.

Al fin, Rick consiguió abrir los ojos. Alicia estaba tumbada con el cuerpo extendido sobre las blandas almohadas, con el pelo húmedo por el sudor.

Su piel brillaba bajo la luz dorada y su pecho subía y bajaba en rápidas respiraciones.

–Cielos –susurró ella.

–No estoy seguro de que el cielo tenga nada que ver con esto –repuso él y le guiñó un ojo–. Pero ha sido divertido, ¿no crees?

Alicia dejó escapar una carcajada que a él le sonó a música.

–¡Sí! –gritó ella–. Es magnífico. ¿Es verdad? ¿Ya no soy virgen? –añadió con ojos brillantes por la excita
ción y el buen humor.

–Has sido oficialmente desflorada.

–¡Gracias al cielo!

Justin rió.

–Para algunas mujeres, su virginidad es un tesoro.

–Yo solía pensar así, qué tonta era –confesó Alicia y sonrió–. En serio, me parece bien que algunas mujeres quieran experimentar su primera vez después de casarse y estoy segura de que es una buena idea si te casas a los dieciocho, ¿pero esperar a los veintiséis? No se lo desearía a nadie.

Alicia suspiró, alegre.

–¿Sabías que, en la Edad Media, pensaban que la virginidad prolongada podía hacer que se le pusiera verde la piel a una mujer? –añadió ella.

–Eso se lo inventarían algunos jovencitos para conseguir la llave del cinturón de castidad de su amada.

A Justin le encantaba verla tan feliz.

–El sexo es saludable y normal, no algo pecaminoso y vergonzoso que debe hacerse a oscuras, sin mirar –dijo ella.

–No puedo estar más de acuerdo –afirmó él y la besó en la mejilla.

–Todos estos años me han estado diciendo que debía mantener las piernas cerradas. No sabía que pudiera hacer otra cosa.

–¿No es ése el objetivo de los colegios de monjas?

Alicia rió.

–En realidad, sí. Aunque también son un buen sitio donde aprender a fumar y a beber.

–¿Tú fumabas?

–No, claro que no. Yo siempre he sido una chica ejemplar, ¿no lo sabías?

Justin inclinó la cabeza y le lamió un pezón, que se endureció al instante.

–No estoy tan seguro de eso.

–Ay, no tienes ni idea de lo aliviada que me siento de haberme quitado ese peso de encima. Ahora me siento una persona normal. Puedo caminar por la calle sin preguntarme si los demás se dan cuenta de mi rareza.

–Odio tener que decírtelo, pero no eres una persona normal en absoluto –afirmó él y la besó en los labios–. Para empezar, eres muy hermosa y eso puede asustar a la mayoría de los hombres. Hace falta ser

un tipo muy arrogante para atreverse a hacerlo, como yo.

Alicia rió y le rozó el pecho con los senos. Justin volvió a excitarse ante su contacto.

–En segundo lugar, eres tan inteligente como bonita, lo que es doblemente intimidante –continuó él, mirándola–. Excepto para un genio como yo.

–Qué modesto.

Él sonrió.

–No eres una chica del montón y un tipo corriente nunca estaría a tu altura.

Alicia suspiró.

–He tenido suerte de conocerte, entonces.

Los ojos oscuros de Alicia estaban radiantes de felicidad. Él era el responsable de esa alegría y eso le resultaba casi tan emocionante como hacer el amor con ella, pensó Justin.

Alicia tenía algo realmente especial. Disfrutaba de todo lo que hacía y se entregaba con placer. Por eso, al estar a su lado, un hombre sentía deseos de ser mejor persona.

Y él quería ser mejor persona.

Mejor que un tipo que le daría a una mujer un nombre falso.

Justin suspiró. Deseó de veras haber tenido la oportunidad de decírselo antes de haber hecho el amor.

¿Qué clase de tipejo desfloraba a una mujer que no tenía ni idea de su verdadera identidad?

Y Alicia no tenía ni idea de que él era amigo de los más acérrimos rivales de su hermano. Eso era causa suficiente para un gran desengaño.

Justin se pasó la mano por el pelo. No había planeado que las cosas salieran de ese modo.

–Bésame.

La suave orden de Alicia hizo que sus pensamientos se desvanecieran.

La besó, disfrutando de la suavidad de su boca y del modo en que ella le acariciaba la espalda.

Él nunca se había visto en una situación de la que no pudiera salir de alguna manera. Encontraría el momento adecuado para contarle a Alicia la verdad y todo saldría bien.

Era probable que ella lo encontrara gracioso, después de todo.

¿O no?

Capítulo Cuatro

A Alicia le costó abrir los ojos. Aquella habitación era mucho más luminosa que su propio cuarto. Debía de haber sido un sueño. Al mirar a su lado, confirmó que estaba sola en la cama.

¿Pero por qué su cuerpo se sentía tan… extraño? Le pesaban los miembros y tenía los pechos hipersensibles. Le escocían los labios y también…

Cielos. Alicia se aferró a las sábanas. Quizá no había sido un sueño.

Se giró para mirar la almohada que había a su lado
en la cama extra grande.

La esponjosa almohada envuelta en una funda de algodón egipcio tenía la inconfundible marca de una cabeza.

¿Había dormido con Rick de veras?, se preguntó. Recordó una pesadilla sobre ser virgen a los ochen
ta años. Pero también recordó un sueño muy diferente. Un sueño glorioso en el que Rick la besaba y la la
mía, acariciándola por todas partes hasta que la pene
traba y la llevaba a la cima del placer. Los recuerdos latieron en su interior. Alicia respiró hondo y sonrió. Había sido real. ¿Pero dónde estaba Rick?

Se puso una bata de seda floreada y se miró al espejo. Tenía el pelo alborotado de una forma muy sensual. Se lo peinó con los dedos y abrió la puerta para salir al pasillo.

La luz de la mañana llenaba la casa. Entonces, vio una nota en su puerta.

Buenos días, preciosa, tengo que ir a una reunión.
Volveré sobre las once. No te vayas a ninguna parte, por favor.
Rick.

Al ver la expresión «por favor» subrayada, Alicia rió. Rick la deseaba de verdad.

Si los recuerdos no la engañaban, él había gozado tanto como ella. Incluso recordó cómo Rick había gemido y había jadeado, quemándole la oreja con su aliento caliente.

Un escalofrío de deseo la recorrió y rezó porque fueran ya cerca de las once. Al mirar el reloj de la habitación, obtuvo respuesta a sus plegarias.

Por suerte, era sábado, si no, habría perdido media mañana de trabajo.

Entonces, sonó su móvil, que estaba sobre la cómoda de la habitación y Alicia corrió a responder. Se le aceleró el corazón, deseando que fuera Rick.

–Hooooola –saludó María.

¿Sería capaz de darle a su amiga la exclusiva de lo que había pasado?, se dijo Alicia. Estaba segura de que María insistiría en conocer todos los detalles.

–Hola, María, ¿cómo estás?

–Vaya, un saludo muy formal. ¿Significa eso que te quedaste despierta hasta tarde, leyendo filosofía teológica con el señor Rick Jones?

Alicia se aclaró la garganta.

–Algo así –repuso Alicia y se alegró porque su amiga no pudiera verla sonreír.

–Entonces, ¿habéis descubierto cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler? Llevo años intentando averiguarlo.

Alicia rió. Imaginó cómo su amiga estaría arqueando las cejas.

–Hemos pensado que alrededor de cuarenta, siempre que tengan las alas dobladas.

–Vamos, Alicia. Deja de jugar conmigo. ¿Lo has hecho o no?

Alicia titubeó y miró a sus espaldas para asegurarse de estar sola.

–Lo hicimos –susurró al fin.

–¡Lo sabía! –gritó María con alegría–. Bueno, esto merece una celebración. ¿Quieres quedar conmigo en la cafetería T. J. para comer?

–La verdad es que Rick se ha ido a una reunión y va a volver a las once.

–Ya. Déjame adivinar. ¿Prefieres comer con un nuevo amante que con tu más antigua y más querida amiga?

–Bueno…

–¡Eso espero! Ya sabes que yo te dejaría tirada en un momento para irme con el hombre de mi vida.

Las dos rieron. Era muy cierto.

–Ahora que hemos dejado claro que no tengo principios, es mejor que me cuentes todos los detalles, si no quieres que te delate a Alex.

–¡Alex! Oh, cielos, me había olvidado de él por completo. Está solo en el rancho –dijo Alicia y sintió un aguijón de culpabilidad.

–¿Solo? Tenéis al menos diez empleados viviendo allí con vosotros.

–Sabes a lo que me refiero. ¿Quién va a hacerle el desayuno?

–Ya es mayorcito. Estoy segura de que es capaz de servirse un tazón de cereales.

–¿Y si regresa quien provocó el incendio? Tengo que llamarlo.

–No hasta que me cuentes algo más de anoche.

–¡María! Te lo contaré en otro momento. Y, créeme, te agradezco mucho que me hicieras de coartada, si no, nada habría sucedido.

–De acuerdo, de acuerdo. Sólo una cosa más antes de que me cuelgues –señaló María, poniéndose seria. Su voz parecía llena de preocupación–. Bromas aparte, es mejor que ese Rick Jones trate a mi mejor amiga como a una princesa o va a tener que responder ante mí. ¿Ha sido atento?

Alicia asintió, y luego se dio cuenta de que su amiga no podía verla.

–Oh, María, ha estado mejor que bien. Ha sido tan amable, tan tierno… Ha sido una noche maravillosa.

–Vaya –dijo María y rió–. Bueno, pues disfruta de tu día con él y dale mis mejores deseos. Y llámame si quieres pasarte por mi casa a descansar.

Alicia colgó el teléfono y observó su reflejo en el espejo con marco de bambú que había sobre el tocador. Su propia sonrisa tontorrona la hizo reír.

Entonces, se acordó de su hermano y su sonrisa se desvaneció.

Marcó su número y esperó a que él respondiera, sintiéndose invadida por la ansiedad.

–Hola, hermanita. ¿Cómo está María?

Alicia tragó saliva.

–Está muy bien. ¿Cómo van las cosas en el rancho? –preguntó ella. Su voz sonaba nerviosa y falsa. Esperaba que Alex no le preguntara detalles sobre María. No quería tener que mentir más.

–No ha habido más problemas. El veterinario ha estado examinando a los animales y ha venido el tipo del seguro. La policía ha entrevistado a todos los empleados, pero creo que todavía no tienen ninguna pista.

–Voy a casa, entonces.

Al mismo tiempo que lo dijo, Alicia sintió que su corazón no quería hacerlo. Quería quedarse donde estaba, con Rick.

–De ningún modo. Quédate con María. Todavía no tenemos ni idea de quién anda detrás de esto, no podemos predecir qué más pueden hacernos. Ya tengo bastantes problemas. No quiero tener que preocuparme porque mi hermanita esté en peligro.

Alicia sintió una mezcla de alivio y culpabilidad.

–¿Estás seguro de que estás bien? ¿Has desayunado?

–No soy un inválido.

–¿Has desayunado?

–No tenía hambre.

–Alejandro Montoya, es mejor que vayas a prepararte algo…

–Deja de preocuparte. Quizá sea mejor que aprenda a hacer las cosas por mí mismo. Si no, ¿cómo voy a arreglármelas cuando tú te cases y te vayas de casa?

Alex habló en tono de broma, como si no lo dijera en serio. Lo más probable era que pensara que su hermana no iba a casarse nunca. Y, hasta esa mañana, ella había temido lo mismo.

Pero todo había cambiado.

Alicia se tocó el colgante de topacio y sonrió.

–De acuerdo, pues no comas si no quieres. A mí me da igual.

Su imagen en el espejo mostraba una mujer con labios rojos y mejillas sonrojadas. Tenía los ojos vidriosos y el pelo… Bueno, tenía que arreglarse el pelo.

–Te llamaré después. Si me necesitas, llámame al móvil.

Alicia colgó. Alex estaría conmocionado si se enterara de lo que había estado haciendo la noche anterior, si descubriera que, en ese momento, su hermanita estaba esperando que su nuevo novio regresara.

Su amante.

Al fin.

Justin caminó hacia la entrada del Club de Ganaderos. Las cosas se estaban complicando demasiado para su gusto y pretendía desenredarlas un poco. Al menos, todo lo que pudiera, para que Alicia no saliera corriendo.

–Buenos días, señor Dupree –saludó el portero–. El señor Brody lo está esperando en la biblioteca.

–¡Justin! –saludó Mitch y se levantó del sillón de cuero en el que estaba sentado, junto a la chimenea,al ver entrar a su amigo. Lo miró con curiosidad–. Últimamente, no hay quien te vea el pelo.

–He estado ocupado. Estamos en medio de un negocio. Ahora mismo voy de traje porque acabo de firmar el contrato. En sábado por la mañana, ¿puedes creerlo? Pero el tipo se va a Atenas esta tarde.

Mitch lo miró intrigado.

–Eso no es lo único que te tiene ocupado. He visto lo bien que te llevas con Alicia Montoya.

Justin sonrió.

–¿Has descubierto algo sucio sobre su hermano? –quiso saber Mitch.

Sintiéndose culpable, Justin se sentó. Deseaba no haberse ofrecido nunca para sacarle a Alicia información sobre su hermano Alex.

Tanto Mitch como su hermano, Lance, sospechaban que Alex era culpable de sabotear Petróleos Brody. Sin embargo, a causa de la vieja

rivalidad entre Lance y Alex, no había manera de hablar con Alex sin que todo terminara en pelea. Cada vez que Lance y Alex estaban cerca, tenía lugar una confrontación.

–Es bastante sospechoso que haya habido un incendio en el rancho de Montoya, ¿no te parece? –preguntó Mitch.

–No saben quién está detrás del incendio en El Diablo. La policía está investigando, pero no tiene sospechosos todavía, que yo sepa.

–¿Crees que es posible que Alex le prendiera fuego para alejar las sospechas de sí mismo sobre el incendio de nuestra refinería?

–¿Por qué iba a destruir su propio rancho?

–Por el dinero del seguro –repuso Mitch y le dio un trago a su whisky–. Aquel viejo establo estaba pidiendo a gritos que lo echaran abajo. Es probable que Montoya lo tuviera asegurado por el doble de su valor.

–Alicia dice que era un edificio histórico. Uno de los más antiguos de Somerset.

–Quizá, querían despejar la finca para construir algo más moderno. Alex tiene el ganado más selecto de todo Texas. Siempre ha sido muy competitivo el muy hijo de perra –afirmó Mitch e hizo una seña al ca
marero para que le llevara su bebida a Justin.

–No creo que haya sido él.

–¿Quién iba a ser si no?

–Me tiene muy intrigado. Pero estoy empezando a pensar que ambos incendios están relacionados de alguna manera con el desfalco de fondos que descubrió Darius –comentó Justin y se recostó en la silla–. ¿Has terminado tu auditoría extra oficial?

–Todavía no –repuso Mitch–, pero estoy a punto.

–Mira, Mitch, por lo que Alicia me ha contado, Alex no es la clase de hombre que haría lo de la refinería. Es un hombre de negocios legal.

–Uno de sus mejores amigos es Pablo Rodríguez. No intentes decirme que El Gato es trigo limpio.

–No, El Gato está metido en asuntos de drogas, pero Alex Montoya y él no son socios. Son viejos amigos o algo así. Alex tiene importantes negocios de importación y exportación y, por lo que parece, está haciendo dinero con el rancho también, con esos grandes toros que cría.

Mitch esbozó una media sonrisa, con gesto de incredulidad.

–¿Te estás enamorando de Alicia Montoya?

Justin dio un trago a su whisky.

–Te estoy contando lo que he averiguado. Los Montoya parecen personas decentes y sobresalientes. Creo que todos nos hemos excedido al

juzgar a Alex.

–Él frenó el proyecto de desarrollo urbanístico en el centro y echó a perder los planes de Kevin. Uno de los consejeros me contó que fue tan persuasivo que casi convenció al Ayuntamiento de la ciudad para que reconociera el área como zona de interés histórico.
No sé si lo que pretende es reurbanizar el centro él mismo o si lo que pasa es que no puede soportar que otra persona gane dinero con ello.

–Alicia está entregada a la preservación del casco histórico de Somerset. Dice que su calle principal es una de las más pintorescas y de las pocas auténticas que quedan en el estado de Texas. Está trabajando en un comité para convertirla en atracción turística.

–¿El centro de Somerset, una atracción turística? Sospecho que estás pensando con una parte de tu cuerpo que no es tu cabeza.

–¿Por qué no? Si miras más allá de sus fachadas descoloridas, tiene algunos edificios muy hermosos. Creo que Alicia tiene razón al querer preservar la historia de Somerset. Ya tenemos bastantes centros comerciales a las afueras de Houston.

–Eso es difícil de discutir –dijo Mitch y miró su vaso–. Según me hago viejo, estoy empezando a interesarme más por el futuro y por lo que habrá aquí cuando mis hijos crezcan.

Justin lo miró sorprendido.

–¿Lexi y tú ya estáis pensando en tener hijos?

–Hemos hecho más que hablar –contestó Mitch, sonriendo–. Estamos esperando un bebé.

Justin casi se atragantó con la bebida. Igual que casi se había caído de espaldas cuando se había enterado de que Mitch iba a casarse. Mitch siempre había sido el último de sus amigos en salir del bar y el primero en huir de una mujer que buscara algo serio.

En apariencia, Alexis le había echado alguna especie de hechizo mágico a su amigo.

–Es genial. Felicidades.

–Te has quedado anonadado –dijo Mitch y sonrió.

–Por completo.

–No te culpo. Yo solía reírme del matrimonio y del amor, por no hablar de tener hijos. Pero deja que te diga algo: cuando encuentras a la mujer adecuada, todo tu mundo cambia.

Justin parpadeó. Sin duda, él había empezado a ver las cosas de forma diferente desde que había conocido a Alicia. Como el hecho de mentir sobre su identidad, por ejemplo. No iba a hacerlo nunca más.

–Con Lexi… ¿lo supiste sin más?

Mitch suspiró.

–Fue un poco más complicado que eso. Ya conoces la historia. Empezó como un acuerdo de negocios con el senador Cavanaugh. Se suponía que Lexi iba a casarse con Lance. Cuando Lance fastidió el plan casándose con Kate, decidí casarme con Lexi yo mismo. Entonces, me enamoré locamente de ella.

–Suena como un cuento de hadas al estilo texano –comentó Justin y levantó su vaso en señal de brindis, riendo.

–Brindo por eso. Tú serás el siguiente, amigo. Tengo un presentimiento –afirmó Mitch y miró a Justin con interés–. Y, por el modo en que estás defendiendo a la familia Montoya, estoy empezando a pensar que ya has conocido a la mujer de tu vida. Apuesto a que a Alex no le importaría que su hermana se casara con alguien del ilustre clan Dupree.

–Ya, pero te olvidas de que los Brody sois mis mejores amigos. Alex no sabe que salgo con ella.

–¿Alicia está quedando contigo en secreto?

–Algo así.

–Bueno, pues ten cuidado. Están pasando cosas muy raras por aquí últimamente.

–Es verdad. Si los hermanos Brody pueden sentar la cabeza y casarse, casi todo es posible.

–El amor está llamando a tu puerta, amigo. A veces, todo empieza aquí mismo –dijo Mitch y se golpeó el corazón con los nudillos–. Cuando eso sucede, no hay manera de pararlo.

El sonido de la cerradura de la puerta principal sobresaltó a Alicia. Había tenido tiempo de sobra para ducharse, arreglarse el pelo y ponerse uno de sus vestidos favoritos que, por cierto, combinaba con el colgante que Rick le había regalado.

Y, por si él veía lo que tenía debajo del vestido, algo que ella esperaba con fervor, se había puesto un bonito sujetador de encaje y braguitas a juego, en tonos azul pálido.

–Alicia –la llamó Rick con voz masculina y cálida.

Ella sintió un escalofrío de excitación.

–Aquí estoy –repuso Alicia y corrió al pasillo con el corazón acelerado.

Rick se detuvo, como si estuviera impresionado sólo de verla. Estaba muy guapo con un caro traje de chaqueta gris oscuro. Tenía el pelo revuelto y sus ojos azules estaban llenos de fascinación.

Él le tendió un ramo de rosas rosas.

–Te he comprado esto –dijo Rick y frunció el ceño–. Pero quiero que me abraces a mí, no al ramo de rosas –añadió y miró a su alrededor buscando un sitio donde dejar las flores. Las depositó con cuidado sobre una mesa–. Así está mejor. Ahora tengo las manos libres.

Alicia vibró de emoción mientras Rick se acercaba.
Cerró los ojos cuando la abrazó con sus fuertes brazos y la besó con ternura en los labios.

El placer la invadió como el calor del sol. Se le endurecieron los pezones contra el áspero tejido del traje de él. Y, ocultas, sus partes más íntimas, partes que ella había ignorado durante demasiado tiempo, comenzaron a vibrar de deseo.

Sintió crecer y endurecerse la erección de Rick y, de forma instintiva, apretó contra ella sus caderas, maravillada de sentirlo tan cerca.

–Maldición, te he echado mucho de menos –afirmó él con voz ronca.

–Sólo has estado fuera un par de horas.

–Demasiado tiempo. No volvamos a separarnos en un buen rato –replicó él. Se quitó la corbata que llevaba y se desabotonó el cuello de la camisa blanca, dejando al descubierto su piel bronceada.

Guiándose por un impulso, Alicia deslizó los dedos por debajo del cuello de la camisa de él.

Rick le besó la nariz y ella sonrió. Sus dedos parecían actuar con voluntad propia, desabrochando el siguiente botón de la camisa de él y, luego, el siguiente, mientras con la otra mano le recorría los potentes músculos pectorales.

El aroma de Rick la volvía loca. La fina lana de su elegante traje se mezclaba con el aroma almizclado de hombre sexualmente excitado, una muy apetecible combinación. Deslizó las uñas por delante de la impecable camisa de él, hacia su cinturón de cuero y hasta el grueso bulto que sobresalía debajo.

Rick gimió mientras ella tocaba su erección a través de los pantalones. Alicia la apretó mientras posaba la otra mano sobre el atlético trasero de él.

La erección de Rick se endureció aún más cuando Alicia se la soltó para quitarle el cinturón.

Ella empezó a respirar entrecortadamente, presa del deseo, que vibraba en su interior como un tambor,acelerado por la obvia excitación de Rick. Él le recorrió el vestido con las manos, deleitándose en sus pezones y en la curva de su cintura.

Al fin, Alicia le desabrochó el cinturón y le bajó la cremallera. Al sentir la poderosa erección de él en la mano, se estremeció. Sin ceremonias, le bajó los pantalones y se apretó contra ella. Estaba deseando

sentirlo dentro. No podía esperar.

Rick le levantó el borde del vestido y le introdujo una mano por debajo de las braguitas. Ella se retorció, caliente y húmeda, contra su mano.

–Tómame ahora. Aquí mismo –suplicó ella, jadeante, sin medir sus palabras.

La erección de Rick latió con más fuerza. Él se sacó un preservativo del bolsillo de la chaqueta, lo abrió con los dientes y se lo puso. Luego, le apartó las braguitas a un lado y la penetró.

Alicia gritó ante la intensa sensación y se aferró a Rick para no permitir que él retrocediera a causa de su grito.

Rick la agarró de los glúteos y la levantó hasta que ella arqueó la espalda y le dio la bienvenida en lo más hondo de su ser.

–Oh, sí, así. Me gusta mucho –murmuró ella, meciéndose contra él.

Una oleada de sensaciones la envolvió. Se agarró a Rick y sintió cómo a él se le empapaba la camisa de sudor.

Ni siquiera le había dado tiempo a quitarse la chaqueta. Al pensarlo, Alicia no pudo contener un estalli
do de risa.

–¿Qué es tan gracioso?

–Yo –dijo ella y gimió, mientras se retorcía contra el cuerpo de él–. No he podido esperar a que nos desvistiéramos. Llevo una ropa interior muy bonita y ni siquiera te he dejado verla.

Alicia notó los pechos hinchados y exquisitamente sensibles dentro de su prisión de encaje.

–Deja que la vea.

Manteniendo el ritmo, Rick levantó una mano y le bajó la parte superior del vestido.

–Precioso –señaló él.

Rick le lanzó una mirada con sus impresionantes ojos azules y Alicia se quedó sin respiración.

–A veces, es más divertido hacer las cosas en orden inverso –comentó él.

Ella soltó un grito sofocado cuando la levantó del suelo y la llevó hacia el salón, sin salir de su interior.

Sin perder el tiempo, Rick se tumbó con ella en una chaise longue de seda verde.

Alicia cerró los ojos mientras la penetraba pero, antes, tuvo tiempo de darse cuenta de la comedida elegancia del salón: caras antigüedades, fina porcelana y cristal y delicadas acuarelas. Lo que estaban haciendo allí

parecía incorrecto. Indecente.

Sin embargo, Alicia siguió meciéndose debajo de él, disfrutando del sonido de sus propios gemidos de placer.

–Oh, sí, Rick, otra vez. Hazlo otra vez.

Ella lo apretó contra su cuerpo mientras él la montaba, hasta que cada uno de sus nervios y de sus músculos comenzó a vibrar de puro placer.

Y, justo cuando Alicia estaba a punto de perder todo control y sumergirse en el orgasmo…

Rick se detuvo.

Se detuvo por completo. No hubo ningún movimiento en absoluto, a excepción de su pecho subiendo y bajando al respirar con apresuradas bocanadas.

Alicia intentó levantar las caderas, pero el peso del cuerpo de él lo hizo imposible.

Frustrada, abrió los ojos y vio que él la estaba mirando fijamente. Rick esbozó una sonrisa maliciosa.

–¿Qué? –preguntó ella, desesperada por que él continuara, y se incorporó como impulsada por un resorte.

–Quienes saben esperar obtienen su recompensa –susurró él.

Alicia se removió debajo de él sin conseguir nada, aparte de sentirse más excitada. Cuando estaba a punto de gritar, él empezó a moverse de nuevo.

–¡Oh! Qué bien…

Rick comenzó con movimientos mínimos y fue incrementándolos. Lo justo para llevarla al borde de la locura. Se deslizó con suavidad dentro y fuera, provocándole una extraordinaria sensación con aquella caricia.

Entonces, aceleró el ritmo.

Alicia gimió y gritó con alivio mientras llegaba al clímax. El placer se intensificó, creciendo dentro de ella como una enorme nube de tormenta lista para explotar e inundar todo el país.

El orgasmo la atravesó como un trueno, dejándola sin aliento. Se dejó caer de espaldas en la chaise longue, dejando escapar un aullido de liberación.

El orgasmo de Rick lo sacudió como un martillo y gritó de placer, desplomándose sobre ella.

Alicia tardó unos segundos en recuperar el aliento para poder hablar.

–¿Qué ha sido eso? ¿Qué estabas haciendo?

–¿Has oído hablar alguna vez del punto G?

–Creo que he leído algo en alguna revista.

–Bueno… ahora sabes lo que se siente –señaló él, sonriendo con

picardía.

Alicia se quedó tumbada en el sofá, con la cabeza colgándole por uno de los extremos y el pelo rozando el suelo. Rick la sujetó para que no se cayera de golpe a la alfombra.

–¿Así que el punto G? –repitió ella, sintiendo que sus músculos internos aún vibraban por las contracciones del orgasmo–. Me pregunto qué propósito evolutivo tiene eso.

Rick rió.

–No puedes olvidar tu profesión, ¿eh? ¿No es el placer razón suficiente para que exista?

–Supongo que sí –repuso Alicia y se llevó un dedo a los labios, pensativa–. Ahora entiendo cómo, una vez que lo has experimentado, siempre quieres más. Eso asegura la supervivencia de la especie.

–A menos que utilices un preservativo –indicó Rick y le recorrió el vientre con un dedo.

Ella se estremeció como respuesta.

–Es verdad. En ese caso, tenemos que admitir que lo hacemos sólo para divertirnos.

Ambos rieron. Entonces, el estómago de Alicia rugió.

–Eh, ¿has desayunado?

–No, confieso que no. Estaba distraída por otra clase de apetito –contestó Alicia y, con esfuerzo, levantó la cabeza–. Incluso he regañado a Alex porque no ha desayunado bien esta mañana. Soy una hipócrita.

La expresión sonriente de Rick se desvaneció.

–¿Has hablado con Alex?

–Sí. Quería asegurarme de que todo estaba bien en el rancho.

–¿Le has dicho que estás aquí?

–No –respondió ella y se apoyó en un codo–. Es mejor que no lo sepa, sobre todo cuando las cosas están tan delicadas en el rancho. Sólo se preocuparía y no se lo tomaría bien.

–Y me retaría a un duelo a muerte al amanecer por haberme llevado tu virginidad.

–Eso es –afirmó Alicia y suspiró–. ¿Por qué buscarnos problemas? Esperemos, al menos, hasta que se averigüe quién provocó el incendio. Así, Alex podrá dirigir su energía hostil contra otro hombre.

Capítulo Cinco

–¿Adónde vamos? –preguntó Alicia mientras Justin salía a la autopista.

Se habían cambiado de ropa después de su asalto inesperado y habían salido para comer algo.

–Al centro de Somerset.

Él sintió que Alicia lo miraba con curiosidad.

–¿Por qué?

–Porque quiero verlo con tus ojos.

Ya que estaba dedicándose a defender el plan de Alicia para preservar los edificios históricos, Justin quería conocer mejor lo que estaba intentando salvar.

Y quería conocer mejor a la encantadora Alicia.

Ella lo miró con preocupación.

–¿Y si nos ve Alex?

Él contuvo la risa.

–¿Crees que puede estar paseando por el centro de Somerset un sábado a mediodía? –replicó él. Para ser tan lista, era un poco paranoica, pensó.

–Bueno, no, pero…

–Deja de preocuparte. Si nos lo encontramos, puedes decirle que soy un profesor visitante de historia natural –dijo Justin, sabiendo que, si se encontraban con Alex, ella no iba a ser la única que iba a tener que dar explicaciones.

Alicia rió.

–Eso no existe. Además, no pareces un profesor –comentó ella y miró

la camisa azul pálido que él lle

vaba–. Los profesores no suelen llevar ropa de Prada.

–Yo tampoco. Es un regalo de una de mis tías.

–Tiene buen gusto. Me encanta el color.

–Lo sé. Por eso me la he puesto. ¿Lo ves? Cada vez te voy conociendo mejor, poco a poco. Y, por el momento, no hay nada de ti que no me parezca delicioso –afirmó él, sonriendo.

–No me hagas pensar en cosas deliciosas, que me pongo nerviosa –dijo ella y se retorció en su asiento, haciendo sin querer que se le ajustara el vestido a los pechos.

Justin contuvo un gemido de excitación.

–No hables de eso y no te muevas así mientras conduzco. Podría ser peligroso.

Alicia gruñó con sensualidad. Aquel gesto cargado de lascivia hizo que el deseo recorriera a Justin. Estaba deseando conocer mejor el lado salvaje de Alicia.

Ella se cruzó de piernas, dejando que él entreviera la cara interna de su muslo.

La sensación de excitación estaba empezando a ser insoportable, pensó Justin.

–Ayúdame a encontrar dónde aparcar –dijo él y tomó la salida de la autopista. El ruido y ajetreo de la ciudad de Houston quedó atrás mientras entraban en las tranquilas y arboladas calles del centro de Somerset.

Casas victorianas adornaban el lugar, en medio de jardines con árboles altísimos. Un muchacho pasó montando en bici, como si fuera una escena sacada de los años 1950.

–Ésa casa es una Standford White –indicó ella, señalando a una impresionante mansión.

Justin nunca se había fijado antes en ella.

–Era un famoso arquitecto del siglo XIX que… –prosiguió Alicia.

–Fue asesinado por el marido de una mujer con la que había tenido una escandalosa aventura –la interrumpió él.

–Has oído hablar de él –dijo ella con tono de sorpresa y satisfacción.

–He tenido una de las educaciones más caras que el dinero puede pagar. A pesar de eso, conseguí aprender algunas cosas. Es una casa preciosa.

Rick había parado el coche, sin detener el motor.

–Los detalles son increíbles. No es posible encontrar unas molduras tan elaboradas en una casa de hoy en día. Hace dos años nada más estaba condenada. El tejado había sufrido daños en una tormenta y el Ayuntamiento pensaba tirar la casa. Fue entonces cuando me uní a la Sociedad de Somerset Histórico y recaudamos dinero para que la restauraran –explicó Alicia, radiante de orgullo–. Se vendió por dos millones cuando fue terminada y al dueño le gusta tanto que nos permite ofrecer visitas guiadas para recaudar dinero.

Justin se sintió intrigado.

–¿Cómo surgió tu interés por la historia arquitectónica?

–Siempre me han encantado las casas bonitas –contestó Alicia y levantó la vista hacia los altos aleros y las brillantes cristaleras de la casa–. Cuando era niña, vivíamos en una casa muy pequeña en los suburbios. El tejado tenía goteras y los cimientos estaban medio podridos, pero mis

padres no se atrevían a pedirle al casero que arreglara nada por si les subía el alquiler. Mis padres ahorraban cada céntimo que tenían porque estaban deseando mudarse de allí y comprarse una casa propia. El sueño americano, ya sabes.

Alicia rió, pero su risa estaba impregnada de tristeza.

–Solían hablarnos a menudo de la casa de sus sueños –continuó–. Sería luminosa, con ventanas al sur y con vistas a un jardín, con una cocina con filas de relucientes cacharros de cobre. Alex quería tener su propia habitación para poner baldas para su colección de aeromodelismo.

Durante un instante, a Alicia se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Supongo que nunca llegaron a tener suficiente dinero para dar la entrada. Mi padre murió en un accidente en el trabajo y, después de eso, mi madre tuvo que luchar mucho para poder darnos de comer. Nadie volvió a hablar de comprar una casa. Excepto Alex–recordó Alicia y sonrió–. Él siempre decía que había que mantener los sueños, por muy descabellados que parecieran. Y, después de que mi madre muriera, siguió diciéndolo.

–Y tenía toda la razón –afirmó Justin, emocionado.

Justin deseó poder volver al pasado y comprarle a la familia de Alicia la casa con la que habían soñado. El problema financiero más acuciante que sus propios padres habían sufrido había sido encontrar nuevos yacimientos de negocio libres de impuestos en los que invertir.

Sumido en sus pensamientos, la rodeó con el brazo.

–Tus padres estarían muy contentos de veros a Alex y a ti en El Diablo.

–Sí, lo sé –señaló ella y le brillaron los ojos–. Mi madre solía limpiar casas en Somerset y El Diablo era una de ellas. Se deleitaba sacando brillo a los adornos de roble tallado y los picaportes de bronce –comentó y miró por la ventanilla, como perdida en sus recuerdos–. Mi madre solía llevarme con ella cuando no había escuela porque no podía permitirse una niñera y sé que suena tonto, pero cuando estábamos allí fingíamos que era nuestra. Yo solía bailar por los pasillos e imaginaba que uno de aquellos hermosos dormitorios con cortinas de cretona era mío y que tenía un armario lleno de ropas preciosas.

–Y ahora así es.

–Sí –afirmó Alicia y se giró hacia él, sonriente–. Es curioso, ¿verdad?

–Es impresionante –repuso él con sinceridad–. Supongo que el sueño americano sigue vivo en Somerset.

Algo se encendió dentro del corazón de Justin. Sintió el ardiente deseo de darle a Alicia la luna o, al menos, la casa más bonita del mundo.

¿De dónde había salido ese pensamiento?, se dijo.

–Bueno, ¿hay más joyas como ésta en Somerset?

–Oh, sí. Ésta es una zona residencial para gente rica de la ciudad, así que todos sus edificios tienen algo de especial. Mira éste.

Alicia señaló a una estructura con apariencia gótica que había al otro lado de la calle.

–El dueño se enamoró de una abadía medieval de Somerset, Inglaterra, y la ha traído aquí piedra a piedra, para reconstruirla como su hogar. Incluso tiene algunas vidrieras originales dentro. El año pasado organizamos una visita a la casa.

–Eres una mujer muy ocupada.

–Me ayuda a no meterme en líos –dijo ella y sonrió.

–Hasta ahora.

Él le mordisqueó el cuello, presa del deseo. Sin embargo, se dio cuenta de que estaban parados en una calle muy transitada.

–Pero dejemos esto para luego –dijo él.

–Prometido. ¿Qué te parece si vamos a Gemas Julie para que pueda decirle lo mucho que me ha gustado el colgante que me regalaste?

–Me parece bien.

Rick no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción mientras se dirigían hacia la calle principal, donde Alicia había concentrado sus esfuerzos de preservación histórica.

Sólo esperaba no encontrarse con nadie que lo saludara como Justin. Por otra parte, si sucedía, quizá sería cosa del destino.

Alicia le indicó un callejón oculto tras Gemas Julie donde apenas tuvo sitio para aparcar.

–Hace falta más espacio de aparcamiento por aquí –murmuró él, arqueando las cejas.

Alicia se encogió de hombros.

–O que la gente empiece a usar el transporte público –repuso ella y le guiñó un ojo–. Es mejor para el planeta.

–Esto es Texas, tesoro.

–¿Y? Los milagros existen –señaló ella y sonrió con dulzura.

Alicia comenzó a caminar delante de él por el callejón, haciendo resonar los tacones sobre el empedrado. El modo en que su trasero se balanceaba debajo del fino vestido blanco captó toda la atención de Justin.

Los milagros existían.

Con Alicia cerca, tenía la sensación de que casi todo era posible.

–Estoy deseando felicitar a Julie por el excelente trabajo que ha hecho con el topacio –dijo ella y abrió la puerta–. Creo que es el regalo más

encantador que me han hecho.

Justin la guió al interior de la tienda y saludó a Julie.

–Ha sido todo un éxito –dijo él.

–Lo sabía –repuso la joyera y se apresuró a salir de detrás del mostrador para abrazar a Alicia–. Pero no me dijiste que era para una de mis personas favoritas.

Justin se encogió de hombros.

–No sabía que os conocíais.

–Alicia conoce a todo el mundo en Somerset –respondió Julie, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja–. Y todos la adoramos.

Alicia se sonrojó.

Julie miró el topacio, que resplandecía en la pequeña cadena que Alicia llevaba al cuello.

–Ha sido un fino trabajo de artesanía, aunque esté mal que lo diga yo misma –comentó Julie–. Pero tengo que reconocer que Rick tiene parte de culpa, por haberme traído una gema tan perfecta. No puedo creer que la encontrara él mismo –añadió y lo miró con gesto socarrón–. Pero está claro que tiene buen ojo para las gemas.

Justin rió.

–Estaba con un experto en piedras. Si no, lo más probable era que la hubiera tirado de nuevo al suelo.

Julie miró a Alicia.

–¿Tú lo crees?

–Yo, sí.

La dulce sonrisa de Alicia y sus palabras de confianza hicieron que Justin se llenara de calidez.

Hasta que recordó que ella tenía buenas razones para desconfiar de él.

¿Creería ella su historia sobre el hallazgo de la piedra si supiera que no era Rick Jones? También en la joyería había empleado el nombre falso, como solía hacer cuando no quería que la prensa metiera las narices en su vida.

Estaba tan cansado de que escribieran historias sobre él y le inventaran prometidas por todas partes que se había acostumbrado a usar la identidad falsa como si fuera su segunda piel.

¿Lo habría tratado Alicia de forma diferente si se hubiera presentado como Justin Dupree?, se preguntó.

Que él supiera, ella nunca había oído hablar de los Dupree.

Alicia, sin duda, había adivinado que era un hombre rico, algo demasiado evidente teniendo una suite de cuatro habitaciones en un hotel. Pero no le había preguntado de dónde provenía su dinero.

Ella parecía disfrutar de su compañía de manera genuina y no parecía estar interesada en sus bolsillos.

La mayoría de las mujeres que había conocido estarían alabando los brazaletes y anillos de la joyería, con la esperanza de que él se ofreciera a comprarles otro, pero Alicia estaba alejada de los mostradores tapizados de terciopelo, entretenida charlando con Julie sobre sus planes de restauración para la zona.

–Julie se ha ocupado de restaurar la mayor parte de esta fachada en persona.

–Vivo en el piso de arriba –comentó Julie, señalando al techo–. Me encanta este lugar. Me alegro tanto de que no vayan a tirarlo abajo para convertirlo en un aparcamiento…

–No pasará siempre que Alex y yo podamos seguir bloqueando los proyectos de reurbanización –repuso Alicia y suspiró–. Algunas personas sólo piensan en el dinero.

–Me gustaría que hubiera más gente como tú y tu hermano, dispuestos a plantarle cara al poder establecido.

Alicia rió.

–Llevamos toda la vida haciéndolo, así que no vamos a parar ahora. Y, una vez que la gente empiece a ver en lo que puede convertirse el centro de Somerset, todos se subirán a nuestro tren y se atribuirán la idea.

–Eres una optimista –dijo Julie.

–Otra razón por la que se merece sólo lo mejor. También se merece comer, con un poco de urgencia –intervino Justin–. Julie, ¿quieres acompañarnos?

–Diablos, no –repuso Julie y se cruzó de brazos–. Vosotros dos estáis mejor solos. Y salid de aquí antes de que vuestras vibraciones empiecen a teñir mis gemas de rosa.

Alicia rió y los pechos se le movieron bajo la tela del vestido. Justin intentó ignorar cómo le subía la temperatura al verla.

–Gracias de nuevo, Julie. Eres un tesoro –dijo él y sonrió.

–Sí, eso me dices –contestó Julie, se cruzó de brazos y lo miró con gesto divertido–. Si encuentras alguna piedra preciosa más, ya sabes dónde estoy.

Julie le guiñó un ojo, como si siguiera sin creer su historia, a pesar de que era la pura verdad. Como siempre, a Justin no le importaba lo más mínimo si lo creían o no. Nunca le habían importado las opiniones de los demás… hasta que había conocido a Alicia.

–Había pensado que podemos ir a Té y Simpatía a comer algo –comentó él cuando hubieron salido de la tienda. Al percibir el aroma a

miel de Alicia, tuvo deseos de enterrar la cara en su cuello, pero consiguió contenerse.

–Perfecto –dijo ella y sonrió–. Su salmón ahumado y los sándwiches de pepino están para morirse.

–Espero que nadie tenga que morirse.

Justin no pudo evitar posar la mano en la cintura de ella y bajarla hacia su apetitoso trasero mientras la guiaba bajo el toldo a rayas de la cafetería.

–¿Dentro o fuera? –preguntó él, señalando hacia las mesas y sillas de hierro forjado alineadas sobre la acera.

–Sin duda, dentro –contestó Alicia y miró a ambos lados de la calle como una fugitiva–. Sé que es poco probable que Alex esté cerca de aquí, pero… –dijo y se encogió de hombros–. Hazlo por mí.

–Haría cualquier cosa por ti.

Sus propias palabras resonaron en la cabeza de Justin mientras la seguía a la esquina más oscura de la cafetería y le sacaba una silla.

No recordaba haber sentido nada parecido por ninguna mujer en su vida. Lo habitual en él era volcar toda su devoción en el negocio de la familia y dedicar el tiempo libre a relajarse.

En ese momento, el aire vibraba entre Alicia y él. La atracción entre ellos casi podía palparse. Parecieron saltar chispas de sus dedos cuando ambos trataron de alcanzar la jarra de agua al mismo tiempo y sus manos casi se rozaron.

A Justin le quemaban las manos con el deseo de recorrerle todas las curvas del cuerpo. Quería quitarle el suave vestido de seda y contemplar cómo su piel se llenaba de sudor mientras la llevaba de nuevo al clímax.

La tensión sexual que ardía entre ellos era un delicioso tormento y él no tenía ninguna intención de dejar que desapareciera.

–¿Puedes creer que la fachada de este comercio fue construida originalmente para albergar una tete-ría?

–Sí. A nuestros antepasados les encantaba el té. He oído que, incluso, hicieron una guerra por su causa.

Alicia sonrió.

–La batalla del té de Boston tuvo lugar, al menos, cien años antes de que esta zona fuera colonizada. Sin embargo, me gusta pensar que algunas cosas no han cambiado. Nos creemos que somos muy avanzados con nuestros móviles y nuestros portátiles pero, en el fondo, nos gustan las mismas cosas de las que disfrutaban nuestros antepasados.

Rick había servido ambos vasos con agua y ella tomó un trago.

–¿Tu familia siempre ha vivido en Houston?

Por el tono de su voz, Justin adivinó que Alicia comenzaba a sentir

curiosidad por él.

–La verdad es que no son de Houston en absoluto. Se establecieron a la afueras de Nueva Orleans a finales de la era del pleistoceno y siguen allí hoy. Bueno,
mi madre. Mi padre murió hace tres años.

–Lo siento mucho –dijo ella con genuina tristeza.

–Fue un alivio. Había estado enfermo durante demasiado tiempo. Por eso, yo había empezado a ocuparme del negocio de la familia.

Alicia se inclinó hacia delante.

–¿Qué clase de negocio?

–Transporte. ¿Te has dado cuenta de que tienen barquillos en la carta?

–¡Rick! Eres tan misterioso… Estoy empezando a sospechar de ti. ¿Qué clase de transporte?

–De mercancías, por mar. Transporte de contenedores. Muy poco glamuroso, me temo.

Justin concentró la mirada en la carta, esperando que ella dejara el tema.

Los Dupree se habían dedicado al transporte en barco desde el principio de los tiempos. Sí, Alicia terminaría averiguando quién era antes o después, pero él prefería que fuera en algún sitio privado, pues esperaba que su reacción fuera… dramática.

–Me parece intrigante. Entonces, ¿te dedicas a la importación y exportación de mercancías por todo el mundo? Eso es lo que hace Alex.

–Muchas personas se encargan de importar y exportar, personas como Alex, y nos pagan por traer las mercancías en nuestros barcos. Nosotros sólo transportamos las cosas de un punto a otro. Solíamos centrarnos en la zona de Nueva Orleans, pero en los años cincuenta trasladamos casi todas nuestras operaciones a Houston, por eso yo trabajo aquí –respondió él y señaló la carta–. Eh, tienen huevos de codorniz. Hace años que no los como. Yo voy a pedir eso. ¿Y tú?

Alicia lo miró con curiosidad y se doblegó a su deseo de cambiar de tema.

–Yo tomaré sándwich de ensaladilla. La hacen al estilo inglés, con un toque de curry en polvo.

–Un toque de calor justo donde menos te lo esperas.

–Eso es.

Los labios de Alicia esbozaron una seductora sonrisa.

–Yo misma estoy sintiendo toques de calor en lugares con los que no había contado –reconoció ella.

Justin se inclinó hacia delante.

–Y sólo hemos empezado a explorar tus zonas erógenas.

Ella abrió los ojos de par en par y miró a su alrededor con ansiedad.

–No te preocupes. Nadie puede oírnos –señaló él.

Justin lo sabía bien. Estaba acostumbrado a mantener sus asuntos en secreto. Había aprendido a hacerlo después de varias malas experiencias con la prensa.

Ambos hicieron sus pedidos a la camarera. Luego, Alicia se acercó a él.

–¿Se siente tu madre sola ahora que es viuda? –preguntó ella con ojos llenos de preocupación.

Justin se quedó perplejo ante una pregunta tan personal.

–Oh, no. Ella no es nada solitaria. Siempre está ocupada con actividades benéficas, con amigos, esas cosas.

–Me alegro mucho. Yo siempre he pensado que debe de ser muy triste perder a tu esposo cuando tus hijos han crecido y se han ido de casa. De pronto, te quedas sola por completo.

Justin miró a Alicia un momento y pensó que, probablemente, su madre no había estado sola nunca en toda su vida.

Tenían cinco empleados viviendo en la casa y, al menos, diez en la finca. Por no mencionar que su madre era un torbellino. Cuando él había sido pequeño, se había resentido porque ella nunca le había contado una historia sentado en su regazo, como solían hacer las madres en los cuentos. Su madre siempre había estado demasiado ocupada para eso.

Con el tiempo, Justin se había acostumbrado. Quizá, por eso la idea de formar una familia no le resultaba emocionante. Él nunca había tenido una verdadera familia. Su padre había estado trabajando todo el tiempo o fuera de casa, participando en alguna actividad deportiva. Era probable que también hubiera tenido sus aventuras extramaritales.

La relación de sus padres no había sido nada romántica, recordó Justin. No podía imaginarse cómo habían llegado a concebirlo. Quizá, mediante algún aristocrático proceso de reproducción con semen congelado.

–Tu madre debe de desear que vivas cerca –comentó Alicia, ladeando la cabeza con compasión.

–Oh, yo no estoy tan seguro. Siempre he estado en el internado, desde que aprendí a leer. Si mi madre hubiera tenido ganas de tenerme en su regazo, lo habría hecho hace mucho tiempo.

–¿No creciste en tu casa?

–Claro, estuve allí hasta los ocho años o así. Luego, mis padres decidieron que era hora de tomarse mi educación en serio. Sólo iba a casa

en vacaciones.

–¡Qué horror! Nunca había oído algo así.

–Es una tradición familiar. Yo fui al mismo colegio que mi padre. La casa de la familia está en el campo, a las afueras, por lo que no había ningún colegio cerca donde enviarme.

A menos que hubiera asistido al colegio público local, pensó Justin. Pero habría tenido que pasar por encima del cadáver de su madre para ello. Resopló al pensarlo. La idea de que un Dupree pudiera tener una infancia normal era bastante irrisoria.

–¿Le harías tú eso a tu hijo? –preguntó Alicia con la cara contraída por el temor.

–No lo sé. Nunca lo había pensado.

–¿Nunca? ¿No quieres hijos?

Al decir aquello, Alicia se había apartado de la mesa, poniendo más distancia entre ellos.

–Claro que sí. Creo –respondió él y frunció ligeramente el ceño. Lo cierto era que nunca lo había pensado–. Quiero decir que todo el mundo lo hace antes o después. Alicia lo miró como si le hubieran salido antenas de marciano. –¿Tienes treinta años y nunca has pensado en formar una familia?

–Estoy ocupado con el trabajo –afirmó él. ¿Qué tenía eso de raro? Sus amigos no solían hablar mucho de sentar la cabeza.

Bueno, hasta hacía poco. De pronto, todos hablaban de lo mismo, se dijo Justin. Alicia debía de pensar que era una especie de frívolo depravado que sólo pensaba en divertirse.

–Tienes razón. Es extraño. Supongo que nunca había conocido a nadie que me hiciera pensar en ello –confesó él. Aunque todo había cambiado, se dijo.

Sus palabras flotaron en el aire entre ellos.

–Estás acostumbrado a estar solo –dijo ella y se mordió el labio inferior–. Yo me quejo mucho de Alex, pero admito que nunca he querido vivir sola de veras. Estoy acostumbrada a tener a mi familia conmigo, por pequeña que sea.

–Ya me he dado cuenta de cómo te preocupabas por él porque ha pasado un día solo. Creo que es un gesto muy tierno.

¿Cómo sería tener a alguien que se preocuparaigual por él?, se preguntó Justin. Él había sido educado para defenderse solo desde que había sido muy joven. Eso era parte de convertirse en un hombre. O de convertirse en un Dupree. Nunca se le había ocurrido antes que esas dos cosas fueran diferentes, que fuera posible ser un hombre sin necesidad ser

un padre distante y autoritario que no pudiera dar un beso de buenas noches a su hijo para no parecer demasiado «suave».

–Creo que tu relación con Alex es muy envidiable. Me hace desear tener una hermana a quien asfixiar con mi cariño –comentó él y le lanzó a Alicia una mirada pícara.

–Por mucho que yo me queje, sé que él lo hace porque se preocupa por mí. Debajo de su dura fachada, es una persona muy cariñosa. Apuesto a que los dos os vais a llevar muy bien cuando os conozcáis.

–Si tú permites que nos conozcamos, claro –bromeó él.

La camarera les llevó la comida y Justin observó a Alicia mientras ella le daba un bocado al sándwich de ensaladilla.

Ella masticó despacio.

–¿Sabes? Quizá sea hora de que os conozcáis.

Justin se quedó helado.

–Quiero decir que ya hemos… intimado –dijo ella y su rostro se sonrojó un poco–. Así que Alex no me puede prohibir que siga viéndote.

–Puede que sólo insista en que nos casemos antes de la puesta de sol.

Alicia rió.

–Tienes mucha razón. Mi honor está en juego –repuso ella y se sonrojó aún más–. Pero no te preocupes. No espero que te cases conmigo sólo porque me hayas arrebatado mi virginidad.

Ella parecía avergonzada y, al mismo tiempo, excitada, observó Justin. Le brillaban los ojos y tenía los labios y las mejillas sonrojados. En apariencia, Alicia Montoya estaba mucho más interesada en hacer el amor con él apasionadamente que en asegurarse un anillo de compromiso.

Había algo muy halagüeño en eso… y muy sensual, se dijo él.

Alicia se acercó un poco.

–Si lo pienso bien, la verdad es que fui yo quien te entregué mi virginidad.

–Claro que sí –repuso él con voz ronca, sintiendo que los pantalones le apretaban su inevitable erección–. Fue una suerte que yo estuviera deseándolo.

–Estaba tan disgustada porque no habías intentado nada…

–Y casi me muero por controlarme tanto. Tuve que darme una larga ducha fría esa noche. Pero, después de todo lo que habías pasado con el incendio y la sospecha de que fuera provocado, estabas muy sensible y no quería aprovecharme de ti –explicó él y sonrió–.
No tenía ni idea de que tú estabas deseando que me aprovechara.

Rick se llevó un huevo de codorniz a la boca y lo probó con la lengua antes de engullirlo.

A Alicia le brillaron los ojos.

–Tengo que recuperar el tiempo perdido.

–Unos diez años, diría yo. Es mejor que nos pongamos con ello nada más terminar de comer. Voy a llevarte a uno de mis sitios favoritos.

Capítulo Seis

Rick condujo por un camino de grava, bajo un arco de acero que indicaba la entrada al club de yate de la bahía de Houston.

Ella abrió los ojos como platos.

–Había oído hablar de este club.

Alicia se colocó el pelo. Había insistido en llevar la capota bajada para poder disfrutar de la brisa, sin embargo, al llegar se lamentó por ello.

–Sea lo que sea lo que has oído, no es tan malo.

–Oh, no digas tonterías. Dicen que es el club de yate más exclusivo del mundo. ¿No vienen aquí a atracar algunas personas de la realeza europea?

–Claro. Hay montones de reyes y reinas por aquí. Pero nosotros haremos lo que podamos para evitarlos –bromeó él y sonrió–. Yo vengo para navegar, no para socializarme.

–Supongo que tiene sentido, ya que te dedicas al transporte marítimo.

–En realidad, un barco carguero no tiene nada en común con un yate de carreras, excepto que ambos flotan en el agua.

–Eso ya es mucho. Yo nunca he subido a un barco.

Alicia no estaba segura de si le emocionaba o le asustaba la idea de flotar sobre el océano.

–¿De veras? –preguntó Rick, mirándola con las cejas arqueadas.

–Nunca he ido de crucero, ni en canoa, ni siquiera en una barca de remos en el parque. Es probable que te parezca muy gracioso.

Varios arbustos con flores, perfectamente recortados, bordeaban el camino, que terminaba en un pequeño aparcamiento donde había una colección de coches de lujo.

–Creo que es genial –señaló Rick y sonrió mientras aparcaba entre un todoterreno y un Bentley antiguo–. Otra de las más hermosas experiencias de la vida te espera.

Rick salió y corrió a abrirle la puerta a Alicia. Ella no pudo evitar sonreír ante un gesto tan caballeroso.

–Y me encantará mostrarte cómo flotar, tanto de forma literal como figurada.

–Suena atrevido.

–Me alegro. Eso pretendía.

Salieron juntos del aparcamiento y subieron unas escaleras de piedra que conducían al imponente edificio del club. Pero, en vez de guiarla hacia

la puerta, él la tomó del brazo y la condujo por un lado del edificio, a través de un pequeño jardín, para bajar dos tramos de escalera hasta el embarcadero.

Alicia soltó un grito sofocado al ver todos aquellos barcos blancos flotando como corchos bajo el sol de la tarde.

–El mar está un poco agitado hoy –dijo Alex de buen humor.

A Alicia se le encogió el estómago.

–Así me resulta más excitante. A menos que quiera ganar en una carrera, entonces me saca de mis casillas.

–¿Haces carreras?

–Claro –contestó él y la luz se reflejó en su pelo cuando salieron al sol–. Es emocionante correr contra otra persona con el poder del viento como única herramienta. Así aprende uno de qué madera está hecho.

Alicia miró a su alrededor, de pronto dándose cuenta de que llevaba tacones.

–¿Y si yo estoy hecha de algún material que se derrite?

Rick le pasó un brazo por la cintura y la abrazó con fuerza.

–No te preocupes, yo te lameré entera si te derrites.

El suave susurro de su voz le provocó cosquillas.

–¡Qué malo eres! –protestó ella y le dio un golpe-cito en el brazo.

Rick siguió abrazándola, sin embargo. La firmeza de su brazo llenó a Alicia de confianza.

–Eh, siempre estoy alardeando de que quiero conocer cosas nuevas. Y aquí estoy. Muéstrame cómo flotar, marinero.

Caminaron por el embarcadero, pasando junto a filas de relucientes yates y motoras de diferentes tamaños, desde algunos muy pequeños a cruceros de lujo cuyas cubiertas parecían tener capacidad para una fiesta de cien personas.

Rick saludó a dos tipos bronceados y muy pijos que estaban lanzando una amarra a la cubierta de uno de los barcos, pero no se los presentó a Alicia.

Alicia miró hacia atrás, al centro social del club. El sol se reflejaba en el tejado de pizarra y las flores amarillas que rebosaban en sus macetas. Tuvo curiosidad por ver cómo sería el lugar por dentro.

Quizá Rick no fuera aficionado a socializarse. O, tal vez, ella no fuera la clase de chica que él quería presentar a sus amigos, pensó Alicia.

Ese pensamiento le provocó un escalofrío. Ella no era una princesita con cintura de avispa, no se había graduado en una de las universidades más prestigiosas del país y no tenía un pedigrí de doscientos años.

El sonido de sus tacones resonó en el muelle. Rick caminaba delante y

Alicia observó cómo se le marcaban los fuertes hombros bajo la camiseta. Sólo aquello ya merecía de sobra cualquier tribulación marina, con tal de estar con él, pensó.

Sin embargo, no pudo ocultar la repentina sensación de que aquél no era su lugar.

–Casi hemos llegado. Yo atraco al final del muelle, para poder entrar y salir sin tener que esperar detrás de los navegantes domingueros.

Y, tal vez, quería meterla en el yate y sacarla del embarcadero antes de que nadie pudiera darse cuenta de que no era una de ellos, se dijo Alicia.

¡Qué tonta estaba siendo!, se reprendió. ¿Por qué pensar cosas negativas en vez de disfrutar de la belleza del momento?

¿Qué más daba si Rick no pensaba casarse con ella ni presentársela a su madre?

Alicia no había ido allí para eso. Había ido para disfrutar de una hermosa tarde con un hombre atractivo y atento y para pasarlo bien. No para preocuparse por qué podía pasar entre ellos en el futuro.

–Aquí está –indicó Rick, radiante, y señaló a un flamante velero con velas rojas enrolladas alrededor de un alto mástil. En un costado, tenía escrito *Titan III*, en color rojo.

Alicia miró la reluciente cubierta blanca con cautela.

–¿Qué pasó con los titanes uno y dos?

–Ah, están por ahí hechos pedacitos. Por suerte, soy un buen nadador –respondió él y sonrió mientras la miraba, con un hoyuelo en la mejilla.

–Lo dices en broma.

–Sí, lo digo en broma. Los vendí cuando encontré algo mejor. Me gusta cambiar de vez en cuando de barco.

Alicia se dijo que haría bien en recordarlo y en no dejarse llevar por sus fantasías ni soñar con campanas de boda.

Su principal objetivo, por muy vergonzoso que fuera, había sido despojarse de su virginidad y pasarlo bien mientras tanto, se recordó. Si su relación continuaba un poco más y disfrutaban más juntos, mucho mejor.

¿No era así?

–¿Lista para subir a bordo? –preguntó él y le tendió un brazo para ayudarla a subir a la rampa que conectaba el muelle con el barco–. Es mejor que te quites los zapatos al llegar a la cubierta. Puede estar resbaladiza porque el agua salpica en el barco. Pero no te preocupes, puedes agarrarte a la cuerda.

–Genial –dijo Alicia, caminando con cautela por la rampa de metal.

Por suerte y gracias a las lecciones que había recibido de la terca hermana Benedita, Alicia sabía nadar, pero nunca había nadado en ningún

sitio que no fuera una piscina con cloro, sin olas.

En la cubierta, se quitó los zapatos y se los tendió a Rick, que los guardó en un cajetín.

–Siéntate por ahí.

Alicia miró. Lo más parecido a un asiento era un saliente con aspecto resbaladizo. Se sentó en la superficie caliente por el sol mientras que Rick empezaba adesanudar amarras y a extender las velas. Él le lanzó un chaleco salvavidas y ella lo tomó aliviada.

–Me encanta venir aquí –dijo él con buen humor–. No hay mejor manera de quitarse el estrés y las preocupaciones del mundo de los negocios que salir a navegar y sentir el viento en la cara.

El viento sopló sobre el fino tejido de algodón del vestido de Alicia e hizo que se le pegara al cuerpo. El sol se reflejó en sus piernas y le besó los pies desnudos, mientras el agua salpicaba a su alrededor.

Estaba muy hermosa, observó él.

Tras preparar las velas, Rick soltó las amarras que los unían al muelle y empujó la rampa.

Alicia observó, fascinada, cómo él guiaba el yate hacia la bahía, utilizando el timón, movimientos de las velas y sus musculosos y bronceados brazos. Al recordar aquellos fuertes brazos alrededor de su cuerpo, mientras lo miraba trabajar, ella sintió un cosquilleo en el estómago.

Era un hombre muy capaz y de muchos talentos. No podía evitar sentirse orgullosa porque, de todas las mujeres del mundo, la hubiera elegido a ella para pasar la tarde.

¿Qué importaba si él no quería presentársela a sus amigos del club de yate?

Seguro que eran unos aburridos, de todos modos.

Alicia giró la cara para mirar el sol y calentarse con él. Había pasado demasiado tiempo enterrada en la oficina últimamente. Era hora de abrazar nuevas experiencias y de navegar hacia nuevos rumbos.

Aunque le asustara un poco.

Como el barco de Rick era casi el último del embarcadero, enseguida dejaron el club detrás y se encaminaron hacia la gran extensión plana de la bahía de Houston.

Alicia estaba cada vez más nerviosa según iban alejándose de tierra firme. No podía ver la costa opuesta, por lo que parecía que estaban dirigiéndose hacia la gran inmensidad azul.

Rick sacó dos botellas heladas de cerveza.

–Para refrescarnos –dijo y sonrió, destapándolas con un abrebotellas.

Alicia sostuvo el vaso, que sintió frío y húmedo contra su palma sudorosa.

–Por la aventura –dijo Rick.

Ella levantó su botella y brindó con él.

–Y por las nuevas experiencias.

Él le dio un trago y se acercó un poco más.

–Sobre todo, por las que tienen que ver con el sexo.

Alicia sintió el aliento de él en el cuello y tembló de placer. Sus labios se unieron en un beso que la llenó de burbujeante energía.

–¿Qué estamos haciendo? –preguntó ella, apartándose–. La corriente puede llevarnos mar adentro.

–Cualquier cosa es posible –repuso Rick y ladeó la cabeza–. Y puede que descubras que te gusta.

–Eres un provocador.

Alicia le dio un trago a su cerveza helada.

–¿Qué te hace pensar que lo digo para provocarte? ¿Es que alguna vez te he conducido mal? –dijo él y señaló con la cabeza al timón.

–Bueno, no –contestó ella y sonrió–. Lo estoy pasando muy bien contigo.

–Deberías empezar a confiar en mí –sugirió él.

Alicia notó un temblor extraño en sus ojos azules.

–Al menos, un poco –añadió Rick.

–Parece ser que confío en ti lo bastante como para salir en un barco, ¿quién sabe qué vendrá después? –comentó ella y miró a su alrededor, hacia las vistas de la bahía–. Dime una cosa, ¿es posible ir a cualquier parte en este barco?

–¿Te refieres a las Bahamas o México?

Alicia asintió.

–Claro que sí. Lo único que necesitas es llevar agua potable y algo de comida para el viaje. No hace falta gasolina –indicó él y sonrió–. Pero ayuda saber dónde vas a atracar. Normalmente, no es posible parar sin más en una isla, a menos que sea una isla desierta.

–Oooh. Me gustan las islas desiertas. Con nada más que palmeras, una laguna cristalina… –divagó ella y ladeó la cabeza–. Y, tal vez, una tribu desconocida con una cultura compleja e interesante por estudiar.

–Siempre pensando en tu trabajo, ya veo.

Ella se encogió de hombros.

–¿Qué puedo decir? Me encanta mi trabajo. Y suelo llevarme bien con la gente, así que, con suerte, podré convencerles de que no nos reduzcan las cabezas.

Rick rió.

–Sospecho que viajar contigo puede ser toda una aventura.

–Deberías comprobarlo alguna vez.

–Creo que lo estoy haciendo –afirmó él y posó la mirada en ella–. Y, por ahora, me gusta mucho.

Alicia sintió que el corazón se le inundaba de alegría. El tiempo que había pasado con Rick podía contarse entre los momentos más felices de su vida.

¿Era posible que él sintiera lo mismo? ¿Podían tener un futuro juntos?

Como si estuviera respondiendo a su pregunta, Rick la tomó de la mano y entrelazaron sus dedos.

Él se giró para mirar por la proa.

–He pasado gran parte de mi vida persiguiendo la aventura. Siempre pensando que la felicidad estaba en lo alto de una montaña o al final de los rápidos o detrás del siguiente recodo del río –confesó él y la miró a los ojos–. Creo que he estado buscando en los sitios equivocados.

Alicia tragó saliva. Casi podía oír cómo le latía el corazón mientras estaban sentados, con las manos entrelazadas, rodeados por el viento y el agua de la bahía.

¡Qué cambio tan brusco había dado su vida en la última semana!

El incendio parecía casi sin importancia comparado con el seísmo que había experimentado en su interior.

De la noche a la mañana, literalmente, había pasado de ser una buena chica, siempre obediente a su hermano y con una vida aburrida, a convertirse en una mujer sensual capaz de agarrar al toro por los cuernos.

O por el timón.

–¿Puedo llevar el timón un rato?

–Claro –contestó él.

Por su sonrisa, Alicia adivinó que a Rick le encantaba su actitud de tomar las riendas.

–Ven a sentarte aquí y llévalo tú.

Ella se colocó en posición y agarró el largo mango blanco que, por debajo, se extendía por el vientre del barco.

Le sorprendió descubrir que tenía que esforzarse bastante sólo para mantenerlo recto. Un rápido bandazo a un lado hizo que Rick riera.

–Cuanto más lo muevas, más despacio vamos.

–Así que hace falta tener unos músculos de acero para ir lo bastante rápido en una carrera, ¿no?

–No viene mal, pero todo llega con la práctica. Incluidos los músculos.

Ella estaba empezando a notar que le ardían los bíceps de tanto hacer

fuerza, pero siguió sujetando el timón con firmeza mientras el barco surcaba una línea recta a través de las aguas.

–Vaya. Me gusta esto.

Alicia sintió que Rick la miraba y levantó la barbilla, llena de orgullo, disfrutando de la experiencia de conducir un barco.

–Me gusta que te guste.

Rick tiró de una cuerda e hizo algo con la vela, ladeándola un poco. El yate se deslizó más rápido sobre el agua.

El viento le soplaba sobre el pelo a Alicia y le pegaba el vestido al cuerpo.

–¡Me siento como si volara! –gritó ella y sus palabras se perdieron en el viento.

–Sí –dijo Rick, sonriendo–. ¿No es genial? Y volar también es divertido. Tengo un planeador con el que me gusta pasar el rato de vez en cuando.

–¿Hay algo que no hayas probado? –preguntó ella, riendo.

Rick la miró a los ojos.

–Sí, muchas cosas. Algunas de ellas nunca pensé que quisiera probarlas.

Como el matrimonio.

Y los hijos.

No hizo falta decir aquellas palabras para que Alicia lo entendiera alto y claro, como si Rick las hubiera gritado al viento.

Ella parpadeó, sintiendo que el corazón se le salía del pecho. Quizá fuera sólo su imaginación, pero le parecía que podía haber algo más entre ellos. Sin embargo, no debía dejarse llevar por sus fantasías, se advirtió. Él era lo primero para ella, pero no era correspondida.

Ni mucho menos, se dijo.

¿En qué se basaba para pensar que podían seguir juntos para siempre?

Rick se acercó. La rodeó con el brazo por la cintura mientras Alicia se esforzaba por mantener el rumbo firme.

–Vas a hacerme soltar el timón –protestó ella, mientras Rick le mordisqueaba la oreja.

–Podría ser interesante –replicó él y miró con picardía por encima del chaleco salvavidas de ella–. Veamos si puedes girar el timón a la izquierda. Hay un islote muy bonito al otro lado de la bahía.

Alicia tiró del timón a la izquierda y lo que consiguió fue que el barco se dirigiera a la derecha.

–Oops. Olvidé decirte que tienes que girar el timón hacia el lado al que no quieres ir. Conduce siempre hacia el peligro. Así, si quieres huir de

un tiburón gigante, debes dirigir el timón hacia él y saldrás en la dirección opuesta.

–Debería dirigir el timón hacia ti –bromeó ella, mientras luchaba con el mango.

–Es posible. Pero yo te perseguiría más deprisa –repuso él y sonrió con malicia.

***

Alicia estaba exhausta y emocionada cuando regresaron al embarcadero. También estaba empapada de agua de mar y, al tocarse el pelo, descubrió que lo tenía despeinado como Medusa.

–Debo de tener un aspecto horrible –murmuró ella, intentando ver su reflejo en una placa de metal de la cubierta del yate.

–Estás deliciosa. De hecho, tengo la tentación de devorarte ahora mismo.

Rick tenía el pelo revuelto y húmedo por el viento y por el agua. Sus ojos brillaban con la misma excitación que ella sentía.

–Y yo tengo la tentación de devorarte también –susurró ella, mirando de soslayo a la casa del club–. Pero sospecho que deberíamos esperar a estar en un sitio más privado.

Según se acercaban al muelle, Alicia vio una multitud reunida en la elegante terraza que daba a la bahía.

–Parece que hay una fiesta.

–Siempre están haciendo fiestas aquí. Esa pobre gente no debe de tener una casa decente a la que ir –comentó él y meneó la cabeza como con lástima–. Yo prefiero celebrar una fiesta más íntima.

Rick la miró con ojos llenos de pasión y ella sintió una súbita calidez entre las piernas.

–Creo que es una barbacoa.

La gente no parecía tan arreglada. Alicia vio a los dos chicos vestidos con polo y pantalones cortos que habían visto en el muelle antes.

–Las celebran todos los sábados.

–Parece divertido –observó Alicia. Para ella, seguía siendo nuevo el estilo de vida de los ricos y famosos y, a veces, le encantaba conocer sitios y gente nueva.

Alicia percibió que los ojos de Rick se ensombrecían.

Enseguida, él adoptó su habitual expresión provocativa.

–Me temo que no quiero compartirte con nadie ahora mismo –dijo él y gimió un poco–. He conseguido mantener las manos alejadas de tu hermoso cuerpo durante toda la tarde y creo que no voy a poder seguir

haciéndolo ni un minuto más.

Rick soltó el timón y extendió las manos hacia ella. El barco se desvió de su rumbo hacia el muelle.

–¡Cuidado! –gritó ella y agarró el timón, mientras se acercaban peligrosamente a un horrible yate amarillo–. Como nos descuidemos podemos chocar y estropear algo. Y seguro que aquí los barcos valen millones de dólares.

–Tienes razón –dijo Rick y sonrió. Tomó el control del barco y condujo a través del bosque de mástiles con coloridas velas enrolladas–. Menos mal que te tengo aquí para no dejarme desviarme del camino. ¿Qué te ha parecido tu primer viaje por mar?

–Me ha encantado.

Alicia se sentía llena de energía, emocionada por la experiencia de conducir el veloz yate, utilizando sólo el poder del viento.

–Entonces, ¿querrás venir otro día? –preguntó él, arqueando una ceja.

–Me gustaría.

Le encantaría, y no sólo porque había descubierto lo divertido que era navegar. Quería pasar más tiempo con Rick. Era un alivio saber que él pensaba hacer planes con ella más allá del fin de semana.

–Fantástico. Creo que la próxima vez saldremos de la bahía, hacia el golfo. ¿Qué te parece?

Alicia sintió un cosquilleo de excitación.

–Creo que estoy preparada para hacerlo.

En ese momento, se sentía preparada para cualquier cosa. Su tranquila y monótona vida de ir a trabajar y pasar las tardes con Alex le pareció un recuerdo lejano.

Rick amarró el barco al muelle y ayudó a Alicia a bajar.

–Vaya, me siento un poco mareada –dijo ella, intentando mantener el equilibrio sobre los tablones inmóviles del muelle.

–Es lo que pasa una vez que te acostumbras a ir en barco. Te resulta antinatural pisar tierra firme.

Rick se acercó a ella y le rodeó la cintura con elbrazo. Él olía a gloria: a sal y a aire del mar, mezclado con su cálido aroma a hombre.

Sus labios se encontraron en un apasionado beso y Alicia lo abrazó y le acarició la espalda, disfrutando de sus músculos bajo la arrugada camisa de algodón.

Cuando sus cabezas se separaron, ella estaba sin aliento y mareada.

–No estoy segura de que el beso me haya ayudado.

–Lo siento –dijo Rick. Se encogió de hombros y le guiñó un ojo–. Es mejor que volvamos a casa para que puedas recuperarte en la cama.

El deseo dibujado en sus ojos le sugirió a Alicia que no se recuperaría sola y su cuerpo subió de temperatura. Sin embargo, titubeó un momento.

–No lo sé. Quizá debería volver al rancho y ver qué está pasando allí.

–De ninguna manera –negó Rick, poniendo los brazos en jarras–. No te dejaré ir a ninguna parte que no sea a mi suite en el Omni. El resto de tus planes tendrá que esperar.

Antes de que ella tuviera la oportunidad de protestar, Rick le rodeó la cintura con un brazo y pasó el otro por debajo de las piernas, levantándola en el aire.

Alicia gritó mientras él la sujetaba en brazos.

–¡No me lleves!

–¡Cómo que no! –replicó Rick y caminó con ella por el muelle, con una amplia sonrisa.

–No estoy tan mareada. Puedo andar, de verdad –protestó Alicia e intentó liberarse, pero sólo consiguió frotarse contra el fuerte pecho de él, lo que la excitó aún más.

–Deja que tus piernas descansen un poco. Vas a necesitar todas tus fuerzas –señaló él y sonrió–. Créeme.

Capítulo Siete

La bandeja de fruta que había llevado el servicio de habitaciones era toda una obra de arte. Melocotones en pedazos, cerezas, atractivas rodajas de piña… Pero Alicia no tenía ganas de comer comida.

–¿Champán? –preguntó Rick y destapó la botella antes de que ella pudiera responder.

–Claro –contestó Alicia. Intentó aparentar calma, aunque lo más probable era que tuviera los ojos abiertos como platos.

Se habían duchado, por separado, y ella se había puesto una suave bata de seda después de secarse. Sin embargo, Rick había entrado en el salón… desnudo por completo.

Tenía el cuerpo bronceado, de color avellana de cintura para arriba. Era obvio que dedicaba mucho tiempo al placer, en vez de estar sentado delante de su escritorio todo el día.

Sus piernas estaban algo más pálidas, pero eran bien proporcionadas y musculosas. Una línea de vello oscuro acentuaba los firmes músculos de su pecho.

Cuando él le tendió la copa, Alicia la tomó, intentando no quedarse embobada mirándolo.

–Uno de nosotros se ha puesto demasiada ropa –murmuró él, mientras se servía su copa.

Con el pelo rizado aún húmedo, cayéndole sobre la frente, Rick la miró con ojos penetrantes.

–¿*Moi*? –consiguió decir ella y dio un trago a su champán.

Alicia nunca se había considerado tímida a la hora de mostrar su cuerpo, pero la idea de quitarse la bata a plena luz del día hizo que se le encogiera el estómago.

–*Toi*.

–Hablas francés –observó ella. Otra sorpresa.

–Por supuesto que… –comenzó a decir Rick y su rostro se ensombreció–. Lo aprendí en la escuela.

Rick atravesó el salón y corrió la cortina. Nadie podía verlos porque estaban en un piso muy alto, excepto quizá algún helicóptero, pero Alicia se sintió conmovida porque tuviera en cuenta su pudor.

El champán le hacía cosquillas en la lengua y la visión de Rick desnudo le subía la temperatura. Mientras él estaba de espaldas, ella se

quitó el cinturón y se despojó de la bata.

Rick se dirigió a una segunda ventana y corrió también las cortinas.

–Alicia, tengo algo que decirte…

Él se giró, se detuvo y se quedó mirándola con la boca abierta.

–Oh, cielos.

Alicia había dejado caer la bata al suelo y estaba tumbada en la chaise longue como una cortesana victoriana.

–¿Sí?

–Yo… yo… –balbuceó él con voz ronca–. No tengo palabras.

–Pues no hables.

Alicia levantó un dedo y lo llamó con una seña.

Rick hinchó el pecho al respirar y atravesó la estancia hacia ella, con la copa de champán en una mano.

Se arrodilló en el suelo junto a la chaise longue y devoró a Alicia con los ojos.

–La única razón por la que la gente mira cuadros es porque no pueden admirar una vista como ésta.

Las palabras de Rick fueron como una caricia para los oídos de ella, mientras él le recorría todo el cuerpo con la mirada.

Ella se retorció un poco, explorando su recién hallada sensualidad.

Rick ni siquiera tuvo que tocarla. Sólo con estar a su lado el interior de Alicia se calentaba y se le humedecían sus zonas más íntimas.

Rick se acercó, respirando con rapidez.

–Me vuelves loco –le susurró.

–Debe de ser por mi inteligencia –bromeó ella.

La pronunciada erección de él era evidente y Alicia sintió que su propio deseo crecía al verla.

–Sí, por eso también –contestó Rick mientras le recorría los pechos, el vientre y los muslos con la mirada.

Bajo su gesto de admiración, Alicia se sentía deliciosamente sensual y hermosa. Por primera vez, se veía a sí misma con los ojos de otra persona.

El cuerpo de Alicia que, de forma habitual, le servía para ir de un sitio a otro y que, por suerte, se mantenía sano a pesar de que muchas noches trabajaba hasta tarde, se había transformado de pronto en un jardín de placer que suplicaba ser explorado.

Rick alargó la mano despacio, como si temiera quemarse. La sostuvo encima de su cintura, tan cerca que ella pudo sentir su calor.

Alicia se levantó unos milímetros, hasta que su piel se encontró con la palma de la mano de él. Rick cerró los párpados y dejó escapar un suspiro.

Entonces, empezó a acariciarla. Por las caderas y a lo largo de la cara

interior de los muslos. Una seductora sonrisa se dibujó en sus labios cuando deslizó un dedo aventurero entre sus piernas.

–Aquí está muy caliente –susurró Rick.

–Quema –jadeó ella, levantando las caderas para sentir mejor su contacto.

–Es mejor que hagamos algo para arreglarlo –dijo él e inclinó la cabeza–. No queremos que suenen las alarmas contra incendios.

Rick presionó la boca contra la carne húmeda y caliente y comenzó a lamerla.

Alicia arqueó la espalda y gimió mientras una oleada de placer la invadía. Alargó las manos para tocarlo y hundió los dedos en su pelo húmedo, retorciéndose bajo su boca.

En cuestión de minutos, la tensión sexual creció dentro de ella y tuvo la intensa sensación de estar a punto de llegar al clímax.

–¡Espera! –gritó ella–. ¡Para!

Rick paró, con los ojos muy abiertos y brillantes.

–Es mi turno.

Rick esbozó una sonrisa cuando Alicia se levantó e hizo que él se tumbara en la chaise longue.

Ella inhaló en profundidad y tomó la larga erección de él con la mano. El miembro de Rick latió entre sus dedos, vivo y sensible, mientras ella posaba los labios en la punta y saboreaba a un hombre por primera vez en su vida.

Salado y sedoso, el sabor sólo alimentó el incandescente apetito de Alicia. Se lo metió en la boca y chupó, disfrutando al escuchar el grave gemido que le confirmó que a él le estaba gustando tanto como a ella. Al mismo tiempo que le lamía la punta, envolvió una mano alrededor de la erección y la acarició.

Rick le tocó los pechos, con cuidado y cautela, mientras ella exploraba y disfrutaba de su erección. Cuando Alicia no pudo soportar más la espiral creciente de deseo, apartó su boca despacio.

–Me gustaría ponerme encima –susurró ella, sonrojada.

–Me encantaría.

El tono de entusiasmo de Rick le dio a Alicia los ánimos que necesitaba. ¿Acaso no era así siempre? Tenía mucha suerte de haber encontrado a un hombre a quien confiar su vergonzosa inocencia.

Colocaron el preservativo juntos y Alicia se montó encima de él en la chaise longue y lo tomó, despacio y con cuidado, dentro de sus profundidades calientes y mojadas.

–Oh, cielos –gimió ella al sentir el miembro largo y duro acariciar las

terminaciones nerviosas ultrasensibles de su interior–. Creo que he vuelto a encontrar el punto G.

Rick soltó una carcajada silenciosa, mirando cómo ella se frotaba contra él en un frenesí de placer. De alguna manera, la sensación era más intensa y abrumadora en esa posición, pensó ella. Con cada movimiento que hacía, se provocaba a sí misma corrientes de placer que la atravesaban de arriba abajo.

Alicia levantó las caderas y se deslizó hacia delante y hacia atrás, contenta por no tener que fingir ser experimentada, ni siquiera capaz. Podía asombrarse y deleitarse con aquella nueva sensación a su manera, sin agobios.

Entonces, descubrió que si mantenía a su amante muy dentro de ella y, al mismo tiempo, se movía hacia delante y hacia atrás ligeramente, una gozosa sensación se extendía desde su vagina hasta su vientre, en una explosión de placer.

–Oh, cielos –repitió ella, disfrutando al máximo de su descubrimiento.

–Creo que has encontrado tu clítoris –rugió Rick, cerrando los ojos mientras Alicia se frotaba contra él.

–¿De veras? –replicó ella y sonrió–. Ahora entiendo por qué se habla tanto de él.

Alicia sintió que allí abajo su cuerpo latía y se hinchaba, así que dejó de pensar y se entregó por completo al delicioso gozo que invadía su cuerpo y su mente.

Meneó las caderas con un movimiento rítmico hasta que Rick le puso las manos en la cintura y le hizo acelerar la velocidad y la intensidad. Ambos llegaron a un explosivo orgasmo juntos.

Alicia se desplomó sobre él, empapada en sudor y jadeando como si hubiera corrido una carrera.

Rick la rodeó con sus brazos y le acarició el pelo.

–Eres increíble, maravillosa, hermosa, sexy, brillante y muy excitante –dijo él, sin aliento.

Alicia se conmovió. Las palabras de él le sonaron tan… sinceras. No parecían un simple cumplido vano o vacío. Rick Jones la hacía sentir deseable y apreciada. –Tú también –señaló ella con una sonrisa–. Y me alegro mucho de que estés ayudándome a recuperar todo el tiempo perdido.

–Es un placer –le susurró él al oído–. Más de lo que puedas imaginar.

Alicia rió y retozó a su lado.

–Bueno, ya que has sido lo bastante amable como para iniciarme en los placeres de la sensualidad, me gustaría hacer algo por ti también.

–Creo que lo has hecho –murmuró él, acariciándole la mejilla.

–Algo más… tradicional.

–No estoy seguro de que haya nada más tradicional que esto. Ninguno de los dos estaríamos aquí si no fuera por el sexo.

Alicia abrió los ojos y se encontró con la mirada azul y alegre de él.

–Tienes mucha razón, pero ninguno de los dos estaríamos aquí sin comida, tampoco. Voy a cocinar para ti.

–No es necesario que lo hagas.

–Lo sé, pero quiero. Me encanta cocinar –dijo ella, rozándole la mejilla–. La cocina es mi pasión.

–Sin duda, eres una mujer apasionada –observó él y le mordisqueó el cuello.

Un escalofrío de placer la recorrió. ¡Era cierto!, se dijo ella. Era una mujer apasionada… después de haber esperado tantos años para experimentar los placeres sencillos que la mayoría de la gente daba por sentado.

¡Qué emoción y qué alivio el descubrir que era tan capaz de sentir pasión como cualquier otra persona del planeta!

–Cocinar ha sido mi primer amor. A diferencia de otras cosas, lo aprendí siendo niña y llevo mucho tiempo practicando.

Rick cambió de posición y los dos se quedaron tumbados de lado, mirándose el uno al otro.

–La suite tiene una cocina… en alguna parte. Podría estar detrás de una de las puertas al final del pasillo. Yo nunca he ido allí.

Alicia le dio una palmada en los bíceps.

–¡Eres terrible! ¿De verdad no cocinas nada?

–Me avergüenza reconocer que no –contestó él y bajó la mirada, aparentando modestia–. Dependo por completo del servicio de habitaciones para mi supervivencia.

–Pobrecito –dijo ella y meneó la cabeza–. Porque déjame que te diga que un chef de cinco estrellas no tiene nada que ver con la cocina hecha en casa y con amor.

Rick abrió los ojos un poco más.

Alicia tragó saliva.

¿Por qué había dicho la palabra «amor»?, se preguntó ella.

Una cosa era decir que le encantaba cocinar y otra muy distinta afirmar que iba a cocinar para él con amor.

–Cocino para todos mis amigos –se apresuró a añadir–. Me encanta invitarlos a cenar.

«En otras palabras, no significa mucho para mí el hecho de cocinar

para otros», quiso decir.

Lo que no era cierto.

Rick había despertado algo dentro de ella, había abierto la entrada a un lugar escondido en su corazón. Quizá fuera sólo sexo o pasión y todas las nuevas sensaciones que los acompañaban, pero ella sentía por él mucho más de lo que podía expresarse con palabras.

–Es un verdadero honor que me cuentes entre tus amigos.

Ella se sonrojó, pensando que Rick podía adivinar sus sentimientos.

Sin embargo, la actitud tranquila de Rick no revelaba sus emociones. ¿Estaría intentando decirle que sólo quería que fueran amigos? ¿O que cualquier conversación que conllevara la palabra «amor» sería delicadamente evitada?

A Alicia se le encogió el corazón.

–¿Qué clase de comida te gusta? –preguntó ella con un tono demasiado alto.

–Sospecho que lo que más te guste a ti cocinar, sea lo que sea.

–Entonces, deja que te sorprenda.

Justin bajó la mirada hacia su plato, que estaba vacío por completo, como las fuentes de curry verde y rojo con fideos de arroz que Alicia había servido.

Lo único que quedaba de la comida era el adorno de albahaca y una sensación de satisfacción en el estómago.

–Eres la mejor.

Alicia se sonrojó.

–No es nada.

–¿Cómo que no? Me has sorprendido. Nunca habría esperado comida tailandesa.

–Creíste que prepararía algo mexicano –quiso saber ella, arqueando las cejas.

–Me has leído el pensamiento. Debí haber tenido en cuenta que no eres nada predecible.

–También hago algunos platos mexicanos deliciosos –comentó ella y se cruzó de brazos. El topacio que él le había regalado brilló sobre el seductor escote de su blusa plateada.

Alicia Montoya irradiaba seguridad y sensualidad. Era una mujer perfecta, pensó Justin. Y acababa de prepararle sin duda la mejor comida que había probado jamás.

–Es por los chiles frescos –indicó ella, inclinándose hacia delante–. Eso es lo que hace que la comida mexicana y la tailandesa sean especiales.

Uno de estos días voy a empezar a cultivarlos yo misma. Quizá, cuando al fin tenga mi propia casa.

–¿Qué te impide mudarte ahora?

–Alex.

–Estoy seguro de que sobrevivirá sin ti.

–Algún día, tendrá que hacerlo –replicó ella y su rostro se ensombreció–. Al menos, eso espero. No quiero vivir con mi hermano el resto de mi vida.

«Quizá, podrías vivir conmigo», pensó Justin. Sin embargo, contuvo las palabras. Agarró un vaso de vino blanco y se lo bebió de un trago.

Pero, ¿en qué estaba pensando?, se reprendió. Nunca antes le había pedido a ninguna mujer que viviera con él. Ni siquiera le gustaban los compañeros de piso masculinos, por eso vivía solo en una enorme suite de hotel.

Le gustaba tener su espacio. Su libertad.

¿O no?

Alicia se levantó y recogió los platos. Él la tomó de las manos.

–Deja que yo lo haga –se ofreció él con un tono un poco más brusco de lo que había pretendido–. Tú ya has hecho bastante.

–Oh, no seas tonto. ¿Qué vas a hacer con ellos? –preguntó Alicia con un brillo en los ojos–. Es probable que ni siquiera sepas encender el lavaplatos.

–Podría aprender.

Alicia rió. Aun así, él insistió en llevar los platos a la cocina.

Había muchas cosas que Justin podía aprender. Como mimar a la mujer que había llevado un rayo de luz y calidez a su vida y a su corazón. Como mantener una relación durante más de un mes, algo que nunca había querido hacer antes. Diablos, incluso podría aprender también a cocinar si esos deliciosos chiles estaban entre los ingredientes.

Incluso podía plantearse cómo tener una relación diferente de la que habían tenido sus padres, se dijo. Y ser un padre de verdad con sus hijos.

¿Hijos? Sí que estaba adelantándose a los acontecimientos.

Sumido en sus pensamientos, posó los ojos en el apetitoso trasero de Alicia, cubierto de terciopelo negro, mientras ella caminaba por el pasillo delante de él, llevando las fuentes de la comida.

Hermosa. Y excitante.

Pero mucho más. Era obvio que Alicia había disfrutado mucho cocinando aquella comida sólo para él, reflexionó Justin. Había pensado en todos los detalles de la preparación y la presentación. Y había hecho que una cena sencilla fuera realmente especial.

Alicia era la clase de mujer con la que Justin podía imaginarse compartiendo todo tipo de nuevas experiencias. Quizá, incluso su vida.

Al pensarlo, sintió que se le encogía el pecho.

Pero había que ir poco a poco, se dijo. Primero, debía confesarle su verdadero nombre.

–¿Adónde vas a ir de viaje? –preguntó ella y se giró, sonriente.

–A Hong Kong. Tengo que ver a algunos funcionarios del puerto.

–Suena divertido –comentó ella y entró en la cocina, pequeña pero bien equipada, donde había preparado la cena.

–¿Por qué no vienes? –la invitó él. Y lo decía en serio.

Alicia rió.

–Tengo que trabajar, ¿recuerdas? Aunque mi trabajo no me dé un salario excelente, significa mucho para mí. Además, la gente cuenta conmigo.

–Claro. Volveré el viernes. Podríamos pasar el próximo fin de semana juntos.

Alicia no se giró pero, de perfil, él se dio cuenta de que sonreía.

De acuerdo. Se lo contaría el siguiente fin de semana, se prometió Justin. No quería estropear el momento mágico que estaban pasando ni dejarla con un mal sabor de boca. El viernes siguiente la invitaría a su casa, la impresionaría con un regalo especial de Hong Kong y, luego, le confesaría su pequeña mentirijilla.

Sí, mucho mejor así, se convenció.

Justin colocó los platos sucios en el lavaplatos.

–¿Lo ves? –dijo él–. Puedes enseñar a un perro viejo nuevos trucos –añadió, sonriendo, y la rodeó por la cintura–. Bueno, ¿por dónde íbamos?

Alicia se había fijado en un coche que le resultaba familiar en la entrada de El Diablo, por eso no le sorprendió encontrar a su dueño en la cocina cuando entró.

–Hola, Darius –lo saludó ella y le estrechó la mano.

–¿Hola, Darius? –la remedó Alex–. ¿Estás fuera sólo un fin de semana y, cuando vuelves, te olvidas de tu propio hermano?

Alex se acercó a ella con una amplia sonrisa y le dio un abrazo de oso.

–Te he echado mucho de menos, hermanita. Pero he sobrevivido, ¿lo ves?

–Lo veo –repuso ella y lo besó en la mejilla–. ¿Cómo van las cosas? ¿Tiene alguna pista la policía?

–No. Por eso ha venido Darius.

Alicia sabía que Darius también era uno de los miembros más

recientes del Club de Ganaderos de Texas y que tenía una compañía de seguridad. Era un hombre alto y de piel morena que irradiaba un aire de confianza. También sabía que era uno de los mejores amigos de Lance.

–Darius está investigándolo desde todas las perspectivas posibles para intentar averiguar qué está pasando.

–Y para asegurarnos de que no ocurra de nuevo –añadió Darius. Tenía su portátil abierto sobre la mesa de la cocina–. Ahora mismo parece que alguien está interesado en culpar a Alex.

–¿Pero no habían encontrado latas de gasolina?

–Sí, mías –repuso Alex–. Del tractor. Llevaba meses sin usarlas, así que alguien las tomó y las rellenó, luego las trajo de vuelta al rancho y las usó para iniciar el incendio.

–Qué locura. ¿Quién podría hacer algo así?

–Ni idea –dijo Alex y se encogió de hombros–. En el rancho nunca cerramos las puertas con llave, así que puede entrar cualquiera.

–Podía entrar cualquiera –lo corrigió Darius–. Vamos a poner una cámara de seguridad y un sistema de acceso en la puerta para que todo el mundo tenga que teclear una clave para entrar y para grabar todo lo que pase.

–Me siento como un prisionero en mi propia casa.

–Es por tu seguridad. Y por la de Alicia –señaló Darius y tecleó algo en su ordenador–. Vamos a poner una cámara de seguridad junto al establo, también.

–Es mejor ser precavidos –opinó Alicia con un escalofrío. Un desconocido había entrado en el rancho y había robado sus latas para provocar el desastre y culpar a Alex–. ¿Siguen creyendo que tú provocaste el incendio de los Brody?

–Sí. Lance Brody le ha dicho a Darius que alguien vio mi furgoneta en el lugar de los hechos.

Alicia miró a Darius, pero éste no dijo nada.

–Eso es ridículo. Debe de haber cientos de furgonetas como la tuya en la zona de Houston.

–Lo sé. Pero alguien quiere creer que soy un incendiario y se aferrarán a cualquier prueba, por estúpida que sea, para demostrarlo.

–¿Por qué iba alguien a querer culparte? –preguntó Alicia. Sintió una punzada de miedo al pensar que alguien le deseaba algún mal a Alex.

–Hay muchas personas por aquí que están deseando verme fracasar. Algunos tipos no soportan que un chico de la calle posea uno de los ranchos mejores de Somerset y se haya convertido en miembro del prestigioso Club de Ganaderos de Texas.

–Admito que seguimos sin tener pistas –indicó Darius. Cerró su portátil y levantó la vista–. Pero encontraremos a los culpables de ambos incendios y nos aseguraremos de que paguen por sus crímenes.

–Yo confío en que descubrirás la verdad.

Darius le tendió la mano y, tras una brevísima pausa, Alex se la estrechó.

Cuando Darius hubo cerrado la puerta tras él, Alex volvió a entrar en la cocina.

–Alex, me sorprende que hayas contratado a Darius Franklin para esto, teniendo en cuenta que es amigo de Lance Brody.

Alex se encogió de hombros.

–Es el mejor en su trabajo, a pesar de que no sepa elegir a sus amigos demasiado bien. Confío en él –explicó Alex y se acercó un poco más a su hermana–. Pareces… distinta.

Alicia se sonrojó.

–¿Qué? ¿Cómo diablos voy a parecer distinta?

–Estás… radiante. O algo así. No lo sé. Es extraño.

–He dormido muy bien en casa de María –repuso Alicia y se sonrojó por su mentira.

–Bonito colgante –observó Alex con los ojos fijos en el topacio que brillaba en su cuello.

Alicia se llevó la mano al colgante.

–Gracias. Es de Gemas Julie –dijo Alicia, esperando que su hermano asumiera que se lo había comprado ella misma.

–Bonito.

–Te he echado de menos.

–Yo también te he echado de menos, hermanita. Me alegro de que ahora puedas volver a casa. Con Darius a cargo del caso, siento que estamos cerca de descubrir quién lo hizo.

–Y por qué. Eso es lo más raro.

–Las motivaciones humanas son algo extraño. Piensas que conoces a alguien y, luego… –dijo Alex, moviendo las manos en el aire–. Siempre digo que hay que tener cuidado con dónde depositas tu confianza –señaló, tomó una fruta del frutero y le dio un bocado–. Al menos, nosotros podemos contar el uno con el otro.

–Claro que sí –contestó Alicia con convicción, aunque una punzada de culpabilidad y ansiedad le encogió el estómago.

¿Qué diría Alex si supiera que había pasado el fin de semana con un hombre?

Alicia se moría por hablar de Rick, estaba exuberante de alegría,

excitación y esperanzas. Pero era mejor no contárselo a Alex, sobre todo en ese momento, cuando su hermano sospechaba constantemente de todo y de todos.

Era mejor ir a desfogarse con alguna amiga, pensó Alicia.

La espaciosa cafetería del Club de Ganaderos de Texas estaba abarrotada a la hora de comer. En medio de tanta gente, Alicia podría contarle sus aventuras a su amiga sin que nadie la oyera.

Estaba ilusionada ante la perspectiva.

Desde que se había unido al club, se había hecho muy amiga de Cara Pettigrew-Novak. Su amistad había comenzado años antes, cuando el matrimonio de Cara con su novio del instituto, Kevin, se había roto. A ella le había encantado volver a verlos juntos después de que hubieran arreglado las cosas. En apariencia, Cara y Kevin eran más felices que nunca.

Alicia saludó con la mano desde la mesa cuando vio a la imponente rubia en la entrada. Cara saludó también y caminó sorteando las elegantes mesas hasta su amiga.

Alicia se levantó para darle un beso.

–¡Oh, cielos, estás radiante! –exclamó Cara. Se colocó el pelo rubio detrás de los hombros y se sentó–. Me muero de ganas de que me hables del hombre responsable de ese brillo en los ojos.

Alicia soltó un suspiro, incapaz de ocultar una sonrisa de felicidad y satisfacción.

–Es increíble.

Cara sirvió dos vasos de agua con gas.

–Ya me lo imagino, antes de que digas nada. ¡Más detalles, por favor!

Alicia miró a su alrededor, como si Rick pudiera entrar en cualquier momento y escuchar cómo lo alababa.

–Bueno, supongo que te acuerdas de la noche que lo conocí, cuando tú estabas en el club en la boda de Lance y Kate. Pues acabamos de pasar el fin de semana más increíble del mundo –contó Alicia.

–¿Y cómo es? –le preguntó Cara, arqueando las cejas.

–Ah, alto, moreno, guapo… Nada especial –repuso Alicia y se sonrojó un poco.

–Ya –dijo Cara y le guiñó un ojo–. Y supongo que no tiene ni un solo músculo en todo el cuerpo.

–Tiene un cuerpo bastante bien formado, hasta tú lo admirarías –señaló Alicia. Su amiga Cara tenía una cadena de estudios de baile y siempre se mantenía en forma, como si fuera a participar en las

olimpiadas–. No es por exagerar, pero es perfecto –afirmó. Le dio un trago a su vaso y las burbujas le hicieron cosquillas en la nariz.

–Vaya, no estoy tan segura de que ningún hombre sea perfecto.

–Vamos, tú has vuelto con Kevin después de todos los años que pasasteis separados.

–Kevin, sin duda, no es perfecto. Es bastante maravilloso, eso sí –afirmó Cara y sonrió–. Y lo amo con locura.

–Lo sé. Admito que solía estar muy celosa de vosotros dos. Tuviste mucha suerte de conocer a tu hombre en el instituto.

–¿Cómo? Casi me divorcié de él. En los últimos años, hemos pasado más tiempo separados que juntos. Y parte del problema es que nos conocimos demasiado pronto. Entonces, él no había estado preparado para comprometerse de verdad.

–Supongo que tienes razón. Quienes saben esperar obtienen su recompensa.

–Por desgracia, tengo que reconocer que yo no tengo mucha paciencia –admitió Cara e hizo una seña al camarero–. ¿Por qué perder el tiempo leyendo la carta? Pidamos a ese guapetón que nos recomiende algo.

Alicia se había fijado en que los camareros del club solían ser muy guapos. Sus largos delantales blancos le daban al lugar un aire sofisticado y europeo.

Un atractivo hombre joven con pelo moreno impecablemente cortado se acercó a la mesa.

–¿Podrías decirnos cuál es el mejor plato del día? –preguntó Cara con sonrisa inocente.

–El pargo colorado está tan fresco que casi sale nadando. Y la salsa hace llorar al chef de lo rica que está.
Se sirve sobre un lecho de verduras de cultivo ecológi
co.

–Uno para mí –pidió Cara y cerró la carta.

–Y para mí. Y una coca cola light.

–¿No quieres vino? –preguntó Cara, arqueando una ceja–. Yo quiero un vaso de pinot.

Cuando el camarero se hubo ido, Cara se inclinó hacia Alicia.

–No puedo creer que vayas a tomar un refresco con una comida así.

–No me gusta beber con la comida. No me sienta bien.

–Siempre que no tengas otras razones… –insinuó Cara, mirando a su amiga con curiosidad.

Alicia soltó un gritó sofocado.

–Claro que no –afirmó Alicia y levantó la palma de la mano–. Lo juro

por mi honor –añadió e hizo una pausa, sintiendo un escalofrío–. Al menos, eso espero.

–Por favor, Alicia, dime que habéis tomado precauciones.

–Sí, claro que sí.

Era hora de que se tomara en serio el tema de la anticoncepción, se dijo Alicia. Quizá, debería tomar la píldora o algo. Nunca había pensado en ello antes. Aunque habían utilizado preservativos, ella sabía que no eran fiables al cien por cien.

–No pareces muy segura.

–¿Podemos cambiar de tema? –pidió Alicia, sintiendo que se sonrojaba.

–De ningún modo. Debes contarme más sobre el hombre que te hace estar tan radiante. ¿Cómo se llamaba? No recuerdo su nombre.

–Rick Jones.

–¿Jones? –preguntó Cara y apretó los labios–. No creo conocer a nadie con ese nombre. Es curioso, la verdad. Supongo que no es miembro del club.

–No creo. He mencionado su nombre un par de veces y nadie parece conocerlo.

–Pues es raro que lo conocieras aquí. Supongo que debió de venir como invitado. ¿A qué se dedica?

–A algo relacionado con el transporte marítimo. Ahora mismo está en Hong Kong en viaje de negocios.

–El transporte marítimo da mucho dinero.

–Esa sensación me ha dado. Vive en una suite de hotel.

Cara rió.

–Buena manera de evitar tener que limpiar y hacer la comida.

–Sí. Tampoco le avergüenza admitir que no sabe hacer ninguna de las dos cosas.

–Imagino que dedica su energía a otras cosas –señaló Cara, arqueando una ceja.

Alicia sintió que se sonrojaba.

–Tienes mucha razón. También navega. Hemos ido de paseo en su yate.

–¡Tiene yate! –exclamó Cara y dio una palmada–. Me encanta. ¿Uno de esos grandes con cocina completa y diez empleados a bordo?

–No, un bonito yate de carreras con apenas espacio para moverse.

–¿De veras? –dijo Cara y frunció el ceño mientras dejaba su tenedor–. ¿Conoces a Justin Dupree?

Alicia lo pensó un momento.

–No, creo que no.

–Es miembro del club, así que lo conocerás antes o después. Es el rico heredero de un imperio de transporte marítimo. Y también le gustan las carreras de yates.

–Qué raro. Pero supongo que es una afición bastante común por aquí.

–Sí, si se te sale el dinero por las orejas –repuso Cara y levantó la mirada al techo–. Me alegro de que no sea él, sin embargo. Dupree es todo un mujeriego. Tendría que darte serias advertencias sobre él.

–Bueno, la verdad es que yo no tengo ni idea de cómo es Rick cuando no estoy con él. Sólo hemos pasado tiempo a solas, así que no he podido conocer a ninguno de sus amigos –explicó Alicia y suspiró–. Es tan guapo que debe de tener a todas las mujeres a sus pies.

–Pero a él le gustas tú.

–Por ahora –dijo Alicia y sonrió–. Ha sido increíble. Yo no tengo mucha… experiencia –admitió y se aclaró la garganta, sin querer confesar lo inexperimentada que había sido al conocerlo–. Y él ha sido muy atento y amable.

–Suena bien. ¿Ha conocido ya a Alex?

Alicia se quedó parada con el vaso en la mano.

–No.

Cara rió.

–Tienes miedo, ¿verdad?

–¡Caro que no! Alex es muy razonable.

–¡Oh, vamos! Intentó impedir que me vieras a mí cuando empezamos a ser amigas. Pensó que yo era poco de fiar porque me dedicaba al baile y era animadora del equipo.

–Mi hermano es muy tradicional –repuso Alicia. ¿Por qué siempre sentía la necesidad de defender a Alex?

–¿Tradicional? Es un hombre de las cavernas cuando se trata de protegerte. Aun así, si necesitas apoyo cuando le hables de Rick, cuenta conmigo. Incluso podríamos quedar aquí en la cafetería. Una cita agradable e informal.

–No creo –replicó Alicia y se encogió un poco–. Acabo de empezar a salir con él. No quiero asustarlo. Todavía no, al menos –añadió–. Pero, si las cosas continúan como hasta ahora, puede que te tome la palabra.

–Me alegra oírlo. Te mereces tener a un hombre fabuloso.

–Estoy de acuerdo –dijo Alicia y levantó su vaso de coca cola para chocarlo ligeramente con el de amiga–. Por el amor.

El pargo olía de maravilla cuando el atractivo camarero lo llevó a la mesa.

–Ahora entiendo por qué lloraba el chef –comentó Alicia tras darle un bocado–. De todos modos, desde que he conocido a Rick, todo me parece… más radiante, más sabroso, más rico. Qué locura, ¿verdad?

–Sí. Suena a amor.

–Oh, no puede ser amor. Como te he dicho, acabamos de conocernos. Hemos salido un par de veces y he pasado un fin de semana con él.

–A veces, no hace falta más. ¿Dónde está su suite?

–En el hotel Omni de Houston, cerca de la Galería. Tiene unas vistas increíbles de todo Houston.

Cara se quedó callada un momento.

–¿El hotel Omni? Juraría que allí es donde vive Justin Dupree. Fui a una fiesta allí hace un par de años. Se podía ver todo el centro de la ciudad desde su salón –señaló Cara y puso gesto serio–. ¿Estás segura de que no es él?

Alicia meneó la cabeza, perpleja.

–Se llama Rick. Claro que no es él.

–No lo sé, Alicia. Posee una compañía de transporte marítimo, es alto, moreno, guapo, hace carreras de yates y vive en el Omni de Houston. ¿No te parece que son demasiadas coincidencias?

–Qué raro –dijo Alicia, frunciendo el ceño.

–Tengo la sensación de que es el mismo hombre.

–¿Por qué iba a darme otro nombre? –replicó Alicia, sintiendo una punzada de miedo.

–No tengo ni idea –contestó Cara–. ¿Sabes qué? Hay una foto de Justin Dupree en la revista *Vanity Fair* del mes pasado. Vayamos a echarle un vistazo y, así, podrás decirme si se parece a tu Rick. Es probable que sigan teniendo un ejemplar en la biblioteca.

Capítulo Ocho

La chimenea de piedra de la biblioteca y los relucientes suelos de color blanco y negro le daban a Alicia la sensación de estar en un castillo.

En ese momento, se sintió como si estuviera caminando hacia la sala de ejecuciones.

¿Por qué Cara no podía dejar que disfrutara de su primera oportunidad en la vida de hablarle de un hombre?

De pronto, un feo misterio había ensombrecido el maravilloso fin de semana que acababa de pasar con Rick.

O, al menos, con quien ella pensaba que era Rick.

Cara rebuscó en una pila de revistas esparcidas por una balda mientras Alicia la miraba a su lado.

Un mar de dudas la invadía, mientras intentaba decirse que debía de ser un absurdo malentendido. Esperaba que ese Justin Dupree, fuera quien fuera, no se pareciera en nada a Rick.

–Aquí está –dijo Cara y marcó la página con un dedo antes de tendérsela a Alicia.

El pargo rojo se convirtió en una bomba en el estómago de Alicia cuando vio la foto: Rick, imponente con una corbata negra y ambos brazos alrededor de la finísima cintura de una rubia sonriente y despampanante.

Leyó el pie de foto:

El rico heredero Justin Dupree escolta a Mila Jankovich a la gala de la Fundación Blake

Alicia sintió que se le encogía el pecho.

–Es él –dijo, jadeante, sin poder contener las lágrimas–. No puedo creerlo. ¿Por qué me ha mentido?

–No lo sé, tesoro, pero lo averiguaremos –le aseguró Cara y le puso un brazo en la espalda.

La conmoción inicial de Alicia se transformó enseguida en rabia.

–¿Por qué no quería que supiera quién era? Me di cuenta de que no me presentaba a nadie en el club de yate –señaló Alicia y dejó la revista sobre la mesa–. Y ahora que lo pienso, tampoco quiso entrar en este club conmigo. Ahora sé por qué –prosiguió y exhaló exasperada–. Habría sido una torpeza si uno de sus amigos lo hubiera saludado por su verdadero nombre.

–Es raro. Es miembro del club, aunque no viene tan a menudo.

Supongo que viaja mucho. O, tal vez, prefiere irse con su yate.

–¿Tú lo conoces?

–Me lo presentaron una vez. Es amigo de Mitch y de Lance.

–¿Mitch y Lance Brody? –preguntó Alicia con los ojos como platos.

–¿Conoces a alguna otra pareja de Mitch y Lance?

Alicia se quedó helada.

–Mitch y Lance creen que Alex prendió fuego a su refinería. Ellos lo odian.

Entonces, Alicia pensó en una terrible posibilidad.

–¿Crees que ellos pueden haber enviado a Justin a espiarme para conseguir información sobre Alex?

Cara se quedó mirándola con gesto de confusión.

–No puedo creer que hicieran algo así. Admito que no conozco a Justin tan bien, pero estoy segura de que está demasiado ocupado como para meterse en esa clase de intrigas –afirmó Cara y le apretó la mano a su amiga–. Oh, tesoro, sé que significaba mucho para ti.

–Créeme, estaré siempre en deuda contigo –dijo Alicia con voz llena de calma y frialdad–. Me alegro de haberlo descubierto antes de que siguiera riéndose a mi costa.

–Estoy segura de que Kevin lo conoce bien. Igual él puede darnos algo más de información sobre la situación.

Alicia se sentía humillada.

–Por favor, no se lo digas a Kevin, ni a nadie –rogó Alicia y miró a su alrededor en la biblioteca. Por suerte, estaban solas–. Sería horrible si todos se enteraran. O si Alex lo descubriera.

¡Vaya! Había confiado en su propio instinto por una vez en su vida, había seguido su corazón infantil y aquello era lo que había pasado, se dijo Alicia.

Parpadeó para impedir que le brotaran las lágrimas.

–Eh, tengo una idea –dijo Cara y se sacó un pañuelo del bolso para tendérselo a Alicia.

Alicia negó con la cabeza.

–¿Por qué no se lo preguntas a él?

–¿A Rick? Quiero decir, Justin –repuso Alicia, dando un respingo–. Ni siquiera sabría cómo llamarlo cuando respondiera al teléfono –dijo y meneó la cabeza–. Prefiero morir antes de darle otra oportunidad de mentirme.

Alicia se quedó petrificada al darse cuenta de lo mucho que la había afectado su engaño.

–Pasamos todo el fin de semana juntos, cada hora del día, así que tuvo

tiempo de sobra para decirme quién era de veras, si es que pensaba hacerlo. Pero parece ser que no.

–No tiene sentido.

–La única explicación es que quisiera mantenerme alejada de su vida –opinó Alicia y miró hacia la revista que había dejado–. ¿Por qué me resulta conocida esa mujer?

–Es modelo –repuso Cara y movió la mano, como para quitarle importancia–. Trabaja en las pasarelas y es el nuevo rostro de Revlon. Demasiado manida.

–Genial. Su verdadera novia es una supermodelo. Supongo que debería sentir lástima por ella también –dijo Alicia y se esforzó por contener las lágrimas–. Quiero irme a casa.

–Escucha, Alicia, esa foto no significa nada. Sólo porque acompañara a una chica a una gala no significa que esté prometido con ella.

–Entonces, ¿por qué la abraza así? –replicó Alicia y se encogió de hombros. Se colocó el bolso debajo del brazo–. No importa, de todos modos. Lo nuestro ha terminado.

–Oh, tesoro. Quizá haya alguna explicación razonable.

–Sí, tal vez fue abducido por los extraterrestres y lo enviaron de regreso a la Tierra con otra identidad –rezongó Alicia, bajando la cabeza.

–He dicho una explicación razonable.

–Cuando encuentres una, llámame.

–Lo siento mucho –dijo Cara con expresión de disgusto–. Me habría gustado no ser portadora de tan malas noticias.

Alicia la abrazó.

–Eres una buena amiga. Mucha gente me habría dejado seguir saliendo con él para no meterse en líos. Te estoy muy agradecida. Pero quiero irme a casa para poder llorar a gusto.

Justin no podía entenderlo. Había llamado a Alicia cuando había llegado a Hong Kong y le había dejado un mensaje en el móvil.

No había tenido respuesta.

De acuerdo, algunas personas tenían dificultades con los prefijos internacionales, se había dicho. Así que había vuelto a llamarla a primera hora del día siguiente, cuando había sido casi por la noche en Houston.

Sin respuesta. Había dejado otro mensaje.

Ya habían pasado tres días desde que se había marchado. Le había dejado, al menos, seis mensajes y no había tenido noticias de ella.

Se aflojó la corbata y se estiró en el sillón de cuero de su habitación de hotel.

No poder hablar con ella lo estaba volviendo loco. Si no podía disfrutar del contacto de su suave cuerpo, al menos quería escuchar su voz cálida y sensual por teléfono. La echaba de menos con todo su corazón. No recordaba haberlo pasado tan mal a causa de una mujer nunca.

Alicia era muy distinta de todas las demás mujeres con las que había salido. Era calmada y contenida, no intentaba impresionarlo alardeando de sus logros.

En vez de eso, era él quien tenía que preguntarle por ellos.

Era una mujer atenta y sabía cuidar a los demás, tal y como lo reflejaba la maravillosa cena que le había preparado. Desde entonces, él no había hecho más que pensar en aprender a cocinar para poder prepararle algo especial a ella.

Además de ser brillante y amable, Alicia era también sumamente excitante bajo las sábanas y en cualquier otro sitio donde estuvieran cuando surgía la chispa.

Y divertida. Navegar con ella en el yate había sido genial. Justin había adivinado que, al probar la velocidad del yate, ella había tenido ganas de más. Sería una excelente compañera de carreras, con su actitud práctica y su frescura.

Era una excelente compañera en todos los sentidos. Y él quería pasar mucho tiempo con ella. Tal vez, toda la vida.

Justin soltó un suspiro. De pronto, todo le parecía diferente. Viajar dejaría de ser un fin en sí mismo si tenía a Alicia en casa esperándolo. No necesitaría quemar su energía saliendo de fiesta ni escalando montañas.

Se le ocurrían maneras mucho mejores de relajarse… en los brazos de Alicia.

Su teléfono relucía sobre la mesa, como desafiante. Justin quería agarrarlo y llamarla de nuevo, pero no podía insistir tanto.

No era algo por lo que hubiera pasado antes.

Normalmente, era él quien esperaba que la otra persona dejara de insistir. Lo habitual era que se cansara antes de las mujeres que al revés, que no quisiera saber nada de ellas justo cuando ellas empezaban a pedir algo más permanente.

Al pensarlo, Justin se sintió hundido.

Frunció el ceño.

Tal vez Alicia necesitaba descansar un poco de él después de todo el tiempo que habían pasado juntos.

Cuando regresara, le llevaría un gran ramo de flores, le confesaría su verdadero nombre y comenzaría de cero con ella, se propuso.

Entonces, se recostó en el sillón. Sólo quedaban tres días más. Podría

esperar.

–Llevas toda la semana saliendo muy tarde de trabajar –observó Alex con el ceño fruncido cuando Alicia entró por la puerta de su casa el viernes por la noche. Ella ya no parecía radiante. A decir verdad, estaba tensa y estresada.

–Estoy muy ocupada. Estamos haciendo sitio para una exposición itinerante y hemos tenido que quitar todas las piezas de la galería principal y empaquetarlas. Hoy hemos preparado las paredes, pero todavía hay que pintarlas.

Alicia se dirigió a la cocina y tiró su gran bolso de cuero sobre la isla.

–Y tengo que hacer un montón de llamadas sobre el proyecto del casco histórico.

–No me extraña que parezcas cansada –comentó él y se cruzó de brazos–. Pero a ti suelen encantarte esas cosas. No te gusta tener poco que hacer. ¿Te pasa algo más?

Alicia parpadeó y a Alex le pareció que tragaba saliva.

–No. Nada.

Ella abrió el frigorífico y empezó a sacar fiambreras y a depositarlas en la mesa.

–Alicia… –dijo Alex en tono de cantinela–. Me estás mintiendo.

–Pues no me creas –le espetó ella, abrió una fiambrera y la olió.

Alex frunció el ceño. Se sintió como si su hermana lo hubiera abofeteado.

Sin duda, algo le estaba pasando a Alicia. Alex tuvo el impulso de agarrarla por el cuello y hacerle confesar, pero se contuvo. Su instinto protector con Alicia, a veces, sólo servía para distanciarlos. Ella ya era una mujer adulta y tenía todo el derecho a mantener su privacidad.

No iba a decirle ni una palabra, se dijo Alex.

Todavía no, al menos. Si seguía así el lunes, no podría seguir conteniéndose.

El teléfono sonó entonces pero Alicia, en vez de correr a responder como solía hacer, se quedó pasando las sobras de una comida a una fuente para el horno.

–Yo responderé –dijo Alex. Alicia ya hacía bastante. ¿Por qué tenía que asumir siempre que ella debía responder el teléfono?

–No, yo lo haré –respondió ella con brusquedad.

Alex se quedó petrificado.

En vez de responder al teléfono en la cocina, Alicia corrió por el pasillo, hacia el estudio.

Pero tampoco lo respondió allí.

Alex sacó la cabeza por la puerta de la cocina a tiempo para ver cómo Alicia miraba el identificador de llamadas. En vez de descolgar el auricular, ella apretó un botón para que la llamada fuera directa al contestador.

Alex no pudo contener la curiosidad. Como un vaquero que robara ganado, se acercó sigiloso por el pasillo.

Con la atención puesta en el contestador, que daba su saludo habitual con la voz de ella, Alicia ni siquiera vio a su hermano.

–Alicia, soy yo… esto… Rick. Te he estado llamando al móvil durante una semana y no me respondes. Sé que me dijiste que no te llamara a casa, pero estoy preocupado por ti.

A Alex se le encogió el estómago, sorprendido.

Alicia estaba saliendo con alguien. O había dejado de hacerlo. En apariencia, ella estaba evitando las llamadas de Rick.

Ese hombre estaba molestando a su hermana.

¿Rick qué? Alex no conocía a ningún Rick. Le inquietaba que Alicia se mezclara con los estúpidos niños ricos del Club de Ganaderos de Texas, sin embargo ella nunca había mostrado ningún interés, por el momento.

O, al menos, eso había creído él.

Alex respiró hondo, en silencio. Alicia se quedó parada mirando el teléfono, con los brazos cruzados.

–No sé qué está pasando, pero yo lo he pasado muy bien contigo y tengo muchas ganas de verte de nuevo. Ya estoy de vuelta en Houston y tú sabes dónde encontrarme. Llámame, ¿de acuerdo?

El contestador se apagó. Alex, en cambio, se encendió.

–¿Quién diablos era ése?

Alicia se giró y soltó un grito sofocado.

–¿Qué haces espiándome?

–¿Desde cuándo me ocultas las cosas?

A Alicia se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Desde que quiero tener una vida propia –le espetó ella con voz llena de tristeza y rabia–. Pero no lo he hecho muy bien, así que puedes gritarme todo lo que quieras.

Alicia pasó a su lado como un huracán y regresó a la cocina. Metió la fuente en el microondas y apretó los botones con nerviosismo.

Alex se contuvo para no gritar.

Según había estado leyendo en un libro sobre dirección de empresas hacía poco, su impulso natural de perder los estribos le presentaba una oportunidad. Una oportunidad de cambiar y ser más… accesible.

Pensando aquello, Alex respiró para calmarse.

–¿Te gustaría contarme lo que está pasando?

–En realidad, no –contestó ella y se limpió una lágrima. Se giró para quitarle la tapa a la fiambrera con arroz del día anterior.

Cuando Alicia dejaba de cocinar y empezaba a recalentar sobras, algo andaba muy mal, pensó Alex.

–¿Qué te ha hecho ese Rick? –inquirió él, intentando controlar su rabia.

–Nada. Nada en absoluto. No importa –afirmó ella. Abrió uno de los armarios de la cocina y sacó dos platos con mucho estruendo.

–Alicia Montoya, te conozco mejor de lo que me conozco a mí mismo y no creo que nunca te haya visto tan disgustada. ¿Ahora quieres mentirme y decirme que no pasa nada?

Ella se quedó paralizada, con los platos en la mano.

–No quiero mentirte, Alex –dijo ella y se giró despacio. Colocó los platos sobre la mesa–. No quiero mentirte nunca, ni a ti ni a nadie.

Alicia respiró hondo y se quitó un mechón de pelo de la cara. Luego, levantó la barbilla y miró a Alex a los ojos, con una expresión que él no había visto nunca en ella.

–He pasado el fin de semana con él.

Alex sintió el corazón en un puño.

–¿En su casa?

–En un hotel.

Alex se quedó sin aliento. ¿Aquel capullo había llevado a su hermanita a un hotel? Sin duda, a un hotelucho lleno de gente indeseable y…

–¿Dónde puedo encontrarlo?

Alicia apretó los labios con disgusto.

–¿Y no entiendes por qué no te había hablado de él? –le espetó ella y se cruzó de brazos–. Me tratas como a una niña. Tú me has obligado a ocultarlo. Me habría encantado contártelo, hablarte de él, saber si lo conocías y pedirte tu opinión. Pero, como te conviertes en un energúmeno ante la posibilidad de que salga con alguien, no pude hacerlo.

Alex frunció el ceño. ¿Sería eso cierto?

Su hermana había salido con hombres. Alex recordaba la colección de perdedores que había ido a buscarla a casa a lo largo de los años.

Él se había asegurado de hacerles saber que Alicia no era una mujer cualquiera que pudieran utilizar y de la que pudieran fanfarronear delante de sus amigos.

–Tú te mereces lo mejor, hermanita.

–Sé que sólo quieres protegerme, pero es demasiado. Tengo veintiséis

años y necesito cometer mis propios errores –repuso Alicia y su actitud terca se suavizó–. Y acabo de cometer uno, pero no pasa nada. Ha sido una lección y la próxima vez no volverá a pasarme.

Alex se esforzó por mantener la calma. Tenía la urgencia de darle un puñetazo a alguien, más exactamente a Rick, y el pulso acelerado.

–Me alegro de que aprendas de tus errores –consiguió decir Alex con voz amable y calmada.

–Salimos un par de veces y a mí me gustaba mucho –confesó ella con ojos llenos de placer.

A Alex se le encogió el corazón al escucharla.

–Era un hombre dulce, considerado –dijo ella y su rostro se ensombreció–. Por eso, después del incendio, decidí irme con él.

–Me mentiste.

–Sí. Ya tenías bastantes problemas. No quería preocuparte más. Sólo quería pasar el fin de semana con un hombre que me gustaba mucho –afirmó ella y frunció el ceño–. Pero no resultó ser el hombre que yo había creído.

Alex sintió un aguijón de adrenalina.

–¿Te ha hecho daño?

–¡No! Nada de eso. Pero no es adecuado para mí. Eso es lo único que importa –contestó Alicia y, con la mirada, le suplicó a su hermano que no preguntara nada más.

Alex dio un paso hacia ella y la tomó entre sus brazos. Alicia se relajó y se dejó abrazar.

–Ten cuidado con esos niños ricos del club. Ese tipo de hombres devoran a las chicas como tú para desayunar.

–Lo sé. No planeaba salir con ninguno de ellos. Pasó sin más. Pero ya se ha terminado. ¿Podemos dejar el tema?

–Claro, hermanita.

Rick. El nombre de Rick no le sonaba de nada a Alex. Haría una búsqueda, sin embargo. Al día siguiente, sabría quién había hecho llorar a su hermanita. Y, entonces, pensaría qué hacer con él.

Justin miró en la cafetería del Club de Ganaderos de Texas. No había ni rastro de Alicia. Asomó la cabeza en la sala de juegos. Nada. Estaba a punto de ir a mirar en la biblioteca cuando una mano lo detuvo.

–Justin Dupree, supongo –le dijo Cara Pettigrew-Novak, mirándolo con frialdad a los ojos.

–Hola, Cara.

–Sólo quería asegurarme, porque pensé que podrías ser alguien llamado Rick Jones.

Justin frunció el ceño.

–A veces, utilizo ese alias –repuso él y arqueó las cejas.

–Eso me han dicho. Lo usaste con mi amiga Alicia.

–¿Dónde está Alicia? ¿Está bien? –preguntó él con urgencia.

–Está bien, pero no gracias a ti. ¿Por qué le diste un nombre falso?

¿Era ésa la razón por la que Alicia no respondíasus llamadas?, se preguntó Justin. Él había sabido que a Alicia no iba gustarle saber la verdad, pero no había creído que fuera para tanto. No después de lo mucho que habían compartido.

–Lo uso todo el tiempo. Así consigo que la prensa me deje en paz.

–Alicia no es periodista.

–Ahora lo sé.

–¿Es que alguna vez pensaste que lo era? –preguntó Cara, ladeando la cabeza.

–No, no lo pensé –repuso él y la miró con gesto inquisidor–. ¿Qué está pasando aquí? ¿Sabe Alicia que soy Justin Dupree?

–Sí.

–¿Cómo?

–Yo se lo dije –afirmó Cara y se cruzó de brazos–. Pensé que debía saberlo, ¿no opinas lo mismo?

–Sí, claro. Yo pensaba decírselo.

¿Por qué estaba teniendo esa conversación con Cara, cuando debía estar hablando con Alicia?, se dijo Justin.

–¿Está ella aquí?

–No. No la he visto. Alguien le ha roto el corazón.

–¿Estaba disgustada? –preguntó él tras tragar saliva.

–Muy, muy disgustada.

–Maldición –dijo él con el corazón encogido–. Tengo que explicárselo.

–¿Qué? ¿Que no querías que la prensa te acosara? –dijo Cara con tono burlón–. No estoy segura de que se lo trague.

–Que quería decírselo porque yo… porque ella… –balbuceó Justin. Porque nunca había conocido a ninguna mujer como ella, pensó–. ¿Dónde está?

–En casa, imagino. En El Diablo –contestó Cara y se acercó–. Fue muy cruel darle un nombre falso para que no supiera que la estaba seduciendo uno de los más conocidos playboys de Texas, ¿sabes?

–Cara, exageras –replicó él, intentando quitarle hierro–. Yo no la

seduje. Al menos, no creo que fuera así. Fue mutuo. ¿Y por qué tengo que darte explicaciones a ti?

–Yo le aconsejé que te diera la oportunidad de contarle tu versión de la historia. Le aseguré que lo más probable era que hubiera una explicación razonable. Por el momento, no he escuchado ninguna, pero… –dijo Cara y se encogió de hombros–. Ella no parecía interesada en hacerlo.

–Tengo que verla –señaló él y se metió la mano en el bolsillo para sacar las llaves del coche.

–Vive con su hermano, ¿recuerdas? –indicó Cara y ladeó la cabeza, esperando la reacción de él.

–Alex Montoya. Estoy seguro de que será razonable.

Cara rió.

–Puede serlo en las circunstancias adecuadas, lo cual no es el caso –dijo Cara y le dio una palmada en el brazo a Justin–. Mira, no te conozco bien, pero pareces un buen tipo. Al menos, eso es lo que dicen Kevin, Lance y Mitch.

–Me honran con su amistad.

–Y Alicia estaba bastante encantada contigo antes de que yo le hiciera ver que la habías engañado. Espero que los dos podáis arreglarlo.

–Yo también.

La puerta de entrada a El Diablo estaba cerrada y Justin tuvo que usar el interfono para solicitar entrar.

–¿Nombre?

Él pensó un momento.

–Rick Jones –repuso Justin. Ése era el nombre que Alicia esperaba.

Con alivio, vio que la puerta se abría y condujo dentro de la finca.

El ganado pastaba en campos vallados a ambos lados del largo camino de entrada que conducía a una enorme casa. Alex Montoya había sabido salir adelante, y sacar a Alicia adelante, sobre todo teniendo en cuenta sus orígenes humildes, pensó Justin.

Alex era un hombre listo. Con suerte, no sacaría conclusiones precipitadas, ni buscaría pelea.

Sí. Claro, se dijo. Lance y él habían mantenido una de las enemistades más largas de la historia local.

Justin aparcó frente a la casa y salió del coche. Antes de que hubiera llegado al porche, Alex salió de la puerta principal, mirándolo con ojos llenos de fiereza.

Su voz profunda rasgó el aire.

–¿Desde cuándo te haces llamar Rick Jones?

–¿Está Alicia? Tengo que hablar con ella, Alex.

–Ella no quiere verte –le espetó Alex y caminó hacia él con grandes zancadas, hasta detenerse a unos centímetros de Justin–. Ahora, vete.

–Me gustaría tener la oportunidad de hablar con ella.

–Eso no va a ser posible –repuso Alex, que era unos centímetros más alto que él, y lo miró a los ojos–. ¿Siempre usas nombres falsos con las mujeres que pretendes utilizar y dejar de lado? ¿Disfrutas aprovechándote de jovencitas amables que no tienen sangre azul?

Alex estaba furioso. Agarró a Justin de la camisa, hundiéndole los nudillos en el pecho.

–Es un poco menos rebuscado que eso. Los paparazzi me persiguen, así que a veces recurro a…

–Si no te acostaras con tantas ricas herederas, los paparazzi no estarían interesados en ti –le espetó Alex delante de las narices–. Si vuelves a acercarte a mi hermana, te… te… no sé lo que te haré, pero seguro que no quieres averiguarlo.

Alex apartó el puño de la camisa de Justin.

–Tu hermana significa mucho para mí –afirmó Justin y levantó la cabeza para mirarlo a la cara–. Es una persona muy especial.

–¿Crees que no lo sé? –replicó Alex y lo miró a los ojos–. Mi hermana es demasiado buena para alguien que se junta con los hermanos Brody –añadió con voz heladora.

–Mitch Brody y yo somos buenos amigos desde hace mucho tiempo y conozco también a su hermano Lance. Son buena gente, Alex.

Alex se acercó tanto que Justin pudo oler la testosterona que despedía su piel.

–¿Te han enviado ellos?

–Claro que no. Conocí a Alicia en el club, empezamos a hablar y nos hicimos amigos.

Ésa era la verdad. Justin se había ofrecido a conseguir información sobre Alex para los Brody, pero ellos no se lo habían pedido. Al pensarlo, se puso enfermo. ¿Cómo podía siquiera haber considerado hacerle eso a Alicia?

–¿Acaso crees que nací ayer? –le espetó Alex, conteniéndose para no agarrar a Justin del cuello.

–Alicia es una mujer hermosa e inteligente. No necesito un motivo oculto para sentir interés por ella. Como he intentado explicarte, me importa mucho.

Lo del nombre ha sido un malentendido. Ha sido culpa mía. Si me dejas hablar con Alicia unos minutos, estoy seguro de que…

–¡Sal de mi rancho! –le gritó Alex, que estaba echando chispas–. Si no te vas ahora, haré que mis hombres lleven tu coche, y a ti, a la calle.

En ese momento, Alicia apareció detrás de él en la puerta.

–Alex. Está bien. Yo me ocupo.

A Justin le dio un vuelco el corazón.

–Alicia, puedo explicártelo.

–Vuelve dentro, hermanita. Ya se va.

Alicia bajó las escaleras. Llevaba unos vaqueros gastados que marcaban sus largas piernas y una sencilla camiseta de algodón. Estaba preciosa.

–Alex, te he dicho que yo me ocupo. Ya no soy una niña.

Alicia miró a Justin y una intensa energía fluyó entre ellos. Él pensó que aún tenía esperanzas.

–Llevo tiempo intentando confesarte mi verdadero nombre, pero nunca parecía ser el momento adecuado. Me mortifica que lo descubrieras sola y prometo compensarte.

Alicia pasó de largo delante de Alex, pisando fuerte con sus botas en el suelo.

–Súbete al coche. Iré contigo a la puerta.

–Quizá podríamos sentarnos a hablar en alguna parte.

Alicia lo ignoró, dio la vuelta a su Porsche y abrió la puerta del copiloto.

–Hermanita, no creo que debas…

Alicia cerró la puerta de golpe, sin escuchar a su hermano.

Justin le dio la espalda a Alex y se metió en el coche. Se giró para mirar a Alicia.

–Te he echado de menos –dijo él con suavidad.

–Enciende el motor –ordenó ella mirando hacia delante.

Justin titubeó un momento y encendió el motor.

–Cara me ha contado lo que pasó.

–Sí. Me sentí como una idiota.

–Lo siento tanto… Nunca quise que lo descubrieras por otra persona.

Justin no se sintió avergonzado por su tono de súplica. Estaba aliviado y agradecido por poder verla de nuevo.

–No quiero volver a verte.

–Alicia, no lo dices en serio.

–Confía en mí, soy muy sincera, a diferencia de otras personas. Cuando te digo que no quiero verte, lo digo de todo corazón.

–Utilizo el nombre de Rick Jones todo el tiempo. Estoy registrado en el hotel con ese nombre.

–¿Te has registrado con un carnet y una tarjeta de crédito falsos? –preguntó ella, arqueando una ceja.

–Bueno, no. Ellos conocen mi nombre real, pero oficialmente, en el libro de registro, soy Rick Jones.

–Pero ellos tienen el privilegio de conocer tu nombre verdadero. Un privilegio que yo no tuve –señaló ella con voz fría–. Incluso después de dormir juntos y pasar todo el fin de semana contigo.

–Quise decírtelo desde el principio. Lo intenté varias veces pero…

–¿Pero qué?

Justin se pasó la mano por el pelo.

–Supongo que, desde el principio, sabía que no te lo tomarías bien. Desde que empecé a conocerte, quiero decir. Adiviné que considerarías que, incluso una pequeñez así, era un gran engaño.

–Pues tenías razón. En absoluto considero que mentir sobre tu identidad sea una pequeñez.

A pesar de conducir tan despacio como era posible, estaban ya cerca de las puertas. Secuestrar a Alicia era tentador, pero sin duda no era buena idea dadas las circunstancias.

–¿Qué puedo hacer para compensarte?

–Nada. Como te he dicho, no quiero volver a verte. Como ambos somos miembros del Club de Ganaderos de Texas, no hay manera de evitarnos por completo, pero no veo razón para hablarnos más allá de lo estrictamente necesario a partir de ahora.

Alicia levantó la cabeza con la dignidad de una reina. Era extraño cómo una persona podía parecer tan digna vestida de vaquera, pero así era Alicia Montoya, pensó Justin. Una mujer con muchas facetas, todas fascinantes y atractivas.

Si le decía que la amaba, ¿conseguiría derretir el hielo de su corazón?, se preguntó él.

Justin maldijo al pensarlo. Si se lo decía en ese momento, Alicia pensaría que estaba jugando con ella.

–¿Podría llevarte de paseo en mi yate de nuevo, como amigos? –la invitó él. No intentó seducirla ni convencerla. Pero sabía que a ella le había encantado navegar.

–No. Puedes parar al otro lado de la puerta. Yo volveré caminando.

–Alicia, estás exagerando.

–Es tu opinión. Como ya has admitido, sabías que no me tomaría bien que me ocultaras la verdad de forma tan deliberada. Yo te confié toda clase de confidencias –dijo ella y se giró para mirarlo. Al fin, se le llenaron de lágrimas los ojos–. Te hablé de mi niñez, de mi familia, de nuestros sueños

y esperanzas. Y tú elegiste faltarme al respeto ocultándome la verdad, para que no interfiriera con la relación sexual que manteníamos.

Una lágrima rodó por su mejilla.

Justin tenía el corazón encogido. Deseaba alargar la mano y tocarla, pero con eso sólo conseguiría hacer que saliera disparada del coche.

–No era sólo por el sexo –repuso él con brusquedad–. Significas mucho más que eso para mí. Disfruté de cada minuto que pasamos juntos. Temía estropearlo, sí. Pensé que, cuanto más tiempo pasáramos juntos y más me conocieras, menos te importaría descubrir la verdad.

»Casi me delaté cuando te diste cuenta de que hablaba francés, pues mi familia proviene de Francia y siempre hemos pasado mucho tiempo allí para practicar el idioma. Estuve a punto de contártelo todo, pero tú estabas allí tumbada, desnuda y resplandeciente, y me tragué las palabras porque no quise espantarte.

Otra lágrima le cayó a Alicia por la mejilla. Ella no hizo nada para limpiársela.

–Yo confiaba en ti. Acudí a ti en busca de ayuda. Tú sabías que era inocente, una ingenua, y te aprovechaste de eso. ¿Por qué no me dijiste que eras amigo de los hombres que intentan acusar a mi hermano de provocar un incendio? ¿Por qué no me dijiste que ya conocías a Alex? ¿Cómo pudiste ocultarme eso?

–No creo que…

–No quiero saberlo –lo interrumpió ella y meneó la cabeza–. Después de lo que ha pasado entre nosotros, nunca podré volver a confiar a ti, ni pretendo intentarlo.

–Pero…

Justin entró en pánico cuando ella agarró el picaporte del coche para salir.

–Por favor, no vuelvas a El Diablo nunca más. No eres bienvenido aquí.

–Te llamaré, te daré tiempo para pensarlo.

–No. No llames, no vengas, no escribas –le ordenó ella y lo miró con gesto frío–. Seré educada cuando nos encontremos delante de la gente, pero ni por un segundo pienses que significa que te he perdonado.

Alicia salió del coche y cerró la puerta de un portazo.

Un portazo que Justin sintió en todo el corazón.

Capítulo Nueve

Justin guardó los palos de golf en su taquilla. Había estado jugando en el campo del Club de Ganaderos de Texas, pero no le había servido de nada. Sus músculos rebosaban energía y sus piernas le pedían correr.

No podía quedarse quieto, ni sentarse, ni dormir. Cada célula de su cuerpo deseaba estar con Alicia.

–¡Hola, Justin! –lo saludó Kevin Novak, entrando en el cuarto de las taquillas con sus palos de golf en la mano–. Mi esposa te ha puesto en su lista de indeseables.

–Sí. Las chicas se han unido contra mí –repuso Justin y cerró su taquilla–. Pero no puedo culparlas. La culpa es mía se mire como se mire.

Kevin sacó el driver y le limpió la punta con un paño.

–Comprendo las ventajas de tener una doble identidad. Puedes hacer toda clase de trucos sin que nadie te los pueda achacar –observó Kevin y le guiñó un ojo a su amigo–. Parece divertido.

–Eso pertenece al pasado. No quiero hacerle ningún truco a nadie, pero los viejos hábitos son difíciles de dejar. Rick Jones está muerto. Lo maté yo mismo. Delante de ti y del resto del mundo, soy sólo Justin Dupree.

–El único hombre lo bastante loco como para ir detrás de la hermana de Alex Montoya.

Justin se acercó a Kevin.

–Alicia es la mujer más increíble que he conocido jamás. Caminaría sobre las llamas por ella.

–Estoy seguro de que a su hermano no le importaría obligarte a hacerlo –comentó Kevin, arqueando una ceja.

–Sí. Pero no puedo culparlo. Si yo tuviera una hermana, lo más probable es que me sintiera del mismo modo.

–¿Crees que ella te perdonará algún día?

–No me quiere dar la oportunidad de acercarme a ella. Ha estado aquí esta mañana y apenas me ha mirado –repuso Justin y suspiró–. He conseguido cerrar tratos multimillonarios con mis rivales en el mundo de los negocios, pero no puedo conseguir ni siquiera que ella me mire.

–Necesitas un plan –sugirió Kevin y lo miró con expresión alegre–. Y yo creo que tengo uno. ¿Por qué no os invitamos Cara y yo a cenar? Así, estaréis en terreno neutral y podréis hablar las cosas.

–Alicia nunca aceptaría.

–Lo hará si no le decimos que vas a estar allí.

–Se irá cuando me vea.

–No. Cara y ella son buenas amigas, y Alicia es muy educada y considerada. No creo que desprecie la cena que otra persona ha estado preparando.

–Puede que tengas razón. ¿Pero crees que Cara apoyará tu plan?

Kevin metió sus palos en la taquilla.

–Cara tiene debilidad por ti. Piensa que estás listo para sentar la cabeza y disfrutar de los placeres del matrimonio.

–¿Ah, sí?

–Eh, yo lo fastidié todo con Cara porque no estaba preparado para tener una vida familiar al principio de nuestro matrimonio. Puse toda mi energía en hacer dinero y casi perdí las cosas verdaderamente importantes, las que no se pueden comprar con dinero. Pero me dieron una segunda oportunidad y creo que es mi deber ayudar a otro hombre solitario a encontrar a la mujer de su vida.

–Kevin Novak, un romántico. Lo último que esperaba.

–Sólo sé lo hermoso que es disfrutar de la vida con la mujer que amas.

–Estoy de acuerdo. Haría lo que fuera para que Alicia me perdonara.

–¿Qué te parece el sábado? –preguntó Kevin y cerró su taquilla.

–Si tú crees que un plan tan disparatado puede funcionar, no pierdo nada por intentarlo.

Alicia sintió un nudo en el estómago mientras subía en el ascensor al piso de Cara y Kevin en el centro de Houston. Se alegraba de que Cara le hubiera hecho ver el engaño de Justin, ¿pero qué le habría contado su amiga a su esposo? Ella le había rogado a Cara que ocultara el embarazoso secreto, pero las parejas de casados probablemente lo compartían todo.

Ella siempre había deseado tener un matrimonio sin secretos. O, al menos, una relación de pareja sincera.

Una punzada de rabia la atravesó cuando recordó cómo la había engañado Justin Dupree. Había traicionado su confianza y tardaría mucho tiempo en volver a confiar en un hombre, si es que conseguía hacerlo algún día.

–¡Alicia! –la saludó Cara en la puerta de su casa y le dio un beso en la mejilla–. Entra, nos alegramos mucho de que pudieras venir.

–Alex no quería que saliera de casa –dijo Alicia y le dio a Cara su chaqueta, tras entrar en su piso, muy moderno y chic–. Está más pendiente de mí que nunca. Creo que le gustaría despedazar a Justin Dupree

miembro a miembro.

–Vaya –dijo Cara e hizo una mueca–. De todas maneras, creo que es muy bonito que sea tan protector contigo.

–Me gustaría que encontrara a alguien más a quien proteger –repuso Alicia y suspiró–. Pero no lo culpo, de todas maneras. Parece ser que yo necesito protección.

–No. Lo que te pasó fue un malentendido. Justin lo siente mucho.

–¿Y tú cómo lo sabes? No has hablado con él, ¿o sí?

–Bueno, la verdad… –comenzó a decir Cara y se puso roja–. Entra y toma algo.

–¿Lo has hecho? –insistió Alicia y agarró a su amiga del brazo, sintiéndose presa del pánico. La idea de que la gente hablara de su engaño la llenaba de humillación y vergüenza–. Por favor, dime que no le has dicho nada.

–Cariño –dijo Cara y le apretó la mano–, sé que quieres olvidarte del tema, pero creo que sería una pena.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Alicia y tuvo un mal presentimiento–. ¿De qué se trata todo esto?

–Ven, entra en el salón –la invitó Cara y tiró de su ma-no–. He preparado mis famosos hojaldres de queso.

–Sabes que me encantan –afirmó Alicia y sonrió para ocultar su sensación de pánico–. Tienes una casa muy bonita –añadió, en un intento de ser educada.

–Gracias. Ambos estamos deseando que esté lista nuestra casa de Somerset. Debería estarlo para el mes que viene.

Cara la guió a través de unas puertas dobles a un gran salón. Había velas encendidas en una mesa baja frente a un sofá negro y unos altavoces ocultos invadían el espacio de suave música clásica.

–Hola, Alicia –saludó una voz profunda, conocida, desde algún sitio tan oculto como el de los altavoces.

Alicia se quedó petrificada, presa del pánico.

Justin entró en su campo visual en el lado izquierdo del salón, con una copa en la mano. Alicia intentó enfocar la mirada en la copa para no perderse en sus intensos ojos azules.

–Cara, ¿qué es esto? –preguntó Alicia y tragó saliva.

–Kevin y yo queríamos invitar a un par de buenos amigos a cenar –dijo Cara y tiró del brazo de su amiga.

Alicia siguió clavada al sitio.

–¿Vino blanco o tinto? –preguntó Cara–. ¿O quieres otra cosa?

«Seré educada cuando nos encontremos delante de la gente», le había

dicho ella la última vez que habían hablado.

¿Podría mantener su promesa?, se preguntó Alicia.

–Justin –lo saludó ella.

Entonces, Alicia pasó de largo a su lado. No le estrechó la mano que él le tendía ni lo miró a la cara. Era lo más que podía hacer por el momento.

Lo único que deseaba era salir corriendo de allí, ¿pero qué conseguiría con eso? Aquél era el primer día del resto de su vida como la mujer engañada por Justin Dupree. Más le valía acostumbrarse a eso.

Aunque no pensaba perdonar a Cara ni a Kevin por aquella encerrona. Cenaría, sería tan cordial como pudiera y, luego, se iría a casa y se encerraría en su cuarto durante el resto del fin de semana.

–Tinto, por favor.

–Genial. Es un Malbec excelente que Kevin ha traído de Argentina. Y aquí están los hojaldres de queso. Sírvete tú misma.

Cara atravesó la habitación con su característica forma de andar, casi como si estuviera bailando.

Alicia caminó despacio hasta una silla de cuero negro. No estaba segura de poder comer hojaldre de queso sin vomitar, por no hablar de la cena entera.

Pero, si Justin esperaba que se diera media vuelta y saliera corriendo, se equivocaba.

–¿Cómo te ha ido la semana? –le preguntó él.

Su suave voz, cálida y un poco ronca, inundó a Alicia.

–Bien, gracias –respondió ella. «No gracias a ti», pensó.

Alicia paseó la mirada alrededor del salón. El toque creativo de Cara estaba presente en coloridos detalles y en una enorme pintura contemporánea que adornaba la pared. Imaginó que toda la casa habría estado decorada en blanco y negro cuando Kevin había vivido allí solo. Cara era capaz de llevar un rayo de sol a la vida de la gente. Era una pena que ella no pensara aceptar nunca más una invitación a su casa, pensó y se forzó a sonreír cuando Cara le tendió una copa.

–Por los nuevos comienzos –brindó Cara con alegría–. Estoy emocionada por vosotros.

Aquellas palabras le sonaron vacías a Alicia. Mientras llenaban su copa, Justin se acercó para unirse al brindis.

Alicia se encogió cuando él acercó su brazo, aunque le dejó chocar su copa con la de ella. Sólo por educación.

–La cena estará lista dentro de un par de minutos. Dejad que vaya a terminarla –dijo Cara y se fue a la cocina, dejando a Alicia en la silla, con Kevin y Justin a su lado.

–¿Qué tal, Justin? ¿Has hecho alguna carrera con tu yate este mes?

–La temporada está terminando, pero puede que participe en alguna más si estoy en la ciudad la última semana del mes. Depende de unas cuantas cosas.

Alicia habría jurado que Kevin la miraba, pero ella mantuvo los ojos fijos en su copa.

–Alicia, ¿tú has ido a navegar alguna vez?

La pregunta de Kevin hizo que ella se quedara sin habla. Se aclaró la garganta para contestar, pero Justin se adelantó.

–Alicia vino conmigo en mi yate la semana pasada. Es una grumete excelente.

–¿Te gustó? –preguntó Kevin y sonrió expectante.

¿Habría convencido Justin a su amigo para que sacara el tema?, se preguntó Alicia. Estaba furiosa.

–Fue una experiencia interesante. Pero no estoy segura de que me guste navegar en medio de ninguna parte. Sospecho que estoy hecha para andar por tierra firme –contestó ella y sonrió, aunque sintió que su sonrisa era más una mueca.

–¡Tonterías! Te gusta el agua como si fueras una sirena –señaló Justin.

–Una comparación exagerada. Además, me siento más cómoda con mis pies que con una cola de pez.

Alicia estaba decidida a no cruzar sus miradas. Fijó la vista en un punto sobre la frente de Justin, para que Kevin pensara que lo estaba mirando. De ninguna manera iba a exponerse de nuevo al hechizo de aquellos peligrosos ojos azules ni de su practicado encanto.

–Algunos deportes necesitan tiempo para acostumbrarse a ellos –continuó Kevin con valentía.

Sin duda, aquella pequeña reunión debía de haber sido idea de Justin, pensó Alicia. ¿Acaso no había estado ella a su merced el tiempo suficiente durante el fin de semana?

–Deberías intentarlo de nuevo –sugirió Kevin.

–No, gracias –dijo Alicia, le dio un trago a su vino y esbozó una sonrisa evasiva.

–Deberíamos jugar dobles al tenis alguna vez –propuso Kevin con entusiasmo.

–Sería un placer –repuso Alicia–. Le diré a Alex que desempolve su raqueta. Solía ser el segundo en el equipo de tenis del colegio y estoy segura de que le encantará volver a jugar.

«¡Tomad esa, conspiradores!», se dijo Alicia.

–¡La cena está lista! –llamó Cara desde la cocina–. ¿Alicia, puedes

echarme una mano con los platos?

–Claro –contestó Alicia con alivio. Se excusó y se dirigió a la cocina.

–Lo siento –dijo Cara en voz baja, en la cocina–. En su momento, me pareció una buena idea.

–Justin lo ha organizado todo, ¿verdad? –susurró Alicia.

–La verdad es que fue idea de Kevin. Bastante romántico. No es frecuente que dos hombres unan sus esfuerzos para camelar a una mujer.

–Seguro que es más común de lo que imaginas. Aunque el objetivo no suele ser nada romántico –señaló Alicia, arqueando una ceja.

–No piensas darle una segunda oportunidad, ¿verdad?

–No. ¿Quieres que lleve la ensalada?

–Claro –dijo Cara y le tendió una gran fuente llena de hortalizas frescas–. La gente cambia, ya sabes.

–¿Te refieres a Kevin?

–Eso es. Los hombres maduran más despacio. Son un poco como el buen vino.

–O como un bebé elefante.

Cara rió.

–Eres terrible.

–Sí, y tengo todo el derecho a serlo.

Alicia se dirigió al salón. La habitación tenía una amplia puerta y, a través de ella, vio cómo Kevin y Justin parecían disfrutar de una conversación casual. ¿Cómo diablos iba a sobrevivir toda una cena sentada a la misma mesa que ese tipejo?

Ella se sentó al lado de Justin a propósito, para no tener que mirarlo. La mesa era lo bastante grande como para que no la invadiera su aroma masculino, aunque era muy desagradable tener aquella voz seductora y grave tan cerca.

Kevin llevó una fuente humeante de pasta y Cara la cubrió con salsa especiada.

–¿Cómo va la próxima exposición? –preguntó Justin, una vez que estuvieron todos servidos.

Alicia se puso tensa.

–Bien. Abriremos las cajas el lunes.

–¿De qué es? –preguntó Kevin, sirviendo vino blanco para todos.

–Una exposición itinerante del Smithsonian sobre cambios en el medio ambiente.

–¿Te refieres al calentamiento global? –preguntó Justin.

Ella sintió su ardiente mirada en el rostro.

–No –contestó Alicia, disfrutando de poder darle una respuesta

negativa–. A cambios de la antigüedad. Océanos que se convirtieron en desiertos, bosques convertidos en piedra, ese tipo de cosas. Vamos a exhibir algunos impresionantes fósiles que sirven de ejemplo y tres programas de vídeo interactivos. Tengo visitas reservadas para grupos de colegios durante todo el mes.

–¡Eso es genial! –exclamó Cara–. Sé que te has esforzado mucho para atraer a los colegios al museo.

–Los museos son para los vivos, no para los muertos –señaló Alicia, repitiendo lo que siempre decía–. Estoy muy ilusionada, la verdad. Fue difícil conseguir que el equipo directivo aceptara albergar esta exposición y espero que marque el comienzo de una nueva era para el Museo de Historia Natural de Somerset.

–Estoy segura de sí. ¡Por los nuevos comienzos! –brindó Cara.

–Creo que ya has dicho eso antes, cariño –comentó Kevin y se acercó para besar a su esposa en la mejilla–. Pero es un buen deseo, de todas maneras.

–De acuerdo, lo diré de otra manera –replicó Cara y se echó para atrás el pelo rubio y rizado–. Brindo por los nuevos comienzos de cosas que salieron torcidas en un principio.

Alicia fingió beber, pero no lo hizo.

Además, su relación con Rick o, mejor dicho, Justin, había tenido un excelente comienzo.

Había sido lo que había ocurrido a continuación lo que se había torcido.

–Justin, ¿cómo te ha ido en Hong Kong? –preguntó Kevin.

–Mucho trabajo, como siempre. Tuve muchas reuniones, pero no salí casi. Estaba deseando volver a casa –contestó Justin y, de nuevo, posó los ojos en Alicia.

–Yo también viajo menos. Las cosas que parecen divertidas cuando acabas de salir de la universidad acaban perdiendo su encanto cuando maduras.

–Sobre todo, cuando tienes a una encantadora esposa en casa esperándote –observó Justin.

Alicia se dejó conmover un instante por su tono nostálgico. Sin embargo, enseguida se dijo que, sin duda, no era ella la mujer de la que hablaba Justin. Desde que había descubierto la verdad, había averiguado unas cuantas cosas de Justin Dupree, ninguna de ellas demasiado halagüeña.

–¿Cómo está Mila Jankovich? –preguntó Alicia, sin poder contener las palabras.

Entonces, se sintió avergonzada por recordar su nombre de la revista del corazón. Por desgracia, no había podido sacárselo de la cabeza.

Un silencio de estupefacción llenó la habitación. Era muy poco natural que Alicia no se girara y mirara a Justin, mientras que todos los presentes tenían los ojos puestos en ella. Pinchó un pedazo de brécol y se lo llevó a la boca, aunque tenía el estómago cerrado.

–No lo sé –contestó Justin con suavidad–. Hace tiempo que no la veo. Creo que sigue viviendo en Nueva York.

–Alicia y yo vimos una foto vuestra en *Vanity Fair* –explicó Cara–. ¿Es cierto que apenas habla inglés?

–Sí habla inglés. Tiene un acento curioso porque lo aprendió con un estudiante canadiense que estuvo viviendo en su casa en Ucrania en un intercambio. En realidad, es mucho más agradable de lo que parece en las fotos de modelo, pero ella y yo nunca hemos sido más que amigos.

–¿Nunca has salido con ella? –preguntó Cara, como una periodista volviendo a formular una pregunta no respondida.

Alicia sabía que su amiga estaba haciéndolo por ella. Sin embargo, deseó no haber mencionado nunca el nombre de Mila.

–La acompañé a un par de eventos sociales. Un amigo mío tiene una agencia y quería que Mila fuera vista con gente importante –comentó Justin y rió–. Me parece un poco raro que me consideren gente importante, pero no me importó aceptar, pues se trataba de eventos benéficos a los que yo habría asistido de todos modos.

Justin hizo una pausa y posó la mirada en Alicia. Ella sintió que le quemaba la piel.

–Aunque habría preferido ir con otra persona.

Un incómodo silencio invadió la sala durante, al menos, treinta segundos, mientras Alicia jugueteaba con los guisantes en el plato. Estaba cansada de babear por los encantos de Justin Dupree.

–Te ha salido de maravilla la salsa, cariño –señaló Kevin y besó a Cara en el cuello, haciendo que su esposa se sonrojara.

–Está delicioso –dijo Alicia, aliviada porque la conversación hubiera cambiado de rumbo.

–Gracias. Es la primera vez que la hago. No estaba segura sobre si echar alcaparras, pero creo que le dan un toque muy especial.

–Está muy rico –dijo Justin–. Es la mejor comida que he probado en toda la semana.

–Iré a preparar el postre –indicó Cara y se levantó de la silla con visible entusiasmo.

Alicia estuvo a punto de correr tras ella para ofrecerle su ayuda, pero

Kevin fue más rápido. La siguió fuera del salón como una sombra.

–Alicia…

Ella se puso tensa al escuchar su voz profunda y seductora.

–¿Sí, Justin? –repuso ella, tomó su vaso de agua y le dio un trago. No quería beber más vino para no ponerse demasiado sensible.

–¿No te parece un poco tonto?

–¿Que beba agua?

–Que te niegues a mirarme.

Alicia creyó percibir un toque de incomodidad en su voz, algo distinto de su habitual actitud de confianza.

–No te creas tan importante. No me niego a mirarte. Lo que pasa es que prefiero mirar otras cosas.

Alicia buscó algo en la mesa sobre lo que posar la mirada. El salsero de cristal tallado con salsa para la ensalada podía servir.

–¿Tienes miedo de mirarme?

–¿Miedo? ¿Por qué diablos iba a tener miedo?

–Es que me parece raro que no quieras mirarme a los ojos. Había esperado que quisieras lanzarme una mirada heladora, por lo menos.

–¿Por qué? ¿Es que te resultaría divertido? –replicó Alicia, dándole vueltas a la copa de vino entre los dedos–. Creo que ya te has divertido bastante a mis expensas, ¿no te parece?

Alicia se levantó de la silla y se acercó a las ventanas. El piso tenía unas amplias puertas francesas que daban a un balcón con vistas a la ciudad. Posó las manos en el picaporte de acero inoxidable, que se abrió con facilidad.

«¡Uf!», pensó Alicia mientras salía fuera e inhalaba el aire fresco.

La puesta de sol brillaba sobre miles de ventanas de cristal, haciendo que la ciudad resplandeciera como un mosaico. Sin duda, había gente sufriendo en otros sitios, en todos esos coches, casas y apartamentos. Sus preocupaciones eran nada comparadas con algunos de los problemas reales que tenía la gente, se dijo ella.

Lo único que quería era olvidarse de Justin y continuar con su vida. Una vida que había sido suficiente para ella antes de conocerlo.

–Alicia –llamó él desde la puerta, a sus espaldas.

–Así me llamo. Al menos, en eso estamos de acuerdo.

–Me siento fatal por lo que ha pasado –se disculpó él, con la voz impregnada de sentimiento.

Alicia se quedó sin respiración. Algo le impidió no soltarle una respuesta cortante.

–Si pudiera dar marcha atrás, me presentaría como Justin Dupree en nuestro primer encuentro, sin pensarlo.

–Pero, entonces, mis amigos me habrían advertido sobre ti –repuso ella y ladeó la cabeza, inspirando la brisa nocturna para intentar refrescar el rubor de su rostro–. Yo nunca habría ido a pasar la noche con un famoso mujeriego.

–Lo sé. Ésa es una de las muchas razones por las que… por las que te amo.

Alicia tardó un segundo en comprender sus palabras. Pero no las creyó. Él no la amaba. Lo que pasaba era que Justin no podía soportar que ella lo dejara. Quería seducirla de nuevo, por orgullo.

Alicia fijó la vista en el horizonte, púrpura tras la puesta de sol.

–Es verdad, lo sabes –afirmó él y se acercó–. Te amo.

A ella se le encogió el corazón.

–No me amas. Apenas me conoces.

–Te conozco lo bastante como para saber que eres una mujer especial e increíble.

–No lo soy –replicó ella con voz temblorosa–. Sólo me quieres ahora que no estoy disponible y te has forjado una imagen irreal de mí en la cabeza. Soy una mujer callada y bastante aburrida con ninguna experiencia en el sexo opuesto, como tú bien sabes –señaló–. Eso no tiene nada de increíble. Y tampoco tengo nada de especial.

–Confía en mí, sí lo eres –dijo él, acercándose más aún–. Eres la única mujer a la que no le ha gustado descubrir que soy Justin Dupree, y créeme cuando digo la única. Empecé a usar un nombre falso porque, cuando me presentaba como Justin Dupree, las mujeres empezaban a pegarse a mí y a estar pendientes de todas mis palabras, como si yo fuera Einstein. Cuando era más joven, me gustaba recibir atención femenina, pero después de un tiempo, empecé a cansarme de no saber si una mujer se interesaba por mí de veras o sólo por mi apellido y por los millones que lo acompañan.

–Qué cruz.

–Lo sé –dijo él, riendo–. Suena ridículo. No muchos hombres pueden permitirse el lujo de quejarse de tener demasiado dinero y demasiadas mujeres persiguiéndolos.

Alicia sintió el calor corporal de Justin cuando él se acercó más.

–Pero es doloroso que la gente no te vea como eres. Lo único que ven es tu apellido, tu dinero y todo lo que puedes hacer por ellos. Y, si estás rodeado de gente así, tu vida empieza a ser bastante vacía, por muy ocupado que estés.

A Alicia se le puso la piel de gallina al sentir su cercanía. Esperó que,

en cualquier momento, él le rodeara la cintura con los brazos con ese gesto posesivo que a ella tanto le había gustado hacía días.

Pero Justin no lo hizo.

–Tú no eres así, Alicia –continuó Justin y titubeó.

Alicia percibió su aliento en la mejilla.

–No te impresiona el dinero, ni el poder, ni la fama. Tú juzgas todo de acuerdo a tus principios. Me di cuenta de eso enseguida y supe que había cometido un error al darte un nombre falso. Planeaba decirte la verdad, pero luego tuvo lugar el incendio y no quise disgustarte cuando ya tenías bastantes problemas en la cabeza.

Alicia quiso burlarse de su supuesto gesto de consideración. Pero no pudo hacerlo. La verdad era que Justin había sido considerado. Podía haberle dicho la verdad fácilmente en cualquier momento. ¿Qué había tenido él que perder?

¿Una amante?

No había sido él quien había intentado llevársela ala cama, reconoció Alicia. Él le había dado un beso de buenas noches y se había marchado a su dormitorio. Había sido ella quien lo había seducido.

–Te amo, Alicia –musitó él.

Su suave voz penetró en Alicia como los últimos rayos de sol.

Sus palabras eran tan sentidas… Consiguieron burlar la rabia y la humillación de Alicia y le tocaron una fibra sensible.

–Sé que no hemos pasado mucho tiempo juntos, pero he vivido lo bastante como para reconocer algo bueno cuando lo veo. Y lo que compartimos es muy, muy bueno. Puedo hablar contigo de cualquier cosa. Eres curiosa y entusiasta. Aprecias de veras el mundo que nos rodea y a sus habitantes –señaló él, hizo una pausa y respiró hondo–. Llenas cada día de magia y me gustaría pasar el resto de mi vida contigo.

Alicia se quedó paralizada. ¿Qué acababa él de decir?

Se retorció las manos, nerviosa. No podía seguir ignorando a Justin. Aunque él sólo estuviera fingiendo, había ido demasiado lejos.

Alicia se giró, despacio, para mirarlo. Descubrió que el atractivo rostro de él estaba contraído por la emoción. Sus ojos azules brillaban de pasión y, como ella había esperado, su mirada implorante le ablandó el corazón.

Justin tenía los brazos extendidos a los lados del cuerpo, pero por la tensión de sus hombros, Alicia adivinó que estaba deseando abrazarla.

–Cuando estaba en Hong Kong, no podía pensar en nada más que en volver a verte –confesó él, mirándola a los ojos–. Todas las cosas que me solían gustar, como salir por la noche, ver a los amigos o, incluso, salir a navegar, han dejado de ser divertidas si no estás tú para compartirlas.

Alicia parpadeó. Su corazón palpitó con un atisbo de esperanza. Estaba empezando a creer a Justin de veras.

Sin embargo, el sentido común la sacudió como si le hubiera caído encima un cubo de agua fría.

–Pero sólo hemos salido unas pocas veces. Quizá, sólo sientes… atracción física por mí.

Alicia no se atrevía a creer que su amor fuera cierto.

Aunque tenía que admitir que ella misma había estado convencida de que Justin había sido el hombre de su vida, antes de que hubiera descubierto la verdad sobre su nombre.

Justin ladeó la cabeza con gesto socarrón.

–Yo sé cómo es la atracción física. Mi reputación de mujeriego no es un secreto y admito que hay algo de cierto detrás de los rumores. Pero lo que siento por ti es muy distinto. Al principio, me confundió, si te soy honesto. Siempre había evitado compromisos emocionales. No había querido nunca tener una relación seria –afirmó él y la miró con intensidad.

Alicia se derritió.

–Pero, contigo, quiero comprometerme tanto que no veo límites. No quiero que lo nuestro termine nunca.

Alicia notó cómo él le ponía las manos en la cintura, primero con timidez. Enseguida, según el cuerpo de ella se iba rindiendo a su contacto, Justin la sostuvo con más firmeza. A ella se le escapó un hondo suspiro cuando sus labios se encontraron. Se derritió entre los brazos de él mientras el beso la hacía temblar de pies a cabeza.

«Oh, Justin», pensó Alicia, repitiéndose su nombre verdadero, con la certeza de que él seguía siendo el mismo hombre dulce, divertido, excitante y considerado con el que había pasado un fin de semana maravilloso.

El nombre era diferente, pero nada más había cambiado.

Ella lo abrazó con fuerza, hundiendo los dedos en la espalda de él, y ladeó la cabeza para profundizar el beso. Justin la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho.

Alicia se había esforzado mucho en sacarse a Justin de la cabeza, en olvidar todos los sueños y esperanzas que había tenido acerca de él y en imaginarse un futuro sin él. Sin embargo, en ese momento, entre sus brazos, toda la alegría y la excitación regresaron de nuevo.

Y el deseo. A Alicia se le endurecieron los pezones y el calor le invadió el vientre. Su cuerpo vibraba de deseo y sus dedos se morían por desabotonarle a Justin la camisa y quitársela.

Pero estaban en el balcón, iluminados por el resplandor de la puesta de

sol.

–Justin –jadeó ella, apartando sus labios de él con gran esfuerzo.

Justin sonrió y sus ojos se iluminaron.

–Has usado mi nombre real.

–Sigues siendo… tú.

–Eso espero –repuso él.

Su expresión perpleja le hizo reír a Alicia.

Era el mismo hombre del que se había enamorado, se dijo. Y sí, era amor. De otra manera, no habría sufrido tanto cuando se había intentado convencer a sí misma de que lo suyo había terminado.

–Rick Jones, Justin Dupree… son sólo nombres –señaló ella y se mordió el labio–. Quizá exageré al darle tanta importancia.

–Nunca fue mi intención engañarte. Sólo quería conocerte como… hombre. No como alguien con una fortuna y una reputación a sus espaldas.

–Bueno, Justin Dupree, me alegro de conocerte, al fin –afirmó Alicia. Extendió la mano y le apartó el pelo de la frente a Justin–. Eres bastante guapo, ¿lo sabías?

–Gracias –dijo él.

Su adorable sonrisa, con hoyuelo y todo, hizo que a Alicia le temblaran las rodillas.

–Tú tampoco estás mal. Pero no era tu preciosa cara ni tu impresionante cuerpo lo que echaba de menos.

–¿No? –preguntó ella, arqueando las cejas.

–No –negó él y se encogió de hombros–. He echado mucho de menos hablar contigo. Echaba de menos tu sonrisa, el modo en que te brillan los ojos cuando estás excitada. Echaba de menos tu risa y cómo suspiras cuando algo te conmueve.

Alicia tragó saliva al escuchar su voz emocionada. Cielos. Estaba enamorándose de él por completo. ¿Cómo iba a poder evitarlo?

Entonces, ella se puso en jarras.

–¿No has echado de menos mi cuerpo?

Justin ladeó la cabeza.

–Bueno, igual un poco.

–¿Y mis besos?

Él puso expresión sumisa.

–Te mentiría si te dijera que no.

–Y no vas a mentirme nunca más, ¿verdad? –inquirió ella, mirándolo a los ojos.

–Nunca –respondió él despacio–. Juro por mi vida que no te mentiré nunca más.

A Alicia se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó para contenerlas.

–Yo también mentí para poder estar contigo –confesó ella y se limpió una lágrima solitaria–. Así que te entiendo. He mentido a mi hermano, a quien quiero más que a nadie.

«Excepto más que a ti», pensó ella.

–¿Nunca le dijiste que habías venido a mi casa y no a la de tu amiga?

–Sí. Se enfadó, pero se le ha pasado. Creo que sabe que estaba protegiéndome demasiado y que tuvo parte de culpa.

Alicia inhaló, temblorosa.

–Me gustas, Justin Dupree –afirmó ella y parpadeó–. Me gustas mucho.

Justin le limpió una lágrima de la mejilla y sonrió.

Alicia sintió que se le hinchaba el pecho de alegría.

–Incluso sería capaz de pasar por alto tu vergonzosa riqueza y tu prestigio.

–Es un detalle por tu parte –comentó él y sonrió aún más–. La gente no suele ser tan tolerante.

–Además, hasta me gusta tu nombre. Tiene un sonido bonito.

–Justin y Alicia. Queda muy bien, ¿no te parece? –preguntó él con ojos llenos de calidez.

Alicia asintió, emocionada. De pronto, imaginó las iniciales J y A impresas en una copa de vino o bordadas en servilletas de lino.

«No vayas tan rápido», se advirtió.

Pero lo cierto era que quería ir rápido. En ese momento, deseaba dejarse llevar por sus fantasías. Quería librarse de todas las dudas, el miedo y la inseguridad que la habían estado ahogando y disfrutar de la dulce alegría de ese momento perfecto.

Lo malo era que estaban en el balcón. En la casa de otras personas.

–Deberíamos volver dentro. Cara y Kevin deben de estar preguntándose qué nos ha pasado.

Justin rió.

–Pensarán que me has tirado por el balcón.

–Sigo bastante enfadada contigo –señaló ella y apretó los labios–. Pero creo que podré superarlo. Por lo que le ha pasado a mi hermano, sé que la vida puede ser muy desagradable cuando todo el mundo te juzga antes de conocerte.

–Es molesto cuando la gente se acerca con una versión caricaturizada de ti en la cabeza y tienes que esforzarte para mostrarles cómo eres realmente.

–Sí –dijo Alicia–. Pobre Alex –añadió y sonrió–. Y pobre de ti, también.

Ella lo besó y se dejó recorrer por una oleada de deseo.

–¿Habrías salido conmigo si hubieras sabido que soy Justin Dupree?

–De ninguna manera –admitió ella y negó con la cabeza–. Tengo una reputación que proteger.

–Habrías sabido que tu preciada virginidad estaba en peligro de muerte.

–Cierto –contestó ella y fingió preocupación–. Aunque, tal vez, te habría perseguido yo a ti. Y, entonces, tú habrías pensado que sólo te quería por tu dinero y por tu apellido.

–En tu caso, no estoy seguro de si me hubiera importado –afirmó él y la besó–. Me habría considerado afortunado.

Alicia apoyó la cabeza en el pecho de él, disfrutando de su aroma masculino y de la firmeza y solidez de su cuerpo.

–Lo que compartimos es especial –dijo ella, levantó la vista y observó su fuerte mandíbula y sus pómulos tan masculinos–. Seas quien seas –añadió.

Justin rió.

–Me alegro de que no sigas echándome en cara mi doble identidad.

–Supongo que eso demuestra que una puede acostumbrarse a todo. Pero si grito «Rick» cuando estemos haciendo el amor, tú serás el único culpable –bromeó ella.

Justin gimió y le mordisqueó la mejilla.

–Si gritas mientras estamos haciendo el amor, me parece excelente –dijo él y la abrazó con más fuerza–. Te he echado mucho de menos.

–Y yo también a ti –confesó Alicia–. Intenté no hacerlo. Por eso estaba tan enfadada contigo. No podía dejar de pensar en ti.

–Eso es porque estamos hechos el uno para el otro –aseguró él y le acarició la espalda–. Alicia, quiero preguntarte algo y no tienes que responderme ahora mismo. Puedes pensarlo durante un día, una semana, un mes, el tiempo que necesites. Tengo que preguntártelo porque, si no, voy a explotar.

–Claro –dijo ella y sintió una punzada de miedo en el estómago–. Adelante.

¿Qué querría preguntarle después de un preámbulo como aquél?, se preguntó. El corazón se le aceleró con miedo y excitación.

Él se apartó un poco para poder mirarla a los ojos.

Los últimos rayos de luz iluminaron el rostro de Justin y los ojos le brillaron de emoción.



–Alicia Montoya, te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Te quieres casar conmigo?

Capítulo Diez

Justin contuvo el aliento. No pensaba que ella fuera a aceptar pero, por alguna extraña razón, había tenido que pedírselo de todas maneras.

La paciencia nunca había sido una de sus virtudes.

Pero quería que Alicia supiera que para él no era una mujer más, sino la mujer con la que quería pasar el resto de su vida.

Los enormes ojos marrones de Alicia se llenaron de lágrimas.

–Yo también te amo, Justin.

Alicia pronunció su nombre despacio, pero con calidez, como si aceptara su verdadera identidad y lo que implicaba.

Luego, parpadeó, con lágrimas brillándole en las pestañas.

–Sé que no necesitas que te responda ahora mismo y lo más razonable sería esperar. Podríamos salir un tiempo, conocernos mejor. Pero… –comenzó a decir y respiró hondo–. Nunca he conocido a nadie como tú. No porque seas rico e influyente y todas esas cosas, sino porque eres considerado y atento, aprecias las oportunidades que la vida te ofrece y vives cada día al máximo –explicó y tragó saliva. Parpadeó de nuevo–. Y me gustaría casarme contigo.

–¡Sí! –gritó Justin y la levantó por los aires, dándole vueltas. Alicia era un peso pluma entre sus brazos.

Radiante de alegría y excitación, la besó con fuerza–.

Tendremos un futuro fantástico juntos.

–¿Es que eres adivino?

–No, sólo soy listo –dijo él y sonrió–. Y tú también, así que seguro que sabes que tengo razón.

–No eres muy modesto, ¿verdad?

–En absoluto –replicó él y se encogió de hombros–. Lo siento.

–Pero hay algo que debes hacer antes de que podamos casarnos.

La expresión seria de ella hizo que Justin se alarmara.

–¿Qué?

–Debes pedirle permiso a mi hermano –ordenó ella con un brillo de malicia en los ojos.

–¿Y si no me lo da?

–Tienes que convencerlo de que lo haga –repuso ella y sonrió con picardía–. A la vieja usanza.

–Oh, oh –dijo Justin y frunció el ceño–. ¿Tendré que prometerle un

rebaño de vacas a cambio de que me dé a su hermana en matrimonio?

Alicia hizo una mueca.

–Más vale que sean vacas de pedigrí, con algunos toros premiados en la feria del ganado. Y asegúrate de explicarle que tiene que ser mi padrino en la boda.

–Hmm –murmuró él y se mordió el labio–. Puede que tenga que añadir algunos camiones cargados de lingotes de oro.

–Estoy segura de que se te ocurrirá algo –afirmó ella y sonrió–. Se te da bien convencer a la gente.

–Pues me alegro mucho de haberlo conseguido contigo –dijo él y le acarició la espalda, disfrutando de su suavidad bajo el fino vestido–. No quería pasar el resto de mi vida echándote de menos y sintiéndome desgraciado. Kevin me ha contado lo perdido que se había sentido sin Cara.

Alicia soltó un grito sofocado.

–Es mejor que entremos.

Los dos se soltaron de su abrazo. Alicia le colocó el cuello de la camisa a Justin y él le limpió con el pulgar un poco de máscara de pestañas de debajo del ojo.

Justin le dio la mano y entraron en el salón juntos. No había ni rastro de los dueños de la casa. La puerta de la cocina seguía cerrada y no había postres en la mesa.

–¿Kevin? ¿Cara? –llamó Alicia–. Hemos vuelto y tenemos noticias que daros.

Cara y Kevin salieron de la cocina.

–Nos estábamos preguntando qué estabais haciendo –señaló Cara–. Queríamos dejaros hablar a solas.

Alicia se colocó el pelo detrás de las orejas.

–Estábamos en el balcón.

–Bueno, me alegro de que ninguno acabara cayendo por la barandilla –replicó Cara, mirando a ambos.

–Hemos hecho las paces –informó Alicia con una sonrisa–. De hecho, hemos hecho más que eso.

–Vamos a casarnos –anunció Justin, incapaz de ocultar una sonrisa de satisfacción.

Cara gritó de alegría y atravesó la habitación para abrazar a Alicia. La besó en las mejillas.

–¡Es maravilloso! –exclamó Cara y agarró a Justin y lo besó también–. ¡Me alegro mucho por los dos!

–Creo que Cara no se habría perdonado nunca a sí misma si no

hubierais hecho las paces. No ha hecho más que quejarse diciendo que debía haber tenido la boca cerrada. Así que has hecho a mi esposa feliz también, además de a tu futura mujer –dijo Kevin, sonriendo.

–Será mi mujer en cuanto pueda convencer a su hermano de que me entregue su mano.

–Oh, vaya –dijo Kevin e hizo una mueca–. Será mejor que te pongas un chaleco antibalas cuando vayas a preguntárselo.

–Alex no es tan malo –protestó Alicia–. Es sólo sobreprotector.

–Es muy sobreprotector –puntualizó Cara y sonrió–. Me encantaría poder colarme en vuestro encuentro para espiar.

Justin se enorgullecía de tener los nervios de acero, por eso no le gustó nada el modo en que le tembló el dedo cuando llamó al interfono de El Diablo.

Había llamado por teléfono para establecer una cita con Alex, pero sus mensajes no habían recibido respuesta. Alicia se había encogido de hombros y le había dicho que a Alex no le gustaba mucho devolver llamadas y que tendría que ir al rancho en persona.

Justin juraría que había visto un brillo especial en los ojos de ella en ese momento. Alicia quería que le demostrara su amor. Y él pensaba hacerlo.

El interfono se encendió.

–¿Sí? –gruñó una voz.

Alex. En apariencia, él mismo se ocupaba en persona del sistema de seguridad.

–Alex, soy Justin Dupree –respondió Justin, echando mano de toda su autoconfianza–. Me gustaría hablar contigo sobre Alicia.

Para su sorpresa, las puertas de acero comenzaron a abrirse.

Por el momento, todo iba bien, pensó Justin mientras entraba con su Porsche. Se le erizaron un poco los pelos de la nuca cuando miró por el retrovisor y vio que las puertas se cerraban detrás de él.

Debía calmarse, se dijo. Alex era su futuro cuñado. Si el conflicto que había con los Brody se aclaraba algún día, incluso podían llegar a ser amigos.

Se preguntó si Alicia estaría en casa. Quizá, estaría mirando escondida detrás de una ventana.

Ella se había negado a mudarse con él hasta que estuvieran formalmente prometidos y Justin supo que no volvería a tenerla en su cama hasta que consiguiera ganarse la aprobación de Alex.

El gran establo estaba siendo reconstruido, ya tenía los pilares laterales

levantados. Una alta figura salió de la construcción, con una expresión sombría en el rostro y las mangas remangadas, dejando al descubierto unos brazos poderosos.

Justin aparcó a un lado del camino y salió del coche.

–Alex, me alegro de verte.

–Me gustaría poder decir lo mismo. Aunque nos hace falta ayuda para levantar el tejado. Ven por aquí.

Justin abrió los ojos de par en par cuando Alex desapareció dentro de la estructura de madera del establo.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que Alex quisiera, se recordó Justin. Alicia se lo merecía.

Tomando aliento, siguió a Alex.

–Traigo un novato –bramó Alex–. Pero pesa poco, así que podrá subir a las vigas de arriba.

Justin tragó saliva y miró las altas vigas sobre las que descansaría el tejado. Vio otras vigas apiladas al otro lado de la obra, con una grúa preparada para ponerlas en su lugar.

–Lo que usted diga, jefe –dijo el hombre que estaba detrás de los mandos de la grúa.

–Ponte esto –dijo Alex y le lanzó un casco amarillo–. Hay una escalera que llega hasta el sitio donde se va a llevar la primera viga. ¿Podrás mantener el equilibrio?

–Claro que sí.

El rostro pétreo de Alex no revelaba ningún sentimiento. Le tiró a Justin un par de guantes gastados de cuero y un nivel de aire. Justin creyó adivinar un brillo de malicia en sus ojos.

Escaló la alta escalera de aluminio, apoyándose en la estructura del tejado. Había trepado por mástiles más altos en medio del mar agitado. Aun así, nunca lo había hecho mientras había estado al timón un hombre que lo odiaba.

Al llegar a lo alto de la escalera, se subió al alféizar.

–¿Cuál es el plan?

Justin vio cómo la grúa levantaba la primera viga. Se balanceó despacio hacia él. Otros tres hombres escalaron hasta allí y se pusieron a su alrededor.

–Ellos agarrarán los extremos –dijo Alex–. Tú alinea la viga por la mitad con el alféizar y ajústala a la vertical. Cuando esté colocada, Joe la clavará.

Genial. Siempre que la viga no lo tirara al suelo, podría sobrevivir para casarse con Alicia, se dijo Justin. Mantuvo el equilibrio en el alféizar, que

no tenía más de veinte centímetros de ancho.

Alex debía de conocer sus planes con Alicia. Si no fuera así, no le habría hecho subir, caviló. Aquello debía de ser una prueba. Si la superaba, podría ser libre.

O, al menos, le motivaba pensarlo mientras la pesada viga flotaba en el aire hacia él. Cuando estuvo a su alcance, Justin la agarró y ayudó a colocarla en su posición, mientras los otros tipos hacían lo mismo con los extremos.

Justin comprobó que estuviera nivelada.

–Está en su sitio.

Lo hombres la clavaron en su lugar con un gran estruendo de la pistola de clavos.

–¡Una lista, faltan veintinueve más! –gritó Alex, mirando hacia arriba con una sonrisa–. Aunque para la siguiente tienes que caminar hasta la viga del centro.

Justin miró hacia abajo, donde la grúa se preparaba para elevar la siguiente columna de soporte. Levantó la cabeza.

–No hay problema.

Alicia lo merecía.

A Justin no le sorprendió ver a Alicia mirando cuando al fin se bajó del techo, casi cinco horas después. Habían colocado treinta vigas para construir el tejado más grande que él había visto jamás.

–¡Buen trabajo, chicos! Venid a la casa a comer algo.

Justin se miró la ropa. Su camisa azul pálido estaba empapada de sudor y una capa de serrín le cubría todo el cuerpo. Sin embargo, a Alicia pareció no importarle. Sus ojos oscuros parecían irradiar un brillo… ¿triunfal?

En apariencia, había hecho algo bien, se dijo Justin.

–El establo tiene un aspecto estupendo. Será genial tener más espacio para el ganado.

–Tienes razón, hermanita. Sé que te entristeció perder el viejo establo, pero éste será mucho más útil.

–Me alegro de que Justin os ayudara.

Justin percibió la sonrisa de Alicia antes de que ella se girara para ir hacia la casa.

Dentro, había una pila de tortillas recién hechas sobre la mesa de la cocina. Alicia destapó dos cervezas frías y las dejó también sobre la mesa.

–Servíos vosotros mismos –invitó ella y les tendió un plato a cada uno–. Yo tengo que ir a correos antes de que cierre. Comed, yo volveré

enseguida.

Alicia miró a Justin con complicidad al pasar a su lado. «Es tu oportunidad», pareció decirle.

–Come. Te lo has ganado –rugió Alex–. Eres más fuerte de lo que pareces.

–Me ha gustado ayudar –repuso Justin y no era del todo mentira–. Nunca había construido nada antes. Me gusta ver cómo se hace.

–Un edificio bien construido puede durar mil años. Incluso si es de madera, siempre que no se queme.

Un breve silencio llenó la cocina mientras se servían arroz y pollo en las tortillas calientes.

Justin levantó la vista.

–¿Ha averiguado la policía algo más sobre quién provocó el incendio?

–¿Tú no crees que fui yo? –preguntó Alex a su vez, arqueando las cejas–. Parece que todo el mundo en el pueblo lo piensa.

–La gente se asusta de lo que no entiende. Empiezan a acusar sin fundamento.

–¿Como tus amigos Mitch y Lance Brody?

–Creo que todos sabéis que ninguno de vosotros está implicado en esto –señaló Justin y se sirvió un poco de guacamole en el plato.

–Lance Brody me acusó delante de mis narices.
Darius me ha dicho que va por ahí diciendo que alguien vio mi furgoneta en la escena de los hechos.

–Estoy seguro de que el incendio le ha disgustado mucho y no le ha dejado ver con claridad. Yo mismo le dije que pensaba que no tenías nada que ver con ello.

Alex lo miró en silencio un momento.

–¿Eso hiciste?

–Claro. Por cómo habla de ti Alicia, estoy seguro de que nunca habrías hecho algo así.

–¿Alicia habla de mí? –preguntó Alex. Su expresión sombría se transformó en sorpresa.

–Habla mucho de ti. Te admira.

–Vaya –repuso Alex, sin poder ocultar la emoción que eso le producía.

–El problema es que, si tú no provocaste el incendio de los Brody y los Brody no provocaron el tuyo, ¿quién va por ahí en Somerset cargado de combustible incendiario?

–¿Y por qué? –añadió Alex, frunciendo el ceño.

–Alguien que quiere acabar contigo y con los Brody.

Alex dio un respingo.

–¿Qué diablos tengo yo en común con los hermanos Brody para que alguien quiera hacernos daño a ambos?

Justin tomó un tenedor del cajón de los cubiertos.

–Bueno, se me ocurre una cosa. Sois miembros bastante recientes del Club de Ganaderos de Texas.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–No tengo ni idea –admitió Justin y se encogió de hombros–. Pero están pasando cosas raras: los incendios, el dinero que falta en el club… Y tengo la sensación de que están relacionadas de alguna manera.

–¿Los Brody siguen teniéndome como el principal sospechoso?

–Lo dudo, pero confieso que llevo un tiempo sin verlos. Sólo quiero pasar mi tiempo libre con una persona últimamente –dijo Justin y bañó su tortilla con salsa amarga.

–Ya imagino –replicó Alex, tomó su cerveza y se dirigió a la puerta–. Sentémonos fuera.

Fuera había una enorme terraza sombreada con macetas con margaritas y vistas sobre la parte trasera del rancho. Había ganado pastando hasta donde llegaba la vista.

Alex se sentó en una silla de madera y Justin eligió un banco a su lado.

–Amo a tu hermana –dijo Justin, sin pensárselo más–. Hemos empezado con mal pie, pero ella sabe que me importa y está dispuesta a perdonarme y a mirar hacia delante –añadió y respiró hondo–. Espero que tú quieras hacer lo mismo.

–Eso es mucho esperar –contestó Alex y le dio un mordisco a su taco.

–Le he pedido que se case conmigo y me ha dicho que sí, pero con la condición de que tú aceptes entregarme su mano.

Alex dejó de masticar.

–¿Le has pedido que se case contigo? –repitió Alex, sin dar crédito–. Acabáis de conoceros.

Así que Alicia no se lo había dicho a su hermano, pensó Justin. Había confiado en que él se ocupara de hacerlo. La fe que ella tenía en él lo enterneció.

–No hace falta mucho tiempo para saber que has conocido a la persona adecuada.

Alex lo miró con desconfianza.

–¿Le has regalado un anillo?

–Todavía no. Quería contar con tu aprobación primero. Alicia es muy tradicional –señaló Justin y sonrió–.Ésa es una de las muchas cosas que me gusta de ella.

Alex se quedó anonadado, como si le hubieran dado un golpe en la

cabeza.

–¿De verdad le has pedido que se case contigo? Y yo que pensaba que sólo pretendías salir con ella de nuevo.

–Alicia y yo queremos estar juntos. Somos adultos. ¿Por qué perder el tiempo?

–Me has tomado por sorpresa –reconoció Alex y exhaló–. Me impresionó bastante que estuvieras dispuesto a armar el tejado de un establo sólo para salir con ella.

–Armaría un tejado sólo por hacerle sonreír.

–Empiezo a creer que sí –dijo Alex y frunció el ceño–. Nuestros padres se casaron después de pasar una sola noche juntos. Estaban seguros de que se amaban –explicó y meneó la cabeza–. Supongo que así sucede algunas veces.

–Yo no pensé que me enamoraría nunca, pero nunca había conocido a nadie como Alicia.

Alex dejó su plato.

–Alicia está acostumbrada a tener un buen nivel de vida –indicó Alex y se inclinó hacia delante–. Yo he trabajado mucho para dárselo.

–Puedo garantizarte que no le faltará de nada. Poseo una gran empresa de transportes y…

–Lo sé, lo sé –lo interrumpió Alex y, con el ceño fruncido todavía, miró a lo lejos–. Maldición, no soporto la idea de que Alicia me deje por otro hombre –admitió y se giró hacia Justin–. Sé que suena mal y no quiero decir nada raro, lo que pasa es que es mi hermanita pequeña –explicó, tomó su plato y le dio un bocado gigante a su taco.

Justin hizo lo mismo y los dos masticaron en silencio un momento. Luego, él tomó aliento.

–¿Quieres ser el padrino de Alicia en la boda?

Alex miró hacia el horizonte. El cielo se había puesto malva y una extraña luz resplandecía sobre los campos.

–Sé que tienes mucho dinero, pero Alicia necesita más que eso –afirmó Alex y miró a Justin a los ojos–. Es dura por fuera, pero delicada y suave por dentro. Si le rompes el corazón, te… –advirtió y su mirada terminó la frase sin necesidad de palabras.

–La mimaré y la trataré con respeto y amor. Te lo prometo –dijo Justin y tragó saliva.

La expresión de Alex se suavizó y el corazón de Justin se llenó de esperanza.

–Entonces, os daré mi bendición –accedió Alex y lo miró. Su expresión delataba el dolor que sentía porque su hermana dejara de vivir

con él–. Y sí, seré su padrino. Pero, si no la tratas bien, te aseguro que iré a arrebatártela –le advirtió de nuevo, mirándolo con fiereza.

Justin se alarmó un momento.

–Felicidades, cuñado –añadió Alex, tranquilizándolo.

–Aprecio tu confianza. Te demostraré que no te has equivocado –le aseguró Justin, radiante de alegría. Le tendió la mano a Alex, que se la estrechó, asintiendo con la cabeza.

–Te creo.

–Es mejor que los dos os deis una ducha y os preparéis –dijo Alicia, entrando en la terraza con expresión radiante–. Porque tenemos que ir a celebrarlo.

–¿Nos has estado escuchando? –preguntó Alex, levantando la cabeza.

–No, he ido a correos de verdad. Pero he oído las partes más importantes.

Su tímida sonrisa hizo que a Justin le diera un brinco el corazón.

Entonces, Alicia se giró hacia Alex y le tomó la mano.

–Y me alegro mucho de que vayas a ser mi padrino en la boda. Siempre has sido el hombre más importante de mi vida y todo lo que soy te lo debo a ti.

Justin observó cómo Alex se emocionaba y besaba a su hermana en la frente.

–Eres la mejor hermana con que un hermano puede soñar y te deseo toda la felicidad del mundo. Los dos podéis vivir en El Diablo, por cierto. No me gusta pensar que mi hermana viva en pecado en un hotel.

–¡Alex! Estamos en el siglo XIX. Ya no se dice eso de vivir en pecado.

–Yo llamo a las cosas por su nombre. Aunque os caséis.

–Si te hubiera hecho caso, no me casaría. Habría ido a quedarme con El Gato –le recordó Alicia e hizo un gesto de desagrado–. Por suerte, decidí confiar en mi instinto.

Alicia sonrió a Justin.

–Seré feliz viviendo contigo donde tú quieras.

–Siempre que lleves un anillo en el dedo –rugió Alex.

–Por cierto…

Justin se metió la mano en el bolsillo trasero de los pantalones y sacó una pequeña cajita. Miró a Alicia y, despacio, se puso de rodillas ante ella. Quería hacerlo a la vieja usanza, incluso delante de su hermano, por que sabía que a ella le gustaban esas cosas.

–Alicia Montoya, ¿quieres ser mi esposa?

–Oh, Justin –dijo ella y se llevó las manos a la boca, con ojos llenos de lágrimas–. ¡Qué detallista! –añadió con voz temblorosa–. Sí, quiero ser tu

esposa.

Justin abrió la cajita blanca de terciopelo. Dentro estaba el diamante más espectacular que había podido encontrar en todo Houston. Tenía casi cuatro quilates y brillaba como todo el Golfo de México.

–¡Oh, cielos! –exclamó Alicia con ojos como platos.

Justin sacó el anillo y se lo puso en el dedo a su prometida.

–¡Oh, Justin, es precioso! –dijo ella, admirando la brillante joya.

–He hecho que lo monten en platino, porque sé que prefieres las joyas plateadas.

–Es perfecto –afirmó Alicia y levantó la vista hacia él con lágrimas en los ojos–. Tú eres perfecto.

–No tengo nada de perfecto, pero contigo a mi lado seré mejor hombre –replicó Justin y sonrió, loco de felicidad. Se giró hacia Alex–. Y no tengo ninguna intención de tener a Alicia prisionera en un hotel. Creo que deberíamos comprarnos una casa en Somerset, quizá una con pista de tenis, ya que a ella le gusta jugar.

–Y con piscina –añadió Alex con gesto serio–. Le gusta nadar y en verano hace calor.

–¿Y qué tal un lago? –bromeó Alicia–. Para navegar…

Justin rió y se contuvo para no tomarla entre sus brazos.

–Creo que una casita bonita con un pequeño jardín servirá –dijo ella–. Y, cuanto antes nos casemos,
menos tiempo tendremos que vivir en pecado.

Alicia ladeó la cabeza y miró a Justin.

–¿Podemos casarnos en El Diablo? Significaría mucho para mí. Si Alex está de acuerdo, claro.

–Claro –respondieron los dos hombres al mismo tiempo.

Ambos se miraron y Alex esbozó una media sonrisa.

–Estoy segura de que vamos a ser una familia muy feliz –afirmó Alicia sonriente y miró a Justin con timidez–. Y, tal vez, tengamos que comprar una casa con varios dormitorios, por si la familia crece.

–No puedo esperar –repuso Justin, lleno de alegría.

–Entonces, es mejor que los dos os vayáis a duchar y a cambiaros para que podamos salir a celebrar nuestro compromiso.

–Buena idea –dijo Justin–. ¿Adónde podemos ir?

Alicia sonrió y se miró el anillo.

–Pues al Club de Ganaderos de Texas. ¿Dónde si no?

En el Deseo titulado *Siempre enamorados*, de Day Leclaire, podrás

finalizar la serie MAGNATES